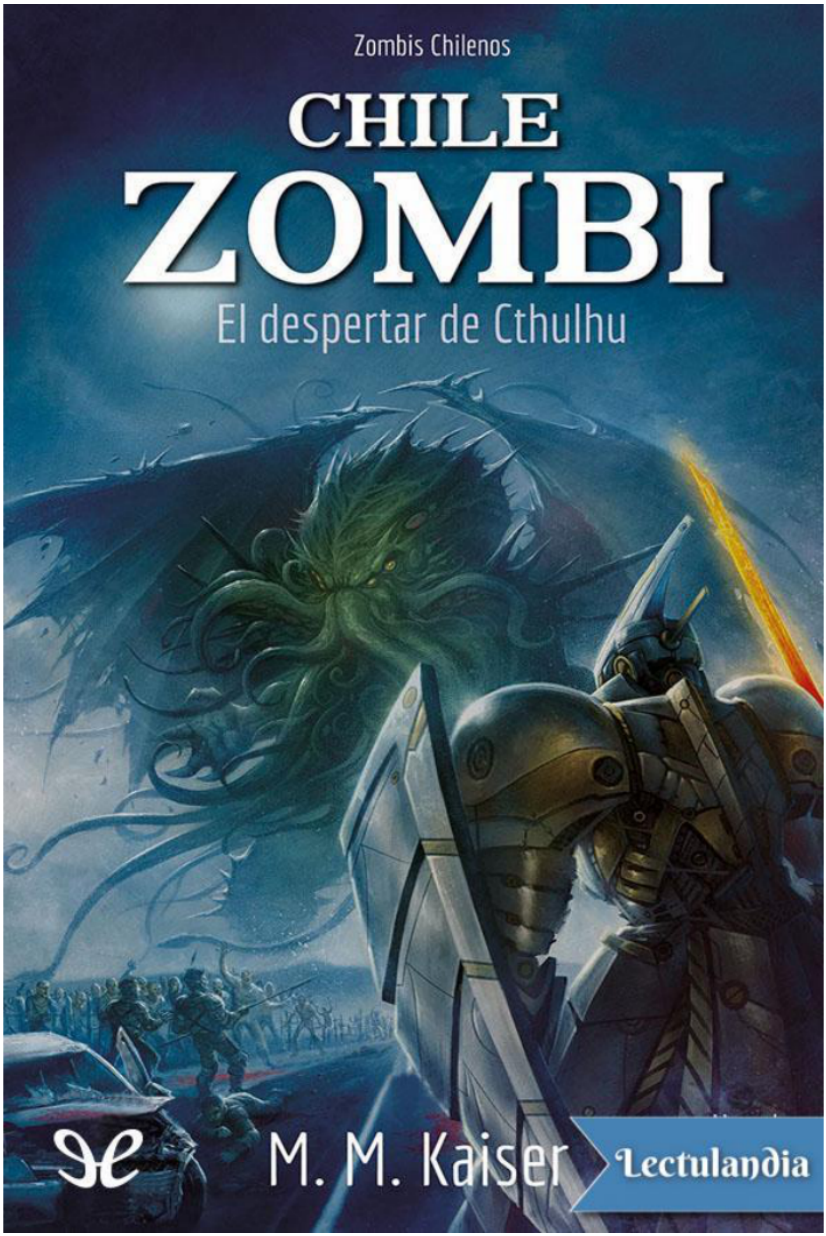
Zombis Chilenos
CHILE
ZOMBI
El despertar de Cthulhu
M. M. Kaiser
Lectulandia

El Apocalipsis Zombi es la antesala de un desastre mayor. Los responsables pretenden desatar la locura sobre la faz de la tierra. Ignacio, quien ha sido expulsado de la escuela militar, junto a su primo Matías y sus amigos Diego y Millaray, deberán recorrer Santiago intentando esquivar la miríada de fauces hambrientas que intentarán devorarlos. Weiping, un joven de ascendencia china, saldrá después de estar dos años en un bunker para encontrarse con un Chile postapocalíptico neomedieval, convertirse en un caballero de Nueva Extremadura e intentar limpiar el país que ha sido carcomido por la plaga. Claudia, una ingeniera convertida en asesina a sueldo, con la ayuda de un misterioso fabricante de armas, activarán el proyecto *Pillan*, que incluye robots gigantes y un colisionador de hadrones, destinados a detener las hordas abisales de los Profundos y el despertar del dios de la locura que duerme en las costas de Chile. *Chile Zombi* es una novela trepidante que mezcla zombis, mechas, conspiraciones y las huestes del mismo Cthulhu para entregarte una experiencia cargada de horror, tripas y ciencia ficción.

Martín Muñoz Kaiser

# Chile Zombi

## El Despertar de Cthulhu

## Zombis Chilenos - 2

**ePub r1.0**

**Titivillus** 16.01.2025

Título original: *Chile Zombi*
Martín Muñoz Kaiser, 2019
Retoque de cubierta: Titivillus
Portada: José Canales

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

*A la memoria de Silvio Hernán Muñoz,*
*Santiago, Agosto 2019*

*Para Javier e Iñigo.*
*Ciudadanos de un nuevo mundo.*

*Estamos al borde de una transformación global. Todo lo que necesitamos es una gran crisis y las naciones aceptarán el Nuevo Orden Mundial.*

**David Rockefeller**

# Prólogo

El cuerpo desnudo, mutilado y semicongelado yace en la plancha metálica del servicio médico legal. Jonathan Acosta, el alumno en práctica, ocupa la sierra para abrir el tórax del cadáver que el doctor Riadi, el tanatólogo en jefe, piensa que puede arrojar luz sobre las sospechosas circunstancias en las que el vuelo JJ8210 capotó en la cordillera de los Andes. Los acompaña el detective Ulloa, que lleva la investigación y relata con detalle los pormenores del accidente.

—Esto me recuerda lo que les pasó a los uruguayos de 1972 —dice el alumno en práctica a través de la mascarilla de plástico salpicada de sangre y pedacitos de carne.

—Se hizo una película, creo; Viven, se llamaba —interviene Riadi.

—Se escribieron varios libros, doctor, ocho al menos; uno de ellos por el artista visual uruguayo Carlos Páez Villaró, quien era padre de uno de los sobrevivientes —contesta Ulloa, quien se considera un experto en el caso de los rugbistas—. Aquí, en cambio, no quedó nadie vivo; dificulto que alguien quiera escribir al respecto.

—Sobrevivientes no, pero sí canibalismo, detective —replica Jonathan—. El estómago de este tiene varias falanges y restos de carne humana dentro.

La sierra circular zumba, desgarrando las capas de piel y abundante grasa abdominal del cadáver. El detective Ulloa piensa en voz alta, repasando los dos casos:

—Nos demoramos setenta y dos días en rescatar a los uruguayos, miembros del equipo de *rugby Old Christians*. El rescate fue catalogado por la prensa de la época como un verdadero milagro.

La verdad es que para el día treinta dejamos de buscar; fueron dos de los jóvenes rugbistas los que bajaron de la cordillera y encontraron a un arriero, quien luego avisó a las autoridades: en el fondo se rescataron a sí mismos. En este caso, a pesar de que nos demoramos apenas trece días en encontrarlos, no hubo sobrevivientes, estaban todos congelados cuando llegamos —se explaya el detective, que debe llevar los resultados de las autopsias cuanto antes al departamento de Aeronáutica Civil, razón por la cual los médicos trabajan durante la madrugada—. Hemos traído la mayoría de los cadáveres hasta aquí, pero no hay espacio para todos, así que los repartimos por las morgues de Santiago en espera de las autopsias, ya que, a diferencia del accidente de los rugbistas, las víctimas del vuelo JJ8210 son mucho más numerosas.

—Los sobrevivientes debieron de verse forzados a comer la carne de los muertos, tal como les pasó a los uruguayos en 1972 —interviene Riadi, acariciándose la barbilla.

—La evidencia no concuerda, doctor —responde Jonathan, quien revisa las heridas de la azafata que se encuentra en la plancha contigua—. Los cuerpos muestran marcas de desgarros producidos por dientes mientras la piel aún estaba tibia; hay mordiscos en todos los pasajeros, excepto en el de nuestro obeso y chascón amigo. Todos tienen restos de piel bajo las uñas, incluso los pilotos. Pero los cadáveres que hemos revisado no presentan inflamación posterior, y no hay signos de isquemia ni de necrosis tisular, producidas por la ectasia vascular y la trombosis secundaria que les debió de provocar el frío.

—¿Quieres decir que la mayoría ya estaban muertos cuando capotó la aeronave? —inquiere el detective, llevándose la mano a la sien, bajando el mentón, entrecerrando los ojos y recordando la última comunicación del piloto, guardada en la caja negra.

—¿Pudo haber sido un ataque terrorista entonces? —insiste el tanatólogo.

—Déjeme las conclusiones a mí, doctor —replica Ulloa, interrumpiendo sus propios pensamientos—. Los restos no arrojaron evidencias de fallas mecánicas ni explosivos; algo no encaja, aquí pasó algo más extraño…

En ese momento el cadáver obeso se levanta, los violáceos intestinos llenos de carne humana caen pesados al suelo, las manos

aferran al doctor Riadi por el cuello y los dientes le desgarran el rostro. La azafata y los demás occisos, que se han ido descongelando también, se ponen de pie, y los ojos de Jonathan y de Ulloa se abren de par en par; intentan reaccionar, pero el miedo los ha paralizado.

Los pasajeros del vuelo JJ8210, con destino a Santiago de Chile, devoran con fruición al estudiante en práctica, al doctor y al detective.

Antes de que despunte el sol, una horda de hambrientos sale del servicio médico legal santiaguino y, con pasos torpes, se interna en la ciudad en busca de carne humana.

# Capítulo 1.
# Metro Escuela Militar

Hace calor en Santiago, el sonido de los incontables neumáticos corriendo sobre el asfalto lo abruman como nunca antes; son las diez de la mañana y el aire ya está tibio. Tiene las mejillas rojas y los ojos hinchados, el estómago se le retuerce y siente náuseas, pero no está enfermo, son los nervios. Está sentado sin su uniforme, vestido de civil en el paradero que está justo frente a la Escuela Militar Bernardo
O'Higgins,
de la cual lo acaban de dar de baja. No sabe bien adónde dirigirse, no sabe cómo se lo va a explicar a su papá, cómo va a mirar a sus amigos a los ojos ni qué va a hacer con su vida. Todo se ha derrumbado para un Ignacio que apenas tiene diecisiete años.

Palpa el bolsillo de su pantalón en busca de la tarjeta BIP, se levanta y se dirige a la estación Escuela Militar. Baja hasta el subterráneo y aborda el primer metro que pasa en dirección San Pablo. No se atreve a mirar a la gente que lo rodea; apenas levanta la vista para confirmar que la voz de mujer que indica las estaciones esté en lo correcto. Ha llamado a su primo para conversar con él primero, antes de decidirse a enfrentar a su familia. Matías tiene catorce años, pero se llevan bien porque comparten algunos intereses, sobre todo los videojuegos, a los cuales este último es adicto. Ignacio siempre ha sido como un hermano mayor para su primo y Matías se siente bien al saber que por una vez es él quién debe ayudar a quien tanto admira.

La estación Tobalaba es grande y, al ser un punto de combinación entre las líneas uno y cuatro y al estar a un par de cuadras del centro comercial Costanera Center, conocido como

«Mordor», constituye un punto de confluencia importante. El centro comercial está emplazado junto a la torre Centrosud, el rascacielos más alto de Latinoamérica. Muchos ven en el lugar la expresión máxima del capitalismo y se imaginan el ojo de Sauron en la punta de la torre, que de manera inconsciente, asocian con «Barad Dur». La percepción se funda en el hecho cierto de que varias personas se han suicidado en el lugar, y en que, durante las últimas lluvias, los trabajos de construcción provocaron inundaciones que redundaron en millonarias pérdidas para varios locales aledaños, perjuicios que hasta ahora no han sido pagados, a pesar de que los responsables; la constructora, del mismo dueño que el complejo de edificios, y la cadena más grande de supermercados del país; han construido la mole de concreto con dineros prestados sin interés de los fondos de ahorro para pensiones de todos los chilenos.

Mientras espera, en una de las pantallas planas que cuelgan del techo de la estación, Ignacio ve las noticias del día: un temblor seis punto ocho en la escala de Richter se sintió en Rancagua. Los servicios de urgencia amanecieron colapsados debido a un brote de lo que las autoridades sanitarias han denominado como una nueva sepa de sarampión, cuyos síntomas son fiebre alta, mareos, vómitos y manchas rojas en la piel; se recomienda a quienes presenten estos síntomas mantenerse en casa y beber abundante líquido. Han encontrado los restos del avión LAN JJ8210 con destino a Santiago, que capotó en la cordillera de los Andes: la pantalla muestra un diagrama del accidente. Los cuerpos están siendo recuperados y la mayoría han sido llevados en la madrugada de ayer al Servicio Médico Legal para la autopsia de rigor. En otras noticias, informan que la alarma dada por la Organización Mundial de la Salud, respecto a una extraña enfermedad que tiene en cuarentena a varias islas del caribe, no debería preocupar a los chilenos, pues los protocolos de inmigración y del Servicio Agrícola Ganadero son en extremo estrictos en nuestro país y las instituciones funcionan. La ciudad de Valparaíso ha sido declarada en estado de emergencia y cuarentena debido a múltiples incendios sin control y a un extenso brote de H1N1 que ha afectado a la mayoría de la población.

Los primos se encuentran frente a uno de los centros de recarga BIP. El sonido de los trenes que llegan y se van se suma al bullicio de los pasos y las voces apuradas de la gente que camina como una

retahíla de hormigas laboriosas y presurosas en diferentes direcciones.

—Es bueno volver a verte de paisa, Ignacio —exclama Matías, abrazando a su cabizbajo primo mayor. Lleva pantalones de colegio, zapatillas negras, una camiseta manga larga de *Assassins Creed*. Carga una mochila donde ha guardado su camisa de colegio, un chaleco azul marino y la corbata.

—Gracias por hacer la cimarra y venir a verme. Sé que no te gusta perder clases.

—¿Sabes por qué a arrancarse del colegio le dicen hacer la cimarra? —replica Matías, porque no sabe en verdad qué decir y no quiere ir directo al grano; de inmediato responde su propia pregunta—: Por los esclavos que se escapaban de las plantaciones: les decían los cimarrones; formaron una especie de nación dentro de la selva de Brasil, con bandera y todo.

—Supongo que me hubiese tocado ir a atraparlos y llevarlos de vuelta, si hubiese seguido en la escuela, y si hubiese vivido en esa época —contesta Ignacio con un suspiro.

—Siempre tendrás a los mapuches, esos indios siguen peleando, desde que llegaron los incas no han parado —ríe Matías—. ¿Piensas postular a otra escuela matriz?

—Tengo que conversarlo con mi papá primero; la fianza que va a tener que pagar por mi culpa es de unos tres millones de pesos.

—¿Fianza?

—Además de la matrícula, que es millonaria, cuando entras a la escuela te hacen firmar un papel en el cual te comprometes a pagar una suma de dinero en caso de que te expulsen o de que tú mismo pidas la baja. La cifra va aumentando a medida que llevas más tiempo en la institución, y ya estamos en octubre…

—La cagada es grande entonces —responde Matías tratando de empatizar, pero la verdad es que nunca ha trabajado y no sabe el valor del dinero; apenas entiende qué es una suma grande.

—Mi viejo seguro me empapela a garabatos cuando le cuente.

—¿Crees que con su influencia podría hacer que te reintegren?

—Eso solo empeoraría mi situación. Lo que hice no tiene perdón y él es demasiado honorable, no lo haría. Va a querer matarme. Estaba orgulloso de que yo siguiese la tradición familiar y de paso que tuviese un futuro asegurado. Ya sabes, por lo de la jubilación.

—Pasan frente a una cafetería subterránea y se montan en la atestada escalera mecánica que los llevará a Luis Thayer Ojeda Norte.

—Ahora mismo han hablado mucho sobre eso en internet; creo que mañana hay una marcha para exigir que eliminen las administradoras de fondos de pensiones y vuelvan al sistema de reparto, como el que tienen las fuerzas armadas —dice Matías, mientras se elevan hasta la superficie—. ¿Tienes hambre? Por aquí hay un local donde venden dos completos por luca.

—Ahora entiendo por qué estás tan gordo. Eso y los videojuegos. ¿En qué estás ahora?

—No estoy gordo, tengo los huesos muy adentro —sonríe Matías y cambia de tema—. Después del *Resident Evil* cuatro fue difícil encontrar algo que llamase mi atención —continúa, indicando el camino al boliche de los emparedados, en una de las galerías que están al lado de la Pirámide del Sol—. Hace poco terminé el *Left 4 Dead* y ahora estoy jugando *The Last of Us*. Los zombis son la cumbia, cero remordimientos al matarlos.

—Pero en esos juegos no solo matas zombis.

—Da lo mismo, son monos de computadora, unos y ceros, no son reales. ¿Escuchaste las noticias sobre la pandemia que se está esparciendo por el mundo?

—En las noticias dicen que no hay que preocuparse, que no va a llegar a Chile.

—En internet dicen que hay un brote en China y otro en Rusia; dicen que es culpa de los tontos que no quieren vacunarse… ¿Te imaginas Santiago lleno de zombis? —exclama Matías con los ojos brillantes de emoción— sería como la *Zombi Walk*, pero podrías matarlos a todos.

—Sigues tan fanático de esos bichos como siempre —Ignacio esboza una leve sonrisa—. No creo que te enseñe a disparar después de todo, ya te veo saliendo a matar a giles disfrazados —replica divertido y luego suspira—. Creo que esa es una de las cosas que más voy a extrañar de la escuela, las prácticas de tiro. A mi pistola le había puesto Helena.

—¿Como la princesa? —inquiere Matías, mientras esperan los cuatro italianos que han pedido.

—Cada vez que la sacaba ardía Troya —ríe Ignacio, un poco más

animado—. No se me ocurrió a mí, lo leí en un libro: Identidad Suspendida, de un tal Amira, el escritor chileno que está de moda.

—Lo último que leí fue un libro chileno de zombis; me lo regaló mi mamá, que me dijo que el escritor ganó un premio en España y varios otros en Estados Unidos. Me dijo también que hay un par de juegos basados en sus libros, pero no recuerdo su nombre. Además, tengo que terminar *The Last of Us*, no tengo tiempo para leer.

—¿Cómo van tus notas en el colegio?

—No paso del cinco, pero es suficiente para mí. Si estudiara no tendría tiempo para jugar, que es lo más importante de la vida. Solo subo las notas cuando sale una consola o un juego nuevo, así logro que me las compren.

—Siempre tan porro, Matías.

—Mírate, Ignacio, siempre sacaste las mejores notas e igual te echaron de la escuela.

—Me dieron de baja por un tema disciplinario, no por temas académicos.

—¿Me vas a contar qué pasó?

—Necesito hacerme el ánimo, pero sí, te voy a contar, así me sirve como práctica para cuando me tenga que confesar ante mi papá —al decir esto, una oleada de angustia se le anuda en la boca del estómago.

Luego de engullir los completos —que consisten en un pan alargado, blando y tibio y un poco crujiente que se parte a la mitad, donde se coloca una salchicha sobre la cual se pone salsa americana, chucrut, tomate y, por último, una capa de mayonesa, todo lo cual se condimenta a gusto con mostaza, ají o kétchup— los primos caminan hacia el Parque de las Esculturas y luego avanzan por el costado del río Mapocho, que escurre sucio y con poco caudal hacia el poniente. Hay palomas e incluso gaviotas alimentándose de la basura que arrastra la corriente; de seguro también hay enormes ratas, pero estas no se dejan ver durante el día. Conversan trivialidades, tratando de olvidar la situación actual de Ignacio, que necesita evadirse y poner un poco de tiempo entre él y la confesión que le tiene que hacer a su padre.

Pasan las Torres de Tajamar y se internan en el Parque Balmaceda. Mientras se toman un helado, se detienen un momento frente a una pileta en la cual se aprecia la Escultura al Aviador.

Continúan su periplo por el parque, bajan de Plaza Italia, cruzan la pileta Fuente Alemana y antes de llegar al museo de Bellas Artes se encuentran con un grupo de jóvenes de uniforme que también se ha saltado la escuela y beben alcohol de una botella de refresco. Ignacio reconoce a uno de sus excompañeros de equitación; Diego, un joven alto, moreno, de pelo corto y ojos almendrados, que lo saluda no bien lo ha reconocido y los invita a sentarse con ellos. Los primos se acomodan en el pasto y escuchan las conversaciones. Matías no fuma ni bebe y se siente fuera de lugar, pero Ignacio necesita la distracción. Entre ellos hay un par de veinteañeros vestidos con pantalones de mezclilla y camisetas de colores vistosos, que deberían estar en la universidad. A Ignacio le llama la atención una de las chicas de uniforme; viste una falda tableada a cuadrillé, calcetines gruesos hasta debajo de la rodilla, bototos y una camiseta piqué, y tiene varios aros en las orejas, la ceja izquierda y la nariz, enormes ojos café delineados con abundante rímel negro y el pelo verde, rapado a ambos costados; su nombre es Millaray. Cuando comienza caer la tarde, ella propone seguir el jaleo en la casa de su pareja, un punki barbudo que vive en una casa tomada cerca del Cementerio General.

Matías ha bebido pisco con Kem Piña Extreme y se siente eufórico. Ignacio necesita evadirse, así que ambos se dejan llevar y siguen al grupo. Avanzan por el costado del Mercado Central, que a esa hora está cerrado y que huele a pescado. Pasan por la Piojera, y cruzan el río una cuadra antes de llegar a la fachada de la Estación Mapocho, en dirección a la Vega Central. A Ignacio, que hace tiempo no pasea por esos barrios, le sorprende la cantidad de inmigrantes de color que abundan en las calles: algunos venden comida, otros atienden negocios o vuelven de sus trabajos a sus casas. Le dan la graciosa impresión de estar en un país centroamericano.

El grupo transita junto a varios bares de mala muerte que hieden a orines y vinagre, donde se vislumbra uno que otro borracho anclado a su caña de vino bigoteado. Los jóvenes se detienen frente a una botillería, juntan dinero entre todos y compran varias cajas de vino barato.

Continúan por calle La Paz, en dirección al cementerio. Pasan frente a la facultad de Odontología de la Universidad de Chile y

antes de llegar a la intersección con la calle Santos Dumont, se detienen frente a una gruesa pared de ladrillos rayada, con varias ventanas rectangulares una detrás de la otra, cada una tapeada con madera o planchas de lata oxidada. Entre las ventanas, hay una puerta de doble hoja con un rayado en blanco pintado en ella. Millaray saca una llave de la mochila y abre el candado que asegura la cadena que mantiene unidas las altas planchas de madera de alerce. Ingresan por un pasillo más o menos angosto; el olor es rancio, pero en medio de la borrachera los jóvenes inexpertos no lo notan. Hay colchones tirados, tapados con arrugadas sábanas decoloradas con diseños infantiles, sillones recogidos de la basura, algunos medio quemados. Faltan tablas en el piso o el cielo, que está cubierto con latas o pedazos de plástico desteñido sobre travesaños de madera unidos con clavos retorcidos. Dentro de lo que alguna vez fue un amplio patio interior, ahora lleno de basura, botellas y latas de cerveza vacías, hay un bracero hecho a partir de la llanta de un camión. Cerca de él, una mujer y un tipo sentados en neumáticos viejos apilados. Ambos tienen el pelo decolorado, visten pantalones apretados y calzado militar. Ella fuma pasta base de una pipa improvisada con la parte exterior de un bolígrafo y la tapa rosca metálica de una botella de cerveza. Reconocen a Millaray, y el grupo y los pertrechos que traen son bienvenidos. Ignacio y Matías no duran mucho tiempo en medio de la tertulia; la noche se torna extraña y ellos, producto de la abundante ingesta de alcohol, a la cual no están acostumbrados, buscan un lugar para descansar. En un rincón techado, al lado de una taza de baño rota, sobre un colchón desgarrado, se duermen.

Matías se despierta de un sobresalto, con frío, sed y un dolor punzante en las sienes. La luz azulina del cielo le indica que falta poco para el amanecer. Enciende su teléfono: tiene más de treinta llamadas perdidas de su madre; un escalofrío recorre su cuerpo, esto va a tener consecuencias; seguro lo dejan sin internet una semana. Saca el chaleco de la mochila y se lo coloca. Le escribe un mensaje de texto a su madre; le cuenta de manera sucinta que han expulsado a Ignacio y que ha pasado la noche con él en la casa de su padre, que llegará en un par de horas. Confía en que la nula comunicación entre sus progenitores, producto de una separación poco cordial, no destroce su coartada y que el impacto de la noticia de la expulsión

de su primo desvíe la atención de la falta que ha cometido. De pronto, oye golpes insistentes en la puerta. Alguien entra, se escuchan gritos; al parecer hay una pelea. Zamarrea a Ignacio, que abre los ojos refunfuñando.

—¡Matías! ¿Qué pasó? —dice Ignacio, ronco, con la boca pastosa y amarga; se restriega los ojos legañosos escrutando a su alrededor—. ¿Dónde estamos?

—Donde nos trajo la mina de pelo verde que no te dio ni bola. Parece que hay una pelea y mi vieja está furiosa porque no llegué ayer. Me tengo que ir a mi casa ahora.

El griterío se hace más intenso, se escuchan improperios y chillidos. Mientras se ponen de pie, los primos pueden ver a un tipo desnudo y pálido sobre la mujer que fumaba de la pipa. Ella patalea desesperada mientras la atacan; su compañero golpea al agresor con una tabla. Un par de jóvenes se acerca gritando, pero la mayoría duerme la borrachera y no se entera de nada. La mujer deja de luchar, el tipo desnudo se da media vuelta y se abalanza sobre el punki que lo golpeaba y que se paraliza ante lo que ve. El orate está salpicado de sangre y tiene un tajo que semeja una Y, que termina en la base del estómago y que, entre las capas de grasa amarillenta, deja las violáceas entrañas al aire. El muerto se precipita hacia adelante, le toma las piernas al joven, lo derriba y comienza a morderle los muslos. La mujer se levanta con los ojos blancos, emite un grito gutural e inarticulado y también se abalanza sobre su antiguo compañero.

—¿Qué fumaron estos? —pregunta Matías estupefacto, con los ojos muy abiertos.

—Párate, tenemos que salir de aquí ahora —Ignacio se levanta como un resorte y agarra a su primo por el hombro.

Caminan por el pasillo que lleva a la puerta y se encuentran de frente con Millaray, que arranca de un gordo barbudo que la persigue con las fauces abiertas. Ignacio la hace a un lado, se pone en la trayectoria del demente y le propina una patada de frente, a la cadera, que lo deja tirado, aunque el obeso se sigue arrastrando para alcanzarlos. Dan media vuelta y continúan hacia la salida. Las puertas están abiertas. Afuera está Diego con su paletó de colegio y su mochila puesta. Se encuentra parado, sin moverse, en el borde de la vereda.

Ignacio, Matías y Millaray lo alcanzan. Lo que ven no tiene ningún sentido. Hay un bus estrellado contra una palmera, un auto detenido más allá y varias personas desnudas que, con la boca embadurnada de sangre, persiguen, derriban y caen sobre uno de los pasajeros del bus que ha logrado bajar por la puerta trasera. Actúan como perros, como hienas hambrientas. Hacia el otro lado, hacia el sur (en dirección al centro de la cuidad), se escuchan sirenas y bocinazos. Hay columnas de humo que se levantan y se mezclan con el smog de la capital.

Los jóvenes aún no han salido de su aturdimiento cuando un grupo de orates se percata de su presencia. Olisqueando, dando dentelladas al aire, moviendo los dedos de forma espasmódica y con las manos estiradas hacia adelante, caminan en su dirección.

Al mismo tiempo, de la casa ocupa los comensales de la noche anterior comienzan a salir. Sus bocas, pechos y manos están manchados de sangre. Unos tienen el rostro desgarrado y los colgajos de carne se menean gelatinosos a cada torpe paso que dan hacia ellos.

Aúllan de forma inhumana y espantosa, mientras los lechosos globos oculares se pasean erráticos en las órbitas y sus pies avanzan con torpeza hacia ellos.

# Capítulo 2.
# Veinte metros bajo tierra

—Reina a alfil seis, jaque —exclama Javier con una sonrisa enquistada en la comisura de los labios.

—Mi peón se come a tu reina —se relame su contrincante con sorna, mirando con intensidad el tablero.

—Alfil a rey siete. Jaque mate.

—Ya me aburrió este juego —replica el adolescente que desciende de una familia de inmigrantes chinos que tenía un restaurant llamado Pekín en Valparaíso—. Creo que voy a jugar *Play* un rato mejor.

—¿Un duelo de *Tekken*? —propone Javier.

—Estoy aburrido de que me vueles la raja, voy a jugar *Resident*… —responde el otro levantándose de la mesa; camina por el pasillo de cemento y luego baja las escaleras hasta la enorme despensa.

—Entonces *Street Fighter* —grita Javier para hacerse escuchar.

—No.

—*Killer Instinct*.

—No.

—*Mortal Kombat*.

—Que no.

—Ludo entonces…

—Ese sí que es fome —rezonga el asiático antes de abrir la puerta metálica.

El cuarto, de seis por cuatro metros, está lleno de conservas de todo tipo, sacos de alimentos no perecibles, chocolates, golosinas, cajas de suplementos vitamínicos, medicamentos, papel higiénico,

tambores con café, té, arroz, quínoa y una infinidad de productos necesarios para sostener a una familia de ocho personas por cinco años; es, además, iluminado por un tubo fluorescente que parpadea de manera intermitente. Weiping toma una bolsa de *soufflés* de maní y vuelve a la estancia, se echa en el sillón masticando con la boca abierta y enciende la consola.

—No te llenes con esas cochinadas Weiping —reclama una voz femenina—. Estoy cocinando arroz y quiero que te lo comas.

—No eres mi mamá; no tienes derecho a decirme lo que puedo o no hacer, déjame tranquilo.

—Soy tu hermana mayor y te digo que dejes de comer porquerías. Luego se te pegan en el estómago y tengo que soportar tus quejidos por días.

—Aún queda Viadil en el botiquín —apunta Javier.

—Que no me digas lo que tengo que hacer.

—Si no te comes lo que estoy preparando te voy a castigar, te dejaré sin *Play*.

—Tengo el computador, el Supernintendo y la Xbox 360, además de una tonelada de *soufflés* de maní y queso en la bodega.

—¿Javier, en qué momento a tu papá se le ocurrió meter golosinas a este refugio? —pregunta la muchacha.

—El refugio lo construyó mi abuela, y a ella le gustaba tener a la gente feliz a su alrededor, sobre todo sabiendo que tendríamos que pasar años aquí abajo si caía una bomba atómica o se derretían los polos —grita el jovencito desde la otra habitación, mientras pedalea en una bicicleta estática cuya cadena está conectada a un dínamo que envía la energía producida por el ejercicio a una batería empotrada en una de las paredes de hormigón armado—. Seguro se aburre de comer botanas en un mes o dos.

—Eso dijiste la última vez; lo voy a castigar si no deja de jugar y comer basura.

—Javier, controla a tu mujer.

—A mí nadie me controla. Cómo se te ocurre decir eso, pequeñajo insolente. ¿Y tú, Javi, por qué guardas silencio mientras tu amigo me falta el respeto de esa manera?

—No me puedo meter en peleas de hermanos, Siying; tú y Wei tienen que solucionar sus propios asuntos. Me voy a ver si capto alguna transmisión de radio; avísame cuando esté listo el arroz,

amor —dice Javier, dejando de pedalear y avanzando por un pasillo estrecho para luego subir una empinada escalera que llega al cuarto más cercano a la superficie del recinto subterráneo. Mientras pone un pie delante del otro, recuerda la manera en que terminaron veinte metros bajo tierra.

Su abuelo había trabajado en la planta nuclear de Chernóbil, en la central Vladímir Ilich Lenin, ubicada a tres kilómetros de la ciudad ucraniana de Prypiat.

Se estaba experimentando con el reactor para comprobar si la energía de las turbinas podía generar suficiente electricidad para las bombas de refrigeración en caso de fallo hasta que arrancaran los generadores diésel. La operación fue un fracaso rotundo. Durante la prueba se simulaba un corte de suministro eléctrico, pero un aumento súbito de potencia en el reactor nuclear cuatro produjo el sobrecalentamiento; se oyeron fuertes ruidos y se produjo una explosión causada por la formación de una nube de hidrógeno dentro del núcleo, que hizo volar la tapa del reactor, provocando una gigantesca emisión de productos de fisión a la atmósfera. Los observadores que se encontraban en el exterior del bloque cuatro, vieron bultos incendiados y chispas saliendo eyectados del reactor, algunos de los cuales cayeron sobre el techo de la sala de máquinas e iniciaron un incendio.

La cantidad de dióxido de uranio, carburo de boro, óxido de europio, erbio, aleaciones de circonio y grafito expulsados, todos materiales radiactivos, se estimó en unas quinientas veces mayor que el liberado por la bomba atómica arrojada en Hiroshima en 1945. Causó la muerte inmediata de treinta y un personas, y forzó al gobierno de la Unión Soviética a evacuar de manera repentina a más de cien mil. La alarma internacional se produjo de inmediato al detectarse radiactividad en al menos trece países de Europa central y oriental. Como medida paliativa, y para aislar el interior del exterior, se construyó lo que, con ironía, los científicos llamaron el sarcófago. A pesar de las medidas, miles de personas fueron afectadas por la contaminación y aun hoy la zona está deshabitada.

Esa era la versión oficial, pero por los relatos de su abuelo, Javier sabía que este cuento había sido una tapadera para el verdadero accidente: la fuga de un arma biológica destinada a terminar la guerra fría.

Tras sobrevivir a uno de los primeros brotes zombis registrados en la era moderna, Piotr Ivanov escapó junto a su esposa y su hijo de seis años a Alemania, pero los agentes de la STASI, la agencia de inteligencia de la Alemania Oriental, no dejó de perseguirlos, así que, con la ayuda del almirante Guillermo McKay, un submarinista que en ese momento estaba en instrucción en los astilleros del puerto de Kiel, Piotr consiguió asilo y nuevas identidades para él y su familia en Sudamérica, donde se convirtió en Edgardo Kaiser, un contador que no terminó sus estudios universitarios, masón, descendiente directo de la baronesa prusiana Alma Von Schickedantz, y un violinista de origen judío-alemán, Martín Kaiser Cohen, ambos inmigrantes teutones que llegaron a Chile durante los años veinte con su hijo Walter de siete años, escapando de la Primera Guerra Mundial. Edgardo, hijo de Walter, había trabajado como contador en el diario El Clarín, para luego desaparecer por diez años y reaparecer radicado en el puerto de Valparaíso. Su esposa, bajo el nombre de Julia Contreras Briones, fundó un lucrativo negocio de venta de repuestos automotrices, mientras Piotr, ahora Edgardo, tomaba vodka una vez al mes con su amigo el almirante. Compraron una casa en el barrio Chorrillos y un Chevrolet Caprice del 67, vacacionaban en Lican-Ray y tuvieron dos hijos más: Alex, que nació con retardo mental, y Katarina, una jovencita que murió a los diez y nueve en un accidente automovilístico. En cuanto pudo, el matrimonio compró un terreno a las afueras de la ciudad, en una zona entre Peñuelas y Casablanca llamada Melosilla; en ella, Piotr pasó años trabajando con maquinaria pesada, cavando cuarenta metros para luego construir una jaula de metal cubierta de una cáscara de madera en la cual se vertieron seis mil metros cúbicos de hormigón. La estructura subterránea estaba diseñada de modo de contener todo lo necesario para sobrevivir el Armagedón, que el mismo Piotr había ayudado a diseñar en los laboratorios de Prypiat hacía casi cincuenta años.

El hijo mayor de Piotr, padre de Javier y oficial de ejército dado de baja con el rango de capitán, lo había obligado a entrenar desde pequeño; le contaba las historias de su abuelo y las razones por las cuales debía estar preparado. Todos los fines de semana hacían práctica de tiro en el polígono del complejo de la armada, ubicado en la recta las Salinas, asistía a clases de Krav Maga militar tres

veces a la semana, y los sábados participaba de las brigadas juveniles de la quinta compañía de bomberos de Valparaíso. La miríada de actividades no lo dejó nunca sobresalir en el colegio, pero tenía buenas notas. Las historias de su padre y su abuelo no solo motivaban su preparación y disciplina, sino que desarrollaron en Javier una fijación por el fenómeno no-muerto. Por tanto, en su escaso tiempo libre, además de hacer sus deberes escolares y jugar videojuegos, junto a su mejor amigo disfrutaba proyectando su plan de contingencia en caso de que tuviesen que enfrentar un apocalipsis zombi. Sin ese plan, Javier, Weiping y Siying no hubiesen logrado llegar a la casa de los padres de Javier, recibido las llaves del refugio y salir de la ciudad antes del bombardeo a Valparaíso. En el proceso, Weiping vio a su madre convertirse y luego intentar devorarlo. Siying, al ser atacada por su papá, tuvo que decapitarlo. Javier contempló la muerte de su madre frente a sus ojos, y ejecutó a su progenitor de un balazo en la cabeza. Todos sus planes para el futuro habían cambiado de forma radical durante la travesía por un Valparaíso infestado de zombis.

La vida del joven bajo tierra es extraña, monótona, sin objetivos ni esperanzas. Mientras sus manos aferran los barrotes que conforman la escalera del silo que lleva a la sala de comunicaciones, Javier no se decide aún a juzgar su suerte como buena o mala. Muy en el fondo resuena el discurso final de su padre, instándolo a no rendirse jamás. Sin embargo, en los momentos en que el desasosiego se decanta en el fondo de su corazón, ni las palabras ni los razonamientos son un consuelo verdadero para el joven.

Luego reflexiona en su situación actual y se da cuenta de que, si bien está encerrado, sus compañeros de condena son su mejor amigo y el amor de su juventud, y no un grupo de extraños de los cuales tendría que desconfiar en todo momento. Recuerda que sin el Evento Z no hubiese tenido ni la oportunidad ni el valor de acercarse a Siying; la jovencita de diez y seis años, espigada y atlética, de piel cobriza, pómulos altos y redondeados, ojos almendrados y pelo azabache, que le quitaba el sueño desde la primera vez que la vio en el restaurant de los padres de Weiping, caminando graciosa con su uniforme y su mochila a la espalda, saludando en mandarín a su madre, levantando y moviendo su

delicada mano de dedos largos y elegantes. Los tres eran compañeros de colegio, pero la hermana de Wei estaba dos cursos más arriba que ellos y tenía una relación amorosa con un tipo de cuarto medio con la cara llena de espinillas. La verdad era que esa relación no tenía futuro: al cumplir la mayoría de edad, los padres de Siying la enviarían a China a buscar marido, con el cual volvería y abriría un restaurant cerca de la Plaza de la Victoria llamado Pekín II o algo por el estilo.

La relación entre los hermanos siempre había sido turbulenta, eran y aún son como el agua y el aceite, siempre discutiendo entre ellos, y Javier, por ser amigo de Weiping pasaba a ser enemigo natural de Siying. Razones todas que hacían que él la viese en esos tiempos como a un amor platónico; ella representaba el epítome de la muchacha inalcanzable.

Todo cambió durante su escape y supervivencia: el novio de la adolescente había sido devorado por los antropófagos y Javier había salvado la vida de los dos hermanos en múltiples ocasiones. No sabía si atribuirlo a la costumbre o a las experiencias traumáticas vividas juntos, pero justo antes de escapar de la cuidad, ella lo había besado. Lo que comenzó como una inocente relación de adolescentes, se desarrolló en el búnker como una relación adulta: Javier y Siying dormían en la misma cama todas las noches, en una de las habitaciones matrimoniales. La situación tensionó en un principio la relación de los mejores amigos, pero luego se tornó parte de la rutina en la cual la comida enlatada, las vitaminas diarias para evitar el escorbuto, el solárium, los ejercicios, los juegos de mesa y la escapada de Javier a la sala de radio eran cosas obligatorias. Al recordar el amor intenso y la felicidad que abrazar y besar a Siying le hace sentir, un calor le llena el pecho y le humedece los ojos. En ese momento cae en cuenta que en verdad es afortunado.

La puerta de la sala de comunicaciones del búnker se abre. Javier se sienta frente al equipo. Es una base HF Kenwood
TS-590s,
conectada a una antena que sobresale del suelo a unos ocho metros de la entrada del búnker camuflada como un eucaliptus. Manipula los controles con la bitácora y un lápiz en mano, haciendo un barrido por las frecuencias más comunes primero. Luego prueba

canales alternativos, envía mensajes en inglés y español, dibuja un punto junto a cada una de las frecuencias revisadas y continúa, moviendo la antena por medio de un motor eléctrico para obtener mejor señal pero, como le viene sucediendo hace ocho meses, solo recibe estática.

No puede evitar pensar que son los únicos supervivientes del apocalipsis zombi.

# Capítulo 3.
# El vuelto del pan

Ignacio sostiene a Matías del antebrazo y se echa a correr hacia el sur por calle La Paz. Millaray y Diego los siguen. Sus pasos retumban en el asfalto; las palmeras que los flanquean quedan atrás junto al Instituto Siquiátrico Dr. José Horowitz a la izquierda y la facultad de Odontología de la Universidad de Chile a la derecha. Mientras avanzan, una cuadra más allá, un auto blanco choca a toda velocidad a otro por detrás, haciéndolo traspasar la línea de la calzada e incrustarse en el costado de un bus verde. Varias personas salen de sus casas y se forma una multitud. Al llegar a la calle Sergio Livingstone, y para evitar la aglomeración de gente, doblan en dirección a la cordillera y continúan corriendo.

—¿Dónde vamos? —pregunta Millaray en plena carrera. Han avanzado un par de cuadras. A su derecha hay varias casas de un piso, a la izquierda un muro alto pintado con murales coloridos.

—Al regimiento —contesta Ignacio. Millaray se detiene de golpe. Diego se adelanta tres pasos y también deja de correr; ambos jadean.

—¡Donde los milicos yo no voy!

—Mi papá está a cargo —replica Ignacio dando media vuelta. Su voz suena apenas agitada, su pulso es estable—; es un lugar seguro donde estar mientras no sepamos bien qué pasa.

—Regimiento número uno de Infantería, Buin —añade Matías de forma entrecortada. Tiene el rostro congestionado, está sudoroso y respira con dificultad—. Mi tío es el comandante Concha.

—Está bastante lejos —interviene Diego—. Al gordo le va a dar un ataque antes de que lleguemos.

—No es gordo, solo tiene los huesos muy adentro, no lo molestes

—los tres sonríen—. Y es mi primo, así que me lo llevo a lapa si es necesario.

—Yo no voy —insiste la de falda tableada y bototos. Los tres jóvenes se miran sin decir palabra.

—No podemos dejarla sola —dice Diego y levanta los hombros.

—Es su decisión —refuta Ignacio arrugando el entrecejo—. No podemos quedarnos aquí y esperar que nos agarre un grupo de esos locos.

—No son locos, son zombis —Matías aún jadea. Está inclinado hacia adelante, con las manos en las rodillas, habla con dificultad —, y yo tengo que llegar a mi casa; si seguimos por aquí llegamos a Recoleta, a unas cuadras del metro Cerro Blanco, ahí me despido y dejo de molestar.

—Los zombis no existen, pendejo ridículo —Millaray los mira con los brazos cruzados y la barbilla en alto—. Solo por ser parientes de milicos debería dejarlos botados yo a ustedes.

—Has estado muy metido en el *Play*, primo —dice el exrecluta, ignorando el escarnio—, pero lo que sean, zombis, enfermos o locos, pueden estar en el centro también, no te puedo dejar solo.

—Ignacio, tú viste lo mismo que yo: el viejo que atacó a la mina droga de pelo mal teñido; tenía un corte limpio en el estómago, estaba muerto: de seguro le estaban haciendo la autopsia cuando se levantó, es obvio que salió del Servicio Médico Legal, no del cementerio.

—Pueden haber salido del siquiátrico también —interrumpe Millaray, y apunta hacia adelante con la mano temblorosa y el rostro demudado.

Los tres jóvenes se voltean. Desde la entrada de la urgencia del Instituto Siquiátrico sale una ambulancia a toda velocidad y se estrella contra una casa verde de paredes de adobe, penetrando hasta la mitad en ella. Tras la ambulancia avanzan renqueantes seis o siete personas, algunas de civil y otras con batas blancas manchadas de rojo, todas con los ojos blancos y las bocas abiertas. Dos de ellas van sin zapatos.

Ignacio no pierde tiempo, vuelve a tomar a su primo por el antebrazo y echa a correr. El grupo avanza un par de metros y toma la calle Juárez. Cortan en dirección sur; al fondo pueden ver dos altas torres de edificios rojo ladrillo. La calle es angosta y hay varios

autos estacionados con medio cuerpo sobre la vereda, así que trotan por en medio de la calzada. Cuatro casas más allá, a la izquierda, se encuentran con el almacén «Los 3 Hermanos»: un anciano de vientre abultado acaba de abrir las puertas y está sacando una pizarra donde indica que hay pan y otras provisiones.

Ignacio baja la velocidad y entra al local. El hombre, canoso y medio calvo, está a medio camino del mesón de ventas. Sus pasos son lentos y el joven casi tropieza con él. El lugar es lúgubre y fresco, iluminado por un solo tubo fluorescente que cuelga del techo; huele a humedad, a dulce y a verdura descompuesta.

—Buenos días —dice Ignacio—, disculpe, ¿tiene para pagar con tarjeta de débito?

—Tarjeta —bufa Millaray detrás de él—. No puedes ser más cuico.

—No, joven —replica el vejete con una sonrisa, mientras busca el control remoto y enciende un pequeño televisor que está detrás del mostrador—. Lo siento, solo chin chin aquí, y tampoco vendo al lápiz —le indica apuntando una calcomanía en la que se lee: «Hoy no se fía, mañana tampoco».

—¿Tiene pan?

—Solo de ayer; el pan fresco me llega en unos diez minutos.

—No importa —contesta Ignacio, sacando su billetera de cuero —. Pan frío está bien, además me quedan unos billetes, creo — encuentra un billete azul, lo hace flamear con una sonrisa y luego voltea—. Pelo verde, saca cuatro botellas de agua mineral sin gas; vamos a llevar cuatro paquetes de papas fritas…

—Me llamo Millaray y la boca te queda donde mismo, cabeza de muela.

—Como sea, junta las cosas rápido. Matías, pásame la mochila, la vamos a necesitar. Diego, Matías: quédense en la puerta y avisen si ven algo raro.

Los interpelados obedecen. Millaray e Ignacio van colocando las provisiones sobre el mesón y el tendero comienza a sacar cuentas con lentitud proverbial, escribiendo tembloroso con un lápiz de pasta sobre hojas porosas de papel rosado. Millaray coloca los brazos en jarra e Ignacio golpetea la mesa con los dedos, pero prefiere guardar silencio: si interrumpe es posible que el viejo pierda la cuenta. En la televisión, cuya luz parpadea entre los

paquetes de golosinas, está terminando el informe del tráfico; hay varios choques y congestión vehicular en distintas partes. Comienza la sección de noticias y la comentarista informa de varios incendios simultáneos en distintos edificios de la capital, incluyendo el Hospital Sotero del Río; la Posta Central está colapsada y ha sido cercada por fuerzas especiales de la policía. Se registran, además, diversos disturbios: la estación de metro Baquedano está cerrada, pues varias personas se lanzaron a las vías del tren. Las autoridades recomiendan que, en lo posible, las personas permanezcan en sus hogares, ya que la epidemia de sarampión ha empeorado.

—¡Ignacio!

—¿Qué pasa?

—Ya vienen —exclama Diego. En la televisión los conductores del matinal hablan de los nuevos peinados para perros que están de moda…

—¿Cuánto es, caballero?

—Ay, espéreme, que perdí la cuenta…

—¿Pero es menos de diez mil?

—No sé, tengo que comenzar de nuevo: un kilo de pan, cuatro manzanas, cuatro botellas de agua mineral, papas fritas…

—¡Ignacio, están a dos casas y son más que antes!

—Tome, páguese de aquí —Ignacio deja el billete sobre el mesón—. Pelo verde, abre la mochila. —Ignacio saca la camisa escolar de su primo y comienza a meter las botellas y las provisiones.

—No sea tan impaciente, joven, le queda mucho tiempo por vivir todavía; espéreme que le doy el vuelto.

—No me digas pelo verde, lamefusiles —replica la muchacha. Ignacio cierra la mochila, se la calza y sale del lugar al trote. Los demás lo siguen.

—Está la cagada con el tránsito en todo Santiago parece, y Valparaíso se halla en estado de sitio. En las noticias estaban diciendo que… —sale diciendo el exrecluta—. ¿Qué es eso?

—Zombis, primo, te lo dije.

Los adolescentes corren. Tras ellos viene un grupo de al menos treinta personas que emiten sonidos brutales desde sus gargantas; están salpicados de sangre y vísceras. Algunos van heridos, con los ojos colgando de sus cuencas, los hombros dislocados o los tobillos

rotos. Distinguen a un panadero gordo con una fractura expuesta de rodilla y piezas dentarias incrustadas en la mejilla desgarrada; a un organillero enjuto de pelo blanco, al cual le falta el músculo del antebrazo izquierdo y cuyos tendones le cuelgan y se balancean a cada paso que da; a una mujer embarazada que avanza dejando un reguero de sangre y de cuya barriga rota sale una mano diminuta que se estira, abriendo y cerrando tres pequeños dedos, pues los otros dos son un amasijo de carne informe; a un cura con la sotana blanca encarnada, cuya faringe se balancea en su pecho; los demás tienen un aspecto similar. Los cuerpos están destrozados o heridos de gravedad y sin embargo avanzan… Lentos e inexorables, avanzan hacia ellos.

—¡Joven, su vuelto!

El dueño del almacén «Los 3 Hermanos» sale de su boliche de barrio con la mano en alto y se encuentra a bocajarro con la horda de desquiciados, que se abalanza sobre él. Los jóvenes se dan vuelta a mirar y observan el momento preciso en el cual el cuerpo del anciano es desmembrado por la turba, que gruñe mientras hinca los dientes en la carne o se abre paso con las uñas a través de la piel, desparramando hígado, intestinos y sangre por todos lados. Ignacio, Millaray, Matías y Diego contemplan descompuestos la escena; Matías se corcovea por las náuseas.

—Aguántate —ordena Ignacio, reanudando la marcha—. Si vomitas te vas a deshidratar y no vas a poder correr. Me pasó en la escuela…

—El gordo va a ser el primero en caer.

—Cállate, Diego, o te rompo el hocico.

—Se puso choro el milico prepotente.

—Tranquilo, Ignacio, era broma nomás.

Pasan bajo un árbol y llegan a una amplia bocacalle que empalma con Juárez Larga. Justo adelante, y tras una reja, está el par de altas torres de departamentos.

—¿Ahora hacia dónde?

—No tengo idea. ¿Derecha o izquierda?: decidan.

—Siempre a la izquierda —exclama Millaray.

—A la derecha, entonces —responde Ignacio, y sigue corriendo a paso regular.

Cruzan calle La Paz y llegan a la intersección con Avenida

Independencia, donde pueden ver que justo frente al Instituto Comercial Bernardo
O'Higgins
se ha producido otro choque. Las balizas de una patrulla de carabineros centellean verdes. Los oficiales tratan de contener a un par de personas para que se mantengan alejadas del cadáver del atropellado, al cual el bus y la camioneta, cuyas latas están fusionadas, han partido a la mitad. De pronto, tres sujetos se abalanzan sobre uno de los policías y comienzan a morderlo. Su compañero retrocede gritando. Desenfunda su arma de servicio. Grita y ordena que suelten a su colega; como no hay respuesta, percuta el revólver y dispara al aire. Esto no hace sino atraer a más personas en su dirección. El cuerpo del atropellado, partido a la mitad, emite un bramido áspero y comienza a arrastrarse dejando una mancha sanguinolenta y oscura. El policía, con el rostro desencajado, pide refuerzos y vuelve a disparar, esta vez al gentío que lo rodea. Las balas entran en los cuerpos y los hacen retroceder unos centímetros. Sin embargo, los dementes no se detienen. Pronto las municiones se han acabado y el carabinero empuña su macana. La descarga de arriba abajo con furia y miedo, patea y se da vueltas, tratando de volver a la patrulla; no obstante, antes de abrir la puerta es abatido.

—Parece que sí son zombis —dice Millaray atónita.

—No se detengan —Ignacio tironea a su primo.

—Te lo dije —exclama Matías—. ¿Viste que las balas no les hacen nada?

—Necesitamos algo con qué defendernos —agrega Millaray mientras entran a una calle angosta, flanqueada por antiguas casas, algunos árboles y tiendas de telas.

—¿Si no mueren cuando les disparas, qué sacas con defenderte? Tenemos que arrancar —replica Diego, jadeando.

—A los zombis se los mata destruyéndoles el cerebro —las palabras apenas salen de la garganta de un Matías empapado en sudor.

—¿Sabes lo difícil que es destruir un cráneo humano, primo? Hasta trescientos kilos de presión aguanta una cabeza antes de romperse.

—El gordo facho cree que estamos en un videojuego.

—Corran callados mejor —corta el tema Ignacio.

Pasan una distribuidora de gas licuado y en la esquina con calle Mauri, Ignacio se detiene y reparte las botellas con agua.

—Espérenme aquí —dice el exrecluta y se dirige a una hojalatería que están recién abriendo. Avanza con paso seguro hasta un tipo vestido con bototos de seguridad, pantalones y chaqueta de mezclilla azul, sobre la cual lleva un mandil de cuero grueso—. Buenos días —saluda el jovencito con naturalidad fingida, antes de abalanzarse sobre el hombre que está levantando la cortina metálica, que termina de enrollarse con un estruendo mientras Ignacio introduce el antebrazo bajo la barbilla del hojalatero y hace palanca con su otra extremidad, aplicando presión en la tráquea hasta que este cae dormido. Lo arrastra hacia dentro del local y hace señas a los otros para que lo sigan.

—¿Qué hiciste, milico prepotente?

—¿Crees que nos iba a regalar sus herramientas?

—No, pero…

—¿Quieres sobrevivir?

—Obvio que sí…

—Busquen algo con lo que puedan machacar una cabeza —Ignacio interrumpe a la muchacha, que mira en todas direcciones—. Si Matías tiene razón, aquí podremos encontrar algo útil —agrega tomando un martillo de cabeza plana y revés en punta.

—Mataste a un trabajador inocente por un simple martillo, típico de milico burgués genocida.

—No lo maté, solo está dormido, y va a despertar pronto, así que tomen algo para defenderse y vámonos.

Diego obedece, recoge una cadena de unos dos metros, la dobla a la mitad y une las puntas con una abrazadera de ángulo.

—Típica actitud burguesa, arrebatarle los medios de producción al proletariado y luego esclavizarlo para que trabaje por migajas —Matías abre una caja de plástico y toma una pistola de clavos y remaches portátil marca Ramset, guarda varias cajas de fulminantes y clavos en sus bolsillos y se dirige hacia afuera.

—Entonces quédate con el viejo, pídele disculpas y págale lo que nos llevamos.

—No tengo plata, milicoboy, no soy una patrona como tú.

—Toma algo para defenderte y vámonos, señorita frente

patriótico —Millaray escoge un punzón de medio metro, refunfuñando y le deja unas monedas al hojalatero en la panza.

Ignacio toma un candado, baja la cortina, asegura el pasador derecho con el talón, cierra el candado y comienza a caminar con paso ligero.

—Con suerte despierta cuando haya pasado lo peor, tendría que agradecernos.

—Milicos —bufa la escolar con el ceño fruncido—: dejan la cagada y quieren pleitesía…

—¿Dónde vamos, Ignacio? —inquiere Diego.

—Ya es media mañana, yo debería estar en mi casa, primo, sabes cómo se pone mi vieja cuando se enoja; me va a tener sin jugar con la consola toda la vida.

—Llámala por teléfono, dile que estás conmigo, que es una emergencia.

—Me quedé sin batería hace rato.

—¿Dónde vives, pelo verde?

—En Ñuñoa —contesta la joven cruzando los brazos.

—Ñuñork —exclama Matías con una risa leve.

—Yo tengo mi departamento cerca del terminal de buses —dice Diego, pero no tengo apuro por llegar a mi casa: mi papá está de viaje y no vuelve hasta dentro de una semana.

—Tratemos de llegar a tu casa, Diego, es la que está más cerca; de ahí pensemos qué hacer después, a ver si se normaliza la situación y podemos comunicarnos con nuestras familias —indica Ignacio, mordiéndose los labios.

—Pendejos fachos, me tienen chata, yo a la primera me largo.

—Cállate un rato, poto colorado: si no quieres venir con nosotros, no vengas, cierra la boca come guagua que tienes y toma otro camino.

—No la trates así, Ignacio, tampoco podemos dejarla botada. —Diego balancea la cadena a su costado y se la acomoda por sobre el cuello y bajo las costillas.

—Tienes razón, Diego, no ha sido correcto de mi parte tratar a una mujer de esa manera. Mientras estés con nosotros te vamos a cuidar, Millaray, solo deja de decir diez estupideces por minuto, por favor.

—Quién te dijo que yo necesito que un lamebotas como tú me

proteja; deja esa actitud machista para las botoneras, que seguro caen como moscas ante los comentarios misóginos que salen de tu mal oliente hocico cada cinco segundos.

—Tratemos de cruzar el Mapocho —exclama Ignacio tras un suspiro—; veamos qué pasa en el centro, con suerte cada uno se va para su casa y no tenemos que escuchar más a la resentida esta.

—Seguro te gustaría hacerme desaparecer, ¿o no?, milico prepotente; no sería la primera vez, te apuesto.

—Cálmate un poco, Milla, Ignacio no tiene la culpa de ser hijo de militares.

—Tiene la culpa, y no, no me calmo, Diego, no me calmo…

Ignacio no se molesta en contestar: lidera la marcha en silencio. Pasan casas de ladrillo y cemento crudo, varios locales y una iglesia color amarillo crema con dos campanarios góticos que enmarcan la alba imagen de una virgen de yeso, ante la cual Diego se persigna. El sol ya está alto en el cielo y un millar de bocinazos llena el aire. Cuando llegan a la avenida Fermín Vivaceta hay un atochamiento vehicular que no se mueve ni un centímetro. Algunos conductores comienzan a salir de sus vehículos, levantan los brazos y reclaman; otros lanzan improperios a sus vecinos.

Justo cuando llegan a la esquina dos grupos de desequilibrados, uno que viene del sur y otro del norte, avanzan con lentitud entre los automóviles, rodeando estos uno a uno y haciendo salir a sus ocupantes para devorarlos. La mayoría de los conductores tienen las ventanas abiertas para capear el calor, lo que hace más fácil la faena. Los dientes rompen la carne y comienzan los alaridos de dolor u horror, que no se distinguen de los rugidos de los hambrientos, los que se dan un festín de carne cruda. Un par de conductores se baja para defender a una jovencita, pero cuatro personas se les echan encima antes de que puedan socorrerla. El pavimento se va llenando de sangre y vísceras; en medio de aquel despliegue macabro se encuentran Ignacio, Millaray, Diego y Matías.

# Capítulo 4.
# El Camino de la Fruta

Los caminos son angostos, la carpeta de cemento que cubre el camino es delgada y Puran debe esquivar los forados que la lluvia y el tránsito han horadado en las carreteras subsidiarias. Hace un par de horas que los temblores se detuvieron. Los
F-16
pasaron de vuelta a Santiago volando bajo en formación delta, dejando una estela de vapor en un azul y despejado cielo. Una nube de humo y polvo se levanta desde la costa, pero los dos hombres jóvenes no pueden ver más que el asfalto que tienen frente a ellos.

El sol se esconde tras los árboles que flanquean la vía, desplegando largas sombras y una luz dorada que hace que todo lo ocurrido en Valparaíso los dos días anteriores parezca una ilusión, un mal sueño. El motor de seis cilindros en línea del Jeep blanco conducido por el Sij los lleva sin problema por las lomas y curvas de la calzada. Después de media hora de camino rural, toman el desvío hacia Tunquén. Bajan hasta donde la vía vadea una quebrada que llega al mar, dejando atrás una colina en la cual varios personajes han construido sus casas de fin de semana, aisladas obras de arquitectura que los hacen sentir felices de solo contemplarlas: distantes del populacho, pero lo bastante cerca de Santiago como para que no sea una molestia viajar hasta aquellos refugios que los protegen del mundanal ruido. Los que de verdad tienen dinero en Chile se trasladan en helicóptero, se van los fines de semanas al lago Todos los Santos o a sus propiedades en Caburgua, como Sebastián Piñera, Michel Bachelet o la familia Edwards. Tunquén es menos exclusivo, orientado a las estrellas de televisión o radio, como Sergio Lagos, Nicole y uno que otro empresario exitoso.

Inmigrantes, como Puran, y un hijo de minero, como Pedro, ni siquiera tienen idea de los lugares que los multimillonarios poseen, ni los planes que los patrones tienen para el país; así como la flora y nata chilena tampoco tiene idea de lo que la élite internacional tiene planificado para el mundo. A Puran y Pedro no les alcanza ni para peones en el tablero, son como el polvo que se limpia de la superficie blanquinegra antes de comenzar un juego nuevo: a nadie le importa lo que hagan, son irrelevantes en el gran esquema de las cosas, que ahora se despliega sin que nadie pueda evitarlo.

El cuatro por cuatro pasa frente a los médanos que preceden a la caleta. El sol se esconde en el horizonte y derrama dorados brillos sobre los juncos que se mecen con el viento. El hambre y el dolor en el hombro le recuerdan que lo que está viviendo no es un sueño, y un sentido de urgencia se le vuelve a anudar en el estómago. Pedro recuerda a sus padres y ruega por que estén vivos aún.

—*Are you ok, Peter*? —inquiere Puran, con un marcado acento indio que hace difícil entender lo que dice—. *You look like you are going to fade out*.

—Me duele, pero estoy bien. Gracias por preguntar, no creo que me desmaye. Solo quiero llegar a Rancagua y ver si mis padres están bien. No creo que los orates come humanos hayan llegado tan al sur.

—*What if they do*?

—No lo sé, seguir hacia más al sur, supongo; buscar un lugar recóndito.

—*Are you hungry, Peter? I have some food in the back* —dice el de turbante azul, apuntando hacia atrás con el pulgar derecho.

—Tengo hambre, gracias por preguntar; creo deberíamos detenernos por aquí, en un lugar abierto para poder escapar si es necesario —propone Pedro, con la mano en el brazo herido.

Puran estaciona en la punta de una loma donde hay un mirador. El horizonte es vasto y se despliega en un semicírculo que parece infinito. El sol ya se ha sumergido tras el mar, que parece brillar con luz propia. La espuma de las olas semeja una cabellera peinada por el viento tibio que corre de sur a norte. El cielo va perdiendo su tinte cian, dando paso al negro y a las estrellas que aparecen una a una en el cielo, revelando con lentitud la Vía Láctea. Pedro pisa la blanda y crujiente cama de hojas secas de pino, buscando ramitas y

madera para encender un fuego. El aroma a resina es agradable y lo ayuda a calmarse; vuelve al campamento, donde Puran ha excavado un hoyo en la tierra. Ocupan un encendedor a gas para darle vida a la fogata. Toman agua mineral y comen galletas, papas fritas y otras golosinas.

—¿Cómo me encontraste, Puran, y cómo conseguiste la comida?

—*It's a long story, but first drink this, you'll need it to sleep*.

—No importa que sea una larga historia —replica Pedro, alargando la mano sana para recibir el vaso plástico con *bourbon* — cuéntamela antes de que tome suficiente alcohol para que se me olvide el dolor. Comienza después de que te dejamos rodeado de mordedores, cerca del edificio del trabajo.

Puran mira las llamas y sonríe antes de comenzar su relato en inglés:

—Apenas me di cuenta que ustedes habían logrado escapar, me escabullí entre los zombis y corrí. Los monstruos son lentos, así que no me costó nada dejarlos atrás. Me dirigí hacia el edificio de Chilquinta, pero ellos estaban en la misma situación que nosotros. La gente intentaba arrancar del lugar; un vehículo había volcado aplastando la caseta de vigilancia, tapando la entrada e impidiendo la salida de vivos y muertos. Fue una carnicería; la gente trataba de trepar, pero los muertos los agarraban de los tobillos y los arrastraban en medio de la turba, que rasgaba sus vientres y mordía sus rostros. La sangre salpicaba por todos lados; las tripas viscosas eran comidas con fruición; los gritos se elevaban al cielo, pero no hubo ningún dios que respondiese aquellas plegarias. Así que seguí adelante por las calles anchas, con la intención de internarme en el bosque. Con mucho miedo, si he de ser franco. Hasta que encontré un enorme terreno donde una compañía apila contenedores en desuso. Los guardias no estaban en su puesto, así que pude entrar sin problemas. Escalé una pila de cajas de acero y me introduje en una. Ahí esperé, con la esperanza de que las cosas hubiesen vuelto a la normalidad. Al día siguiente bajé a buscar comida; estaba famélico. La parte norte de Curauma estaba desierta. Me dirigí a un pequeño centro comercial, el que está por la parte nororiental del edificio tecnológico. Forcé la entrada a un local de *pizzas* y me puse a cocinar. Me aseguré de comer bien, reposar y llevarme una buena cantidad de provisiones de vuelta a mi guarida. Al tercer día

terminé con las reservas de la pizzería, así que me decidí a migrar. Volví al estacionamiento de Chilquinta. La reja había sido tumbada. Había algunos cadáveres decapitados, brazos o piernas y abundantes manchas de sangre repartidas por todos lados, pero también un Jeep blanco con la puerta abierta y una mano en el asiento del piloto, cortada a la altura de la muñeca, aferrando entre el índice y el pulgar las llaves. Antes de salir a la carretera pasé por una botillería. Me traje lo que encontré para comer y para tomar, decidido a llegar a Santiago y tomar el primer vuelo a India. Luego recordé que no puedo volver y decidí buscar un lugar tranquilo en el campo. En ese momento te encontré caminando por la berma.

El fuego crepita mientras las lenguas naranjas abrazan la madera que les da vida. Puran pone otra rama en la fogata y abre una bolsa de maní. Pedro sonríe.

—Tomaste una buena decisión al esconderte. Nosotros nos encontramos con un Valparaíso lleno de zombis, casi no la cuento. Después me asaltaron unos tipos.

—*Do you know if the girls, our coleagues that were with you, are alive*?

—No lo sé. Las chiquillas se quedaron en una casa que pertenecía a los padres de Claudia. La casa parecía segura así que, si lo que escuchamos en la tarde fue un bombardeo, es probable que estén muertas las dos.

—*A great lost for mankind, man*.

—Una verdadera lástima. Aunque es una verdad reveladora, si la Fuerza Área de Chile bombardeó Valparaíso, tal vez sea indicio de que el problema no está presente en todo el país y decidieron acabar con el problema de manera definitiva. Eso quiere decir que puede que mis padres estén vivos. Debemos avanzar con cuidado por los caminos rurales, tomar el camino de la fruta hasta Rancagua, para que no nos paren carabineros o los militares y nos maten por venir de Valparaíso. No podemos decirle a nadie que somos sobrevivientes: si lo hacemos, pensarán que estamos infectados y nos pondrán en cuarentena. Capaz que hasta nos pongan sondas rectales y nos torturen.

—*Nobody fucks with my ass, man. We'll say nothing about Valpo*.

—¿Por qué no puedes volver a India? Es tu país natal, tus padres

deben estar ahí y, conociendo a los otros indios que trabajan en la empresa, seguro te tienen una esposa y todo para cuando vuelvas. ¿O es por eso que no quieres volver; no te gustó la mujer que tus padres escogieron para ti?

—*I don't wanna talk about it.*

—¿Pero tiene que ver con tu prometida?

—Mira, Pedro —replica el otro siempre en inglés—, si esto pasó en Chile, que está ubicado en el último lugar del mundo, seguro ya pasó en India. Mi país es enorme, solo Bombay, que es el Valparaíso indio, tiene la misma cantidad de habitantes que Chile completo. Si lo que estamos viviendo es una pandemia que convierte a los seres humanos en armas biológicas, mi país está en serios problemas. La población india superó a la china hace poco: somos más de mil quinientos millones; si este virus llegó a India, mi país se ha convertido en el lugar más peligroso de la tierra. Si no te mata el calor, un monzón, un tigre o una cobra, seguro te devora la horda de zombis más grande que se ha visto en este planeta.

—¿Y ahora, qué piensas hacer?

—Sobrevivir; es lo que hacen los Sij, los Punjabi.

—¿Es por eso que llevas turbante?

—Siempre llevamos turbante y un arma, además del pelo largo: los hombres Sij no podemos cortarnos el cabello. Todos los hombres llevamos el apellido Sihng, pues todos somos leones, y todas las mujeres, princesas. Nos entrenan a hombres y mujeres por igual en las artes marciales Sij; debemos cuidar el templo dorado. Mi maestro es Nidar Singh Nihang, y yo soy el último de su linaje.

—¿Me estás diciendo que tienen un templo hecho de oro sólido?

—El Harmandir Sahib: sí, está hecho de oro sólido. Se ubica en la ciudad de Amritsar, cerca de la frontera con Pakistán. No todos los Punjabi son Sij, pero, desde que la religión nació y mis antepasados construyeron el Templo Dorado, las veinte hermandades antiguas y los sin casta, que son aquellos Sij que no pertenecen a ninguno de los veinte clanes tradicionales, envían a sus mejores guerreros a cuidar y mantener el templo. Yo pertenezco a la tribu de los Nihang, los cocodrilos. Tenemos la fama de ser los mejores guerreros Punjabi. El templo está abierto a todas las religiones y todo el mundo puede visitarlo. Sus cuatro entradas simbolizan esa apertura Sij, que busca la paz y el equilibrio,

expresando esa búsqueda en la formación guerreros sagrados, que puedan sobrellevar con humildad y templanza las vicisitudes de este mundo.

—¿Y de verdad está hecho de oro sólido?

—De oro puro. Lo proyectó el Gurú Ram Das y lo construyó el Gurú Arjan Dev. Lo erigieron de oro sólido entre 1588 y 1604, así lo dice la historia y yo te lo corroboro.

—Increíble, aquí en Chile no duraría mucho.

—Es por eso que los guerreros lo cuidan a toda hora. Es como un servicio militar para los jóvenes de las tribus; resulta un honor estar entre los elegidos. Además de limpiar y de atender a los visitantes durante el día, el servicio incluye un riguroso entrenamiento en Yoga militar y Shastar Vidiya, o ciencia de las armas; los guerreros no dejan que nadie se comporte de manera irrespetuosa dentro del templo.

—Nuestros políticos son tan corruptos que seguro buscarían un subterfugio para echarlo abajo y meterse los lingotes en los bolsillos. Es cosa de recordar el proyecto minero Pascua Yama: a los tipos de Berry Gold les aprobaron un informe donde se decía que moverían dos glaciares con palas mecánicas. Ni un niño de colegio les hubiese creído…

—Mi país es corrupto también, Pedro. En 1984, Indira Gandhi lanzó la operación «Estrella Azul» en contra del templo; sus guardaespaldas, que eran Sij, la mataron por el sacrilegio. Si no hubiese sido así, ya no habría Templo Dorado, te lo aseguro. Ahora que lo pienso con calma, a los infectados solo parece importarles comer carne humana: los que corren peligro son mis familiares, no el templo.

—Si son tan buenos guerreros, seguro logran sobreponerse, estoy seguro de que tu familia va a estar bien, Puran.

—*And what about your family, Peter*?

—No lo sé, ellos viven en los suburbios de Rancagua; mi papá trabajaba en Sewell hasta hace poco.

—*Sewell? Sounds like an american company*.

—Es un nombre gringo. Mi papá era conservador del Museo de la Gran Minería del Cobre, que está en la ciudad de Sewell. Se llama así por Barton Sewell, un alto ejecutivo de Braden Copper Co., la dueña original de la mina El Teniente, que ahora es de Codelco.

Sewell era la ciudad donde vivían los mineros; ahora está abandonada, pero hay recorridos turísticos y está el museo, que se construyó luego de que la UNESCO la declarase Patrimonio de la Humanidad en 2006, por ser un ejemplo de las ciudades obreras en el mundo, como las oficinas salitreras del norte, pero en vez de estar en el desierto, está ubicada en la cordillera de los Andes, a más de dos mil metros sobre el nivel del mar. Es un lugar interesante, no tiene calles: la avenida principal es una gran escalera que lleva a la ciudad.

—*It would have been interesting to visit it*.

—No hay mucho que ver, pero es sugestiva. No creo que nos convenga andar paseando; debemos llegar a Rancagua a la casa de mis viejos y luego buscar un refugio… Tal vez seguir hacia el sur: seguro que al sur no ha llegado la locura.

—*I hope so, Peter, I really do*.

—Deberíamos dormir un poco, nos quedan bastantes horas de viaje —dice Pedro. Y se acurruca frente al fuego cerrando los ojos, dejándose llevar por el cansancio.

Puran alimenta la lumbre con madera de eucaliptus, y mira las estrellas. No quiere cerrar los ojos: sabe que terminará pensando en su familia. Muy en el fondo, desea que la pandemia haya llegado a India y borrado la cara acusadora de su padre, que lo acosa cada vez que trata de conciliar el sueño. Chile había sido el escape perfecto. Los zombis significan otra cosa para el Sij: son la encarnación del Kaliyuga, luego del cual un nuevo mundo florecerá. Significan también una nueva oportunidad, la manera definitiva de escapar de su pasado. Sonríe y toma un sorbo de agua. Deja la culpa atrás. Se la imagina tragada por una horda de no muertos y vuelve a sonreír. Con la convicción de que solo debe sobrevivir para disfrutar de una nueva era, se duerme.

El camino es angosto. El asfalto está agrietado o con enormes agujeros que hacen tortuosa y lenta la marcha de los dos jóvenes. Puran conduce con cuidado y en silencio, Pedro dormita en el asiento del copiloto, dando cada tanto instrucciones para que tome tal o cual desvío. Hacia media tarde, han avanzado un buen trecho. El Sij frena en seco.

—*Chikens, Peter, chikens*!

—¿Qué? —pregunta Pedro, mirando hacia todos lados.

—*Look, over there, chikens, we have to catch one and eat it* —exclama Puran. Baja del vehículo y corre detrás de la gallina que picotea el pasto a la vera del camino.

El ave cacarea, aletea y corre con el hombre del turbante tras ella.

Una hora después, al lado de un montón de plumas castañas, la gallina gira sobre un fuego, ensartada en una estaca.

—*Diner will be ready in a few minutes. I think we should spend the night here today* —exclama el indio, sudoroso, aún jadeando por el esfuerzo.

—Creo que vamos a terminar pasando la eternidad en este lugar —contesta Pedro, levantando los brazos en un bostezo.

En ese momento, Puran siente el cañón de una escopeta enterrándosele entre las costillas. Dos cañones más apuntan a Pedro.

# Capítulo 5.
# Juan Fernández

El cielo está despejado y el Kai Kai II surca el océano Pacífico en dirección sureste, luchando contra la corriente de Humboldt que insiste en llevarlos hacia el norte. Con todo, el motor de doce cilindros ni siquiera se escucha en cubierta.

Llevan dos días navegando. Gabriel está desnudo, tirado sobre una reposera. Betzy le unta aceite de coco en la velluda espalda. Las juveniles manos se hunden en la capa de tejidos adiposos que esconde una musculatura robusta y poderosa, desarrollada durante años de entrenamiento militar y templada por cientos de operaciones de contrainteligencia y otros encargos que «El Soviet» jamás rechaza; encargos que le han granjeado la simpatía de personas importantes y, por sobre todo, le han conseguido tres plazas en el santuario que La Compañía, bajo la fachada de la fundación «Felipe Camiroaga», ha estado construyendo en secreto en el archipiélago de Juan Fernández.

La brisa salada del mar, el movimiento del Yate y el amplio horizonte que se despliega a todo su alrededor la hacen sentir pequeña, insignificante. Las duras jornadas de los días anteriores se diluyen a cada trago de cerveza helada que le baja por la garganta. Pareciera que fue hace un siglo que vio cómo los
F-16
de la FACH bombardeaban Valparaíso. La carrera por sobrevivir, la insoportable Shanon, Roberto y Pedro, son como fantasmas. Su trabajo en la oficina, el ascenso por el que estaba peleando, los modelos financieros y las bases de datos parecen un chiste infantil ante el paisaje que la rodea; son un murmullo sin importancia ante el holocausto del cual acaba de escapar. Lo único que le recuerda

quién es, lo único que la ancla a su identidad es la memoria de sus padres, ambos muertos tratando de escapar de la ciudad, encerrados en su automóvil, pudriéndose en el camino Cintura.

Echa otro trago. Está mareada, pero ha sabido mantener el nivel de alcohol constante, con la intención de anestesiarse de los horrores y dejar que su cerebro asiente los recuerdos, alejando las reacciones emocionales indeseadas.

En lontananza se divisan dos puntos negros: la isla Robinson Crusoe, que lleva ese nombre por la famosa novela de Daniel Defoe que relata las aventuras de Alexander Selkirk, el verdadero náufrago, en honor a quien bautizaron al segundo punto negro que Claudia divisa borroso en lontananza.

—¡Tierra! —grita Claudia y se termina la lata lanzando un sonoro eructo.

—¡Llegamos! —exclama con voz aguda Betzy.

El Soviet se levanta y baja a su camarote. Ya vestido entra a la cabina del yate y cambia de rumbo.

—¿A cuál de las dos vamos? —inquiere Claudia, entrando en la carlinga.

—A la del tesoro —responde Gabriel—. ¡Elizabeth, vístete y prepara las mochilas, vamos a llegar en cuatro horas!

—¿Te refieres al tesoro mexicano del Dresden? —pregunta Claudia curiosa.

—No, el Dresden fue hundido en bahía Cumberland, eso está en la isla Robinson Crusoe; estoy hablando del tesoro de Juan Ubilla y Echeberría, enterrado en la isla de «Más Afuera». Juanito era un tipo que no quería para nada a la dinastía de los Borbones, así que escondió el tesoro para no entregárselo. La historia parte por el año mil setecientos catorce, nuestro Pepe era jefe de la armada española de esa época y estaba en Veracruz, México. Juanito zarpa con el tesoro hacia España, pero en ese momento, entre mil setecientos y mil setecientos quince, los coños estaban en plena guerra de sucesión. Nuestro Pepe, como ya dije, no quería a los Borbones, los consideraba flojos y ladrones, y el tiempo le ha dado la razón —el Soviet revisa la brújula y mueve el timón—. El caso es que él y un sector de la nobleza procuraban cortarles los suministros que venían de las indias americanas en beneficio de los Habsburgo. Así que en vez de irse directo a la península, siguió bajando, dio la vuelta por

el estrecho de Magallanes y llegó a Juan Fernández; a sabiendas de que en España estaban en pleno conflicto, enterró el tesoro. Luego, a Juanito le picaron las manos: fue a desenterrar el tesoro, para lo cual se puso de acuerdo con los ingleses. Ahí es cuando informó que él habría guardado ese tesoro en el archipiélago. Antes de llegar, nuestro Juan sin miedo murió en una tempestad. Entonces llegó Cornelio Webb, el contacto inglés de Ubilla, al mando del barco Unicornio, encontró el oro, lo sacó e intentó llevárselo, pero durante el viaje las tempestades lo obligaron a devolverse. Volvió a enterrar el tesoro y se fue a Valparaíso. Con unas cuantas monedas de oro en sus manos fue a emborracharse y a buscar compañía femenina en los lupanares del puerto. Luego de una noche de parranda, le informaron que sus marineros se querían amotinar y que pensaban matarlo para ir a buscar el tesoro —sonríe mirando a su interlocutora y continúa—. Cornelio quemó el barco con todos los marinos adentro y volvió a Gran Bretaña como único sobreviviente, pero con una buena suma en los bolsillos. El tiempo pasó y el dinero se le hizo poco, así que le mandó una carta con el mapa del tesoro a un corsario británico que andaba por América Latina. Sin embargo, cuando la carta llegó, el corsario ya había muerto. Luego de eso la fiebre por el oro de Ubilla se enfrió, hasta que en mil novecientos cincuenta, encontraron la documentación epistolar en Inglaterra que contiene datos precisos del segundo entierro, con coordenadas y todo. Con esta información partieron todas las expediciones.

—¿Ese no es el que habían encontrado unos científicos chantas con una sonda a la que le pusieron Arturito?

—Resulta que los científicos no eran estafadores. Bernard Keiser, un gringo que bajo la chapa de historiador, financiado por la fundación Rockefeller, les creyó y consiguió permiso para excavar, encontró el tesoro por supuesto, pero esas no eran las únicas intenciones de Keiser, ni tampoco lo único que se halló. Ya te enterarás. Prepárate para el desembarco.

El Kai Kai II entra en el fondeadero frente a la quebrada Sánchez, en la cual hay anclados varios yates de diverso calado. Una lancha zodiac sale rauda desde una caverna que se abre en el desfiladero. El Soviet tira el ancla y apaga el motor. Lanzan las mochilas por la borda y luego bajan por una escalerilla hasta la

lancha.

—¿Cómo estás, Mariano? —exclama el Soviet con una sonrisa.

—Arriba, don Gabriel, que pronto va a subir la marea y no podremos entrar.

—¿Cómo se portan los invitados?

—Ustedes son los últimos, si no se apuran no les van a dejar ni una langosta.

—Estoy muriendo de hambre, espero que hayan guardado algo para nosotros.

—No se preocupe, don Gabriel, el señor Keiser llenó las bodegas hace unos meses, nunca había visto tanta carne junta en un solo lugar, nos tomó días desembarcar.

La arcada de piedra es angosta, apenas visible desde la costa. Mariano González, el joven moreno de cabello azabache, baja la velocidad del motor fuera de borda y enciende un foco, maniobrando con cuidado y pericia. Enormes estalactitas caen del techo. El eco de las olas rebotando en las altas paredes de roca recuerdan la acústica de una catedral; varios metros más adelante hay una dársena iluminada por un farol, en la cual atracan.

Mariano los lleva por la bamboleante estructura de plástico en la cual ha amarrado la embarcación. Entran por un pasillo excavado en la roca viva, iluminado por pequeños focos fluorescentes.

—¿Cuándo piensan levantar los molinos eólicos?

—Está programado para la próxima semana, don Gabriel.

—De seguro están esperando que se asiente la plaga. No quieren llamar la atención.

—A mí no me cuentan nada. Usted sabe, don Gabriel, los locales mantenemos la boquita callada y la panza llena, mejor no hacer preguntas. Ahora los voy a dejar en sus habitaciones; el señor J los espera para comer. Me ha pedido que les diga que se refresquen y se vistan con las ropas que les han dejado sobre las camas.

Betzy y Gabriel comparten una habitación. Claudia tiene una para ella sola. El espacio es reducido y está cubierto por planchas de metal remachadas, parecido al camarote de un barco. Entra en el pequeño baño, se desnuda y se mete a la ducha. El agua sale tibia y sabe a metal, pero la familiaridad del acto la reconforta. Al salir encuentra una bolsa porta traje Armani, de la cual extrae un terno negro con corte de hombre de su talla, lencería de encaje blanca,

una camisa de seda y una corbata. El traje y el chaleco le calzan a la perfección. La suave tela realza las curvas de su cuerpo, formas femeninas que Claudia tiene por costumbre ignorar, pero que aquella vestimenta destacan con elegancia. Se calza los zapatos de cuero y los nota pesados, palpa la punta y descubre que son de acero. Cuando tocan la puerta sale con una cola de caballo y el cuello de la camisa doblado hacia arriba, tratando de anudarse la corbata. Betzy, con los labios rojos, el cabello rubio amarrado en dos cachos, un corsé y un vestido negro, con varios falsos espumosos blancos debajo y un par de medias de encaje, también negras, se acerca a ella con una sonrisa divertida y la ayuda con el nudo.

—La presencia personal es muy importante para nuestros empleadores —dice Betzy, mientras sus hábiles y gráciles dedos juegan con la seda.

—Vamos, niñitas, dejen de jugar al papá y a la mamá, tengo hambre y nos están esperando —las apura el Soviet, peinado con gomina hacia atrás y enfundado en un traje cruzado de dos piezas negro, comenzando a caminar por el pasillo. Las mujeres lo siguen.

En la mesa hay cuatro platos con media langosta, partida la mitad de forma sagital, de modo que el interior está expuesto. Dos salsas y dos mitades de limón acompañan una guarnición de lechuga hidropónica salpicada con alcaparras, aceite de oliva y queso parmesano rallado.

—¿Tuviste buen viaje? —inquiere un vejete calvo y demacrado, de frente prominente y nariz bulbosa, sentado a la cabecera, mientras con un par de palillos de acero toma un trozo de la blanca carne del crustáceo que tiene en frente y lo unta en salsa. Tras suyo un inmenso ventanal opaco deja ver el amplio horizonte en el cual destaca la isla Robinson Crusoe.

—Dejé todo preparado —responde Gabriel con la boca llena de pan con mantequilla—, los contenedores están en el punto de recolección, y los hangares están asegurados para cuando llegue el momento. Los agentes que querías congelados están bajo tierra, el centro de comando y control ha sido desarticulado y la semilla está plantada; solo hace falta verla crecer y luego disfrutar de sus jugosos frutos.

—Podridos frutos, querrás decir —sonríe el delgado anciano de

traje negro, que con finos movimientos toma la servilleta de lino de su muslo izquierdo, se limpia los labios y bebe un sorbo de Chardonnay Las Pizarras, cuya botella yace incrustada en una cubeta de hielo al lado de la mesa—. Lo mejor de este país, Gabriel, son sus mariscos y sus vinos. Por eso pedí que se me asignara esta zona del planeta.

—¿Usted es el responsable?

—J, esta es mi sobrina Claudia; sobrevivió al outbreak de Valparaíso sin armas de fuego. Con un poco de entrenamiento se convertirá en un excelente agente. Claudia, estás ante la presencia del legendario agente J, él es el jefe de seguridad de la isla y el encargado de supervisar nuestras operaciones en todo el cono sur.

—Me refiero a si usted es el responsable del apocalipsis.

—Mi niña… —sonríe el enjuto anciano, dando un bocado, cuya vivaz mirada no se condice con el aspecto cetrino de su piel—. No sería mi primer apocalipsis. Esta vez somos muchos los que hemos estado trabajando para que esto suceda; en esta ocasión yo solo soy un subalterno, tal como tu tío es subalterno mío. Aprenderás que en este negocio hacer muchas preguntas puede ser perjudicial para tu salud mental, en un trabajo que de por sí ya es bastante peligroso. —Claudia nota con extrañeza que la irreverente Betzy come en silencio al lado del Soviet; parece intimidada por la presencia del viejo, que, tras una breve pausa, continúa—: Estamos a punto de erradicar la contaminación, el maltrato animal, la sobreexplotación de recursos, el machismo, la pobreza y la esclavitud —explica el anciano, sirviéndole vino a Gabriel, frente a quien ya han puesto un plato de cordero magallánico con papas salteadas y quínoa—. El mundo necesita un respiro; la humanidad debe hacerse responsable por el desastre al cual está llevando el ecosistema. Nuestros patrocinadores se han puesto una meta tan noble como ambiciosa. Está de más decir que solo personas con el dinero y el poder suficientes podrían haberse puesto tal titánico objetivo y haber asumido tal divina responsabilidad. Nuestra institución, que comparte aquellos sueños, solo ha provisto la manera de purgar el mundo de los débiles y los irresponsables. Estás a punto de ser parte de un Nuevo Orden Mundial. —El vejete hace una pausa, toma otro sorbo de vino y sonríe con los finos labios apretados antes de proseguir—. Si estás de acuerdo en participar, claro está: nosotros

no obligamos a nadie.

—No parece que tenga muchas alternativas.

—Claro que las tienes —interviene Gabriel—, siempre tenemos alternativas, solo los borregos no ven la muerte, el sacrificio o la lucha como alternativas. Eso es parte del nuevo orden. Cuando avanzabas por las calles infestadas de zombis, tú hiciste una elección: la muerte era una de las alternativas, pero tú elegiste la lucha, el dolor y el sacrificio, y triunfaste sobre las fuerzas que se te opusieron. Eso es lo que el nuevo mundo necesita, personas que entiendan que es necesario tomar decisiones difíciles.

—Un sacrificio como nunca antes fue visto sobre la faz del mundo —exclama el anciano con sus brillantes ojos y levanta la copa—. Un brindis por los holocaustos, que despertarán a los verdaderos dueños de la tierra.

—A la salud del señor D —lo secunda Gabriel.

—¿Dueños de la tierra? —murmura Claudia, con los ojos entrecerrados.

—Por las voluntades primigenias —exclama el vejete y bebe todo el contenido de su copa.

# Capítulo 6.
# Las tres Marías

Habían seguido más o menos paralelos a la ruta 66, transitando por los caminos aledaños todo lo posible. Entraron a la ruta H 888; habían cruzado el Cachapoal cuando se detuvieron por la gallina. Puran y Pedro, sentados frente a la lumbre, levantan los brazos. Además de los cañones, sienten la punzada del hambre en sus estómagos. El ave deja de dar vueltas sobre el fuego que crepita en la fogata improvisada.

—Begoña, revisa el Jeep, a ver si tienen armas o algo que nos pueda servir —comanda la mujer tras Puran—. ¿Ustedes quiénes son?

—Él es Puran, mi colega, es indio y no habla español. Yo soy Pedro, trabajaba en Valparaíso; estamos tratando de ir a Rancagua…

—Gracia, revísalos —interrumpe la fémina—, a ver si tienen algún arma escondida.

La mujer comienza a palpar a Pedro con brusquedad; la otra pone el cañón en la cabeza del indio.

—Este no tiene nada.

—Revisa a este otro, con algo faenaron al pollo.

—El cuchillo de Puran está ahí —dice Pedro, apuntando una piedra con las manos temblorosas.

—Al primero que se mueva le vuelo la cabeza. ¿Queda claro? — Ambos hombres asienten en silencio.

Gracia se acerca y toma el cuchillo, luego revisa a Puran y se levanta.

—Están limpios, excepto por el cuchillo. ¿Ahora qué?

—¿Begoña, cómo te fue en el auto?

—Solo había unos paquetes de frituras y botellas con agua —responde la interpelada, con la escopeta apoyada sobre el hombro —. El estanque está a tres cuartos: si nos quedamos con al auto, lo podemos usar para ir al pueblo por provisiones. ¿Y ahora qué, los matamos?

—Ya que la camioneta está averiada, no es mala idea quedarse con el auto y matar a estos dos.

—No —exclama Pedro—. Nosotros no queríamos robarnos el pájaro, solo teníamos hambre; no es necesario que nos maten, el Jeep tampoco es nuestro, se lo pueden quedar.

—¿Sabes cuál es la pena por robarse una gallina en Chile?

—No, lo siento, no era nuestra intención hacer daño —continúa Pedro, comenzando a tiritar con los brazos entumecidos. El hombro dislocado le duele y le cuesta mantenerlo arriba.

—Presidio menor en sus grados de medio a máximo, dependiendo del valor del animal, y esa gallina era muy valiosa para nosotras.

—Les pedimos disculpas, de verdad.

—Y acabas de confesar que el auto es robado.

—No, es decir sí, algo así: Puran lo sacó de un estacionamiento para poder huir.

—Me pregunto si hay una recompensa por ustedes dos —dice la mujer, suspirando—. ¿Dijiste que van a Rancagua?

—A ver a mis papás; quiero saber si están vivos, si la plaga llegó hasta allá. Venimos arrancando, los militares bombardearon Valparaíso. Pensamos que nos detendrían en la carretera, así que tomamos este camino.

—No eran fuegos artificiales, María Jesús, te lo dije.

—Lleva el auto adentro mejor será, ahí afuera puede llamar la atención. Ustedes: de pie, despacito, vamos a conversar un rato y de ahí vamos a ver si los dejamos caminar o se los damos como alimento a los chanchos. —Begoña camina hasta el Jeep y lo echa a andar.

—No seas antipática —espeta María Gracia.

—No sabemos quiénes son estos futres, no podemos arriesgarnos. Ya, caminando. Gracia, apaga la fogata y trae la gallina, hay que cocinarla bien.

Puran y Pedro van delante de las mujeres, caminan en medio de

la penumbra. Cruzan una acequia por sobre un puente de madera endeble y escuchan el agua corriendo bajo sus pies. La noche está oscura y la alameda que flanquean se ve amenazadora. Las ramas de los árboles se mueven con el viento, como gigantes monstruosos que murmuran al verlos pasar. Avanzan por una huella de pasto, con los cañones en la espalda. Al fondo hay una pequeña luz, un farol que se balancea con la brisa nocturna que deja ver la entrada a una terraza de madera.

Los focos del cuatro por cuatro iluminan tras una arboleda baja a lo lejos. Begoña lo lleva a la cochera por un camino alternativo. Los jóvenes lo ven pasar con el pecho apretado, sin el vehículo no llegarán muy lejos.

La madera de la casa cruje, las tablas del piso se sienten blandas. Begoña se adelanta, abre un mosquitero y luego la puerta de madera. La sala de estar es sencilla; hay varios sillones viejos, cráneos de vaca colgados en las paredes, un par de fotos deslavadas pintadas a mano y una alfombra circular roída y desteñida en el piso. Al otro lado está el comedor; hay una mesa larga con candelabros de peltre y un par de muebles con abundantes figurillas de porcelana y plata. El olor a viejo les cala la nariz. Cruzan el pasillo y entran al comedor de diario. Ahí los hacen sentarse. Jesús enciende unas velas y alimenta con leña una aparatosa cocina de fierro, con un cañón de metal que se pierde en el cielo de la estancia. Un agradable aroma a eucaliptus se esparce por el lugar, mezclándose con los matices que expelen los racimos de lavanda, tomillo y orégano que se secan mirando hacia abajo, colgados de varios alambres que cruzan de pared a pared. En el vano del ventanal hay botellas con agua ardiente y guindas, moras y otros frutos silvestres. En un anaquel hay varios frascos de vidrio con mermeladas de diferentes colores y tarros de leche sin etiqueta, tapados con un plástico grueso y asegurados por unas vueltas de sisal.

Una tetera enlozada, cuyo verde agua apenas se distingue cubierto por el tizne, comienza a soltar abundante vapor por el angosto pico. Begoña entra a la cocina terminando de limpiarse la suela de los zapatos. Sus hermanas le alcanzan un mate y vierten agua en él. Puran y Pedro observan el picado mantel plástico de la mesa, en medio de la cual hay un jarrón con flores silvestres, un

azucarero y una alcuza pringosa.

—Ahora desde el principio —interroga Jesús, la más alta de las hermanas, con la bombilla del mate pegada al labio inferior. Viste una jardinera de mezclilla usada, con manchas de distinta naturaleza, bototos y una camisa a cuadrillé. Enmarcado por una cabellera blanca arreglada en un tomate, el rostro enjuto no está exento de cierta belleza. Varias arrugas nacen de los costados de sus almendrados y agudos ojos marrones. La piel es blanca, casi transparente, con algunas manchas deslavadas que parecen ser pecas.

—Habla, hombre —insiste Begoña. De pelo entrecano y nariz pequeña, su piel es morena y sus ojos negros, viste un vestido largo y amplio, botas vaqueras y lleva el pelo en una trenza. Gracia tiene el pelo negro, es menuda y viste pantalones de mezclilla y una polera ancha. Las tres los observan, esperando las explicaciones.

Pedro levanta la mirada de a poco, dudando.

—Ambos trabajamos para una empresa; algo pasó, un virus o una bacteria… Una infección afectó a nuestros colegas; las personas comenzaron a atacarse entre ellas. Tratamos de arrancar: logramos salir del edificio, pero cuando llegamos a Valparaíso, todo el mundo se había vuelto loco; la gente se está comiendo entre ellos. ¿Es que acaso no han dado nada en las noticias?

—La televisión está muerta hace días, la radio igual. No se sabe nada y no hemos querido ir al pueblo. Pensamos que era un golpe de estado. Que por eso las comunicaciones estaban cortadas —acota Gracia, acercándoles unas rebanadas de pan de campo, queso y un tarro de mermelada de damasco con una cuchara, cuidando de mantener el cuchillo fuera del alcance de los prisioneros.

—Es mejor que no se arriesguen; si lo hacen, vayan armadas: la gente está loca.

—¿Y ustedes son los únicos cuerdos que quedan en Chile?

Pedro se atraganta, se limpia la boca y comienza a relatar su periplo por Valparaíso desde el principio, con detalle.

Puran, entendiendo poco, mastica y traga con fruición. Las mujeres miran a Pedro. Sus rostros pasan de la incredulidad al asco, del asco a la tristeza y luego del horror a la lástima. En ese momento caen en cuenta de que tiene el rostro amoratado, los labios partidos e hinchados: su aspecto da pena.

—Yo les creo —dice Begoña, sacando un par de tazas de un mueble, colocando bolsas de té en su interior y luego vertiendo agua caliente.

—Gracias, y perdón por la gallina, no era nuestra intención —Pedro recibe el té. Con la cuchara de la mermelada le coloca tres cucharadas de azúcar y revuelve—. Sé algo de mecánica: si quieren puedo revisar su camioneta; no les aseguro nada, pero puedo intentar arreglarla.

—Es una historia de película —agrega Jesús, rellenado el mate —. Disculpen si fuimos bruscas, en el campo hay que tener cuidado: el abigeato y cosas peores pasan sin nadie a la redonda para ayudarnos; nos hemos vuelto desconfiadas. Les presento a mis hermanas: María Begoña, María Gracia y yo soy María Jesús —cada una los saluda subiendo y bajando la barbilla.

—Un gusto conocerlas, lástima que sea en estas condiciones.

—Ninguna otra condición te hubiese traído a este lugar en medio de la nada.

—¿Eres abogada?

—No alcancé a terminar mis estudios. Nuestro padre murió y me vine a cuidar el campo y a mis hermanas. Mi padre era abogado; era ya viejo cuando nacimos, así que no nos duró mucho. Se jubiló y se vino a vivir al campo; ahí conoció a nuestra madre, María Isidora, quien a pesar de ser más joven, murió en el último parto.

—No es necesario tanto detalle, Jesús —exclama Gracia, la menor de las hermanas.

—Lo siento, no solemos tener visitas y tampoco pasa nada muy novedoso por aquí; el tiempo transcurre lento y nos entretenemos en las labores del campo y de la casa.

—Creo que los chiquillos necesitan descansar, ambos tienen cara de estar destruidos —apunta Begoña—. Les voy a preparar la leñera: tenemos unos catres que utilizan los temporeros que nos ayudan para las cosechas, ahí los podemos acomodar.

Puran y Pedro duermen como troncos. El silencio los acuna, haciéndolos creer que han salido del peligro, que están en un lugar seguro. En la mañana, Pedro trata de abrir la puerta para salir a orinar, pero está trabada. Golpea hasta que Gracia sale de la casa y le abre. Le indica una casucha a varios metros. El baño da a un pozo

séptico cubierto hace poco con cal; la madera se siente agradable; el cantar de las aves y la brisa fresca de la mañana, que le traen aromas de tomillo y salvia, lo ayudan a relajarse. Hace tiempo que no logra una digestión normal.

Toman desayuno en la cocina: té, café, leche de vaca, rebanadas de pan calentadas en la cocina a leña, huevos revueltos con chorizo, miel, mermelada y queso de cabra. Al terminar de comer, Pedro, acompañado por María Jesús, se dirige al garaje a revisar la camioneta. Luego de un buen rato trabajando bajo la capota encuentra dos problemas: la batería está descargada por el desuso, y hay que cambiar el solenoide. Con un par de cables para hacer puente, que le entrega la mujer, deja cargando la batería y van a almorzar. Les sirven cazuela de gallina de entrada, garbanzos con longanizas como plato fuerte y sémola con leche y mermelada de postre. Puran se queda en la cocina haciendo sobremesa, tratando de hacerse entender en su precario español.

Pedro y Jesús vuelven al garaje. Desconectan la batería y se montan en el Jeep. Salen por detrás de la casa, por un camino escondido entre matas de zarzamoras. Llegan a la carpeta de asfalto y se dirigen al pueblo, que no consiste más que en un par de tiendas al lado del camino. Las verdulerías, los locales de menestras y el restaurante para camioneros están vacíos. Jesús frunce el ceño y le indica a Pedro que siga adelante, hasta llegar a un neumático de tractor pintado de blanco que, con letras rojas, tiene escrita la palabra «vulcanización». Las puertas metálicas están cerradas, pero no se ve candado. La canosa y enjuta mujer baja del automóvil con la escopeta al hombro y golpea con fuerza, justo donde, con letras azules, está escrito: Vulcanización y Servicios CLS.

—Teobaldo, ¿estás durmiendo la mona? —vocea luego de unos minutos y vuelve a golpear, pero no hay respuesta—. Entremos —señala la mujer y abre las hojas metálicas, que se arrastran por la tierra dejando un surco.

El galpón es amplio y alto. Está en penumbras, iluminado solo por un par de tragaluces. Es, además, fresco, con aroma a caucho y solventes. Sobre el largo foso hay un camión tres cuartos con la puerta abierta, el asiento delantero hacia adelante y un embudo en el motor. Hay un bidón de aceite tirado a un lado, con al menos un cuarto del contenido derramado.

—Algo pasó aquí, María Jesús; mantente atenta, prepara la escopeta.

—De qué hablas, Pedro, aquí no vuela ni una mosca.

—¿Sabes dónde guarda los repuestos el mecánico?

—Detrás de ese mesón está la puerta de la bodega; la luz está a un costado.

Pedro camina entre las máquinas para desmontar neumáticos y la de alineación. Trata de encender las luces, pero no funcionan. Busca en el mesón. Bajo este encuentra una linterna; pasa por el costado del pañol y entra a la bodega: un laberinto de repisas de madera, sobre las cuales hay cajas de pastillas de freno, filtros de aceite, de aire y de petróleo. Más allá encuentra cables, bujías incandescentes, carbones y, por último, un par de cajas de solenoides. Por las dudas, toma las dos, aunque una tiene escrita la marca y el modelo de la camioneta de las tres Marías. Una Datsun del año ochenta y cinco. Cuando sale de la bodega, la mujer está pálida, con las manos temblando y los ojos muy abiertos. El joven se acerca al borde del foso, al lado de María Jesús. Un hombre, de pelo entrecano, con un overol grasiento desgarrado y la cabeza reventada, está tirado en el fondo del agujero; sobre él, masticándole las entrañas, con las manos y la cara embadurnadas de sangre, hay un tipo con un polar con el logotipo del camión.

—Tengo el repuesto —dice Pedro.

La mujer no responde. Tiene los labios apretados; las aletas de la nariz se abren y cierran con violencia; los ojos no pueden apartarse de lo que ven. El joven la toma del codo, casi con ternura, la gira y la guía hasta el Jeep, abre la puerta y la ayuda a subir. Antes de echar a andar el auto y emprender la marcha de vuelta, Pedro la mira con el corazón apretado. Los árboles, las zarzamoras y las plantaciones de trigo pasan a su lado. Los neumáticos golpeando el asfalto resuenan en el silencio. La mujer se larga a llorar con un grito angustioso. Se lleva la mano temblorosa a la boca, abierta solo un poco, echando la mandíbula inferior hacia atrás. Las lágrimas se juntan con los mocos y la baba. Se encorva; la camisa a cuadrillé roja sube y baja en largas y ahogadas aspiraciones. Teobaldo había sido su amor de juventud.

Pedro llora con ella. No sabe por qué. Con los ojos nublados, mueve el manubrio a un lado, esquiva un caballo que está siendo

eviscerado por los dientes de un grupo de hombres vestidos de huaso. Un par levanta la vista al escucharlos pasar, pero siguen en la faena.

Cae la tarde; en la cocina arden varios leños. Las mujeres se abrazan y toman mate; María Jesús aún hipa y lagrimea. Begoña le soba la espalda y le rellena el mate con agua caliente. Pedro y Puran se miran.

—Creemos que son zombis —explica Pedro.

—¿Cómo en las películas?

—Pero en la vida real… Para matarlos hay que romperles la cabeza, destruir el cerebro.

—¿Cómo vamos a distinguirlos? ¿Cómo sabemos si es una persona normal o es un demente o zombi?

—Son lentos y torpes; lo peligroso es cuando se juntan muchos. Cuando sienten aroma a carne fresca se vuelven locos. Se mueven un poco más rápido y con mucha más fuerza que una persona normal. Además son medio ciegos: se guían por el sonido y por el olor.

—Por estos lados no hay mucha gente, y tenemos bastantes cartuchos para las escopetas. Yo creo, niños, que deberían quedarse, al menos por un tiempo, mientras la cosa se normaliza y las autoridades ponen orden.

—La última vez que vimos a las autoridades hacer algo fue cuando bombardearon Valparaíso. No creo que les importe mucho lo que pasa.

—En estas zonas no se aparecen mucho, por eso hemos aprendido a cuidarnos solas, en la ciudad es distinto.

—La camioneta está funcionando —dice Pedro—; la dejé andando para que se cargue la batería. Nosotros vamos a seguir nuestro camino. Aún queda un largo trecho hasta Rancagua.

—*You should prepare the house, they can come here at any moment: you should be prepared.*

—Puran dice que deberían preparar la casa. Nos gustaría quedarnos, pero debemos seguir. Solo podemos agradecerles su hospitalidad.

—No se preocupen, chiquillos: llévense pan, mermelada y enguindado.

—Yo les preparo unas viandas para el camino —dice María

Begoña levantándose, abriendo la alacena y separando frutas secas, unas botellas de agua, charqui de caballo y otros comestibles.

En ese momento escuchan un ruido en la terraza. Luego otro, pasos arrastrados, una mano que golpea la puerta, otra y otra más, cristales que se rompen, un rugido gutural. Las tres Marías se incorporan, toman sus armas y corren hacia el frente de la casa. Pedro sale por la puerta de atrás. Puran lo sigue con el atizador en una mano y la pala para sacar ceniza en la otra, ambas hechas de fierro forjado.

Apenas llegan fuera escuchan disparos. Pedro entra en el garaje y busca madera, clavos y un martillo. Vuelve a entrar a la casa. Las tres Marías disparan por las ventanas rotas y golpean con las culatas a los desquiciados que con medio cuerpo dentro de la casa amenazan con entrar. Puran grita, pidiendo en inglés que dejen de disparar, y se lanza contra el grupo de huasos que golpea la puerta. El atizador y la pala se mueven como relámpagos, rompiendo huesos, perforando cráneos y esparciendo masa encefálica. Pese a su habilidad, el Sij se ve rodeado. María Jesús logra abrir la puerta y a escopetazos a quemarropa le cubre las espaldas al indio. Los hambrientos salen volando varios metros más allá, con los cráneos destrozados a cada descarga de la mujer que queda salpicada de sangre.

Después de la conmoción, Pedro sale y comienza a tapear puertas y ventanas. Tras asegurar la casa, los cinco tratan de dormir en la sala de estar, turnándose para vigilar.

Apenas despunta el sol, se ponen a trabajar. Pasan dos días fortificando la casa. Hacen varios viajes al pueblo en busca de provisiones y materiales de construcción. La parcela se ha convertido en un pequeño fuerte cuando Puran y Pedro emprenden la marcha hacia el sur. Las tres mujeres les besan las frentes antes de partir. El Jeep lleva agua y provisiones abundantes; el atizador y la pala van en el asiento de atrás.

No bien salen al camino, divisan una horda de unos cuarenta hambrientos caminando lentos y renqueantes hacia ellos.

—¿De dónde vienen esos?

—*Is there another way*?

—Date la vuelta, seguro hay más caminos alternativos: no vamos a poder pasar por arriba de ellos —indica Pedro, hojeando el mapa

rutero.

—*What about the old ladies*?

—Den la vuelta, a dos kilómetros hay un camino de tierra que los llevará hacia el sur —grita María Jesús, cerrando la cerca—, nosotras nos encargamos de los zombis.

—¡Las podemos ayudar! —vocea Pedro desde el asiento del copiloto.

—Ya han ayudado suficiente. Tu familia te espera, Pedro —responde la mujer, asegurando la entrada con palos.

Puran da la vuelta y el Jeep se pierde en el horizonte. María Jesús, María Begoña y María Gracia se parapetan en el portón.

La horda se abalanza sobre ellas.

# Capítulo 7.
# Los cuatro jinetes del apocalipsis

Han estado corriendo toda la mañana y se han preparado para enfrentar a los dementes, pero aún no han tenido contacto cercano con ninguno. La horda de comedores de hombres avanzan desde el norte y desde el sur, y ellos están en medio. Podrían retroceder, pero saben que tras ellos hay más personas que se han vuelto locas.

En ese momento, tras una camioneta alta aparecen tres hombres y una mujer obesa con delantal verde de parvularia. Los cuatro llevan la mirada perdida; al primero le falta la mitad de la cara, es bajo, enjuto y canoso, lleva un pantalón de tela basta con bolsillos a los lados y calza bototos de seguridad baratos; el segundo viste de la misma forma y tiene el cuello destrozado, es más alto y tiene una barriga amplia, brazos gruesos y camina hacia ellos con la boca abierta; el tercero renquea, tiene el tobillo destrozado, viste un delantal blanco manchado de sangre en cuyo bolsillo se lee: «El Rey del Cuchuflí *Light*», sus hombros van inclinados hacia adelante y olisquea el aire de un lado a otro; por último, ven a una mujer gorda viste zapatos de goma bajos con medias blancas que se pierden bajo el delantal, en su brazo izquierdo tiene una herida vendada, bajo sus ojos lechosos hay profundas ojeras negras, lleva el pelo tomado envuelto en una malla sobre la cabeza.

—¡Cuidado! —grita Matías, abriéndose paso entre sus compañeros para disparar la pistola de remaches.

Los proyectiles metálicos se clavan en la abundante carne de la mujer, pero esta ni siquiera retrocede. Matías aprieta los dientes y vuelve a disparar; las explosiones de los fulminantes suenan como petardos, uno detrás de otro, mientras el joven escolar va mejorando la puntería y el aroma de la pólvora impregna sus fosas

nasales.

—¡No les dispares, esta gente está enferma! —reclama la muchacha de los *piercings*.

—Millaray, tú viste cómo se comieron al viejo del almacén; si no nos defendemos nos van a comer a nosotros —reconviene Diego preparando la cadena, balanceándola hacia atrás y adelante, calculando la fuerza que necesitará para asestar un buen golpe.

—Deja de disparar, primo, no le has hecho daño —Ignacio pone una mano sobre el hombro de Matías y lo hace retroceder. La mujer está apenas a un metro de él y se le abalanza.

Ignacio abanica el martillo y destroza la rodilla de la obesa, que cae con torpeza al suelo. Con un golpe de media vuelta le revienta la sien derecha. La mujer se desparrama inerte, con el cráneo abierto, en medio de ligeros espasmos. Matías queda paralizado observando la escena.

En ese momento, los dos hombres de azul los han rodeado. Diego da un paso hacia adelante y la pesada abrazadera de ángulo en el extremo de la cadena se hunde en la testa del más corpulento de los repartidores. Los sesos saltan hacia todos lados y el cuerpo se derrumba como si de un muñeco de trapo se tratase.

Millaray puncetea el pecho del vejete de los cuchuflíes, que trata de morderla, pero no hay resultado. El hambriento no da muestras de dolor y la abraza con fuerza. Está a punto de morderle la cara cuando una explosión revienta junto a la faz de la jovencita. El olor de la pólvora y la sangre se mezclan; puede ver cómo los ojos del vejete se salen de las órbitas a solo unos centímetros de su rostro. La segunda explosión le deja un pito en los oídos. La adolescente comienza a gritar; el viejo deja de moverse, pero queda colgado de la chica, quien intenta con torpeza sacárselo de encima.

Matías recarga la pistola de remaches, que ha percutido directo en el lóbulo parietal del energúmeno de los cuchuflíes. Diego lo apura y juntos lo sacan de arriba de la compungida Millaray. La chiquilla llora. Ignacio ya ha dado cuenta del cuatro con un martillazo certero en el lóbulo frontal.

—Tenías razón, Matías, hay que destrozar el cerebro —murmura Ignacio.

—Hay que encontrar un lugar seguro: si nos pilla la noche en la calle, dudo que podamos sobrevivir —responde Diego, mientras

abraza a Millaray y le soba la espalda con ternura.

—Esto no puede estar pasando —solloza la de la falda tableada con el rímel corrido.

—Pero está pasando, son zombis y en la vida real —contesta Matías con emoción, tratando de contener la sonrisa que se le dibuja en el rostro.

—Cómo sea, nosotros actuamos en defensa propia; nadie nos podría culpar, Millaray, era inevitable… Cálmate, por favor —dice Diego, abrazándola.

—Ahí quedó la che Guevara, un sólo muerto y se pone a llorar.

—Cállate tú, facho, la gente normal no anda matando personas como si fuese un juego de video. Esto no es normal.

—Como sea, pelo verde, tenemos que salir de aquí pronto. Diego tiene toda la razón: no vamos a pasar la noche si nos quedamos en la calle. A estas horas ya deberían haber declarado estado de excepción: la policía y el ejército deberían haber salido a la calle, pero no hay rastro de que estén haciendo nada.

Ignacio otea a su alrededor, a la altura de la calle Comandante Canales, distingue a unos metros un camión con acoplado que lleva un carro de transporte equino. Los animales están inquietos y el chofer, ausente: lo más probable es que al ver el caos haya huido del lugar. El exrecluta hurga en la mochila de su primo y saca las manzanas compradas en el almacén «Los 3 Hermanos». Se acerca al carro plateado y por los orificios que tiene para que respiren, observa a los brutos. Les habla con suavidad y les ofrece algunas frutas. Se dirige al compartimento de carga y revienta un candado. Dentro hay varias sillas de montar inglesas, utilizadas para entrenar equitación. Los demás se le unen y cada uno saca una silla. Las acomodan en el piso, rodeando la cola del carro, que tiene el logotipo de Carabineros de Chile. Ignacio revienta un segundo candado y libera los pasadores.

—Voy a abrir lento y voy a sacar a los caballos. Son de carabineros, así que deben de estar entrenados. Los voy a sacar de a uno para que les vayamos colocando las sillas; escogeremos cuatro y a los otros los vamos a dejar libres.

—Yo no sé andar a caballo, primo.

—Les dije que el gordo iba a ser el primero en convertirse en fiambre.

—Si me caigo no vuelvan atrás, aprovechen para arrancar, pero prométanme que le van a decir a mi mamá que morí peleando.

—No agarres papa, primo.

—Cálmate, Matías, es broma —agrega Diego—, tu primo no va a dejar que te pase nada, solo tienes que afirmarte de las riendas y no dejar que el caballo te bote, nosotros haremos el resto.

—Millaray, ayúdame a dirigir a los animales. Diego, tú y Matías les van a colocar las riendas y las sillas. No aprieten mucho las cinchas; tienen que quedar firmes pero no estrangular al caballo.

Millaray e Ignacio abren las puertas y sacan a la primera yegua, una alazana alba de calzado medio. La segunda es una baya cara de moro; el tercero es un zaíno musculoso de calzado alto y cola negra, y la cuarta es una isabela lucero. Los cuatro actúan con docilidad, pero en estado de alerta, moviendo las orejas hacia uno y otro lado. Ignacio termina de sacar a los dos caballos restantes y les pega en las ancas para que se vayan en dirección norte, hacia el hipódromo.

Los adolescentes los ensillan. Millaray sostiene las sillas; Diego trabaja con habilidad en los correajes. Ignacio les palmea el cuello a los cuatro y les da de comer el resto de las manzanas. Los equinos oscilan entre la comodidad y la inquietud. Los gritos y alaridos se hacen cada vez más audibles.

—Tenemos que montarlos antes de que sientan el olor a sangre y salgan arrancando —indica la chica de los *pierciengs*. Yo quiero a la pelirroja.

—La lechuga trotska tiene razón, el aroma de la sangre los pone nerviosos —la secunda Ignacio.

—No es pelirroja, es una yegua alazana —reconviene Diego, con una sonrisa—; la que parece rubia es una baya, el pardo es un zaíno y la más clarita, la dorada con la mancha blanca en la frente, es una isabela: por la mancha blanca en la frente les dicen luceros.

—¿Esas son las razas? —inquiere Millaray, mientras Diego monta al macho con naturalidad.

—No, estos son caballos ingleses, por eso son tan altos: no tienen tanta resistencia como los caballos árabes, o los chilenos, que son bajitos y rechonchos pero muy dóciles. Los ingleses son mejores para saltar, por eso los pacos los prefieren. Eso y porque la altura les permite mirar a lo lejos y golpear desde arriba si tienen que controlar a las masas.

—¿No me digas que tu papá es paco, Diego?

—Ayuda, ayuda… —gimotea Matías, colgado del caballo, con un pie atrapado en un estribo, tratando con torpeza de montar. Diego se aprieta el estómago de la risa.

—Su papá es camionero —interrumpe Ignacio—, con Diego nos conocimos en clases de equitación en Las Rejas, en el club de campo de equitación de Carabineros, antes de que yo entrase a la Escuela Militar. Diego es fanático, sobre todo por lo bien que le hizo la equitación a su hermano.

—No hables de mi hermano.

—¿Y un camionero tiene lucas para mandar a equitación a su hijo? —pregunta Millaray, mientras Ignacio empuja a su primo por el trasero para que logre montarse en la yegua isabela.

—Mi viejo tiene un solo camión y le va bien, pero es mi vieja la que pagaba las clases, y la que me obligaba a que acompañase a mi hermano chico. Mis viejos son separados; mi vieja está en Osorno ahora con mi hermano, yo me quedé con mi papá.

—¿No te preocupan ellos?

—No creo que la epidemia llegue hasta el sur, es decir, espero que no llegue al sur, y que en la parcela de mis abuelos estén aislados y no pase nada.

—¿Tus abuelos tienen campo?

—Es una granja en verdad; fundo, les dicen en el campo. Tienen gallinas, patos, vacas, corderos, chanchos y caballos. En parte por eso mi mamá quería que yo y mi hermano aprendiésemos a montar, y en parte por lo de mi hermano: el doctor se lo recomendó.

—¿Qué onda con tu hermano?

—Diego —interrumpe Ignacio con premura—. Tú lideras, segunda la rojelia, después Matías; yo cierro la fila. No te detengas, pasa por arriba de todo. Si nos perdemos nos encontramos en tu departamento, todavía me acuerdo cómo llegar.

—Qué mal educado es este cabeza de muela, no ves que estamos conversando.

—Los dementes antropófagos están a solo unos metros. Tenemos que salir de aquí ahora; después pueden contarse sus vidas, tomarse un vino en una peña mugrienta y olerse los peos si quieren.

—Ignacio tiene razón; sígueme, Milla, después podemos seguir conversando.

Los cuatro jinetes avanzan al galope entre los autos. Tratan de evitar las concentraciones de mordedores, pero les resulta imposible. Deben pasar por sobre algunos de ellos. Los cuerpos son molidos por los cascos y las vísceras se desparraman generosas por el pavimento caliente. El aroma de la sangre asusta a los caballos y estos corren más rápido azuzados por los chicos. Diego lleva la cadena en la mano y de tanto en tanto descarga la pesada abrazadera de ángulo, que une sus extremos, sobre el cráneo de algún trastornado que intenta desmontarlo o cerrarles el paso.

Millaray y Matías, debido a su inexperiencia, luchan por mantenerse arriba de sus respectivos equinos. Los muslos les punzan por el esfuerzo y el espinazo de las bestias les golpetea los cuartos traseros. Las agarrotadas manos se van tornando moradas alrededor de las riendas. Ignacio cierra la marcha dando golpes precisos a diestra y siniestra con el martillo.

Los cascos de los equinos retumban por avenida Fermín Vivaceta en dirección a la Alameda. Al fondo pueden ver un enorme edificio de departamentos que, a medida que avanzan, da paso a varias moles de hormigón que aparecen tras el primer colmenar humano.

Las bocinas suenan a lo lejos. Hay varias columnas de humo negro que se alzan en lontananza. Los motores de los vehículos que no logran avanzar ronronean a su alrededor. Un poco más allá se escuchan gritos inarticulados: algunos son de espanto, otros van llenos de improperios. A unos metros de ellos, una mujer llora dentro de un vehículo, tratando de calmar a su hijo, una criatura de unos tres años que amarrada a su silla no para de llorar, mientras unos seis o siete dementes golpean los vidrios tratando de entrar: un tipo gordo vestido con un sobretodo grasiento que tiene la mitad del rostro destrozado; un paramédico vestido con su chaleco reflectante al cual le falta un brazo y la nariz, y cuya mano está por completo manchada de sangre; un tipo vestido de terno, con la ropa desgarrada, al que le falta un zapato, cuyos intestinos cuelgan verdosos bajo la camisa y que golpea el parabrisas del Suzuki Ignis y, por último, un bombero que, con la barbilla desencajada y sangrante, se estrella una y otra vez contra la puerta del piloto.

—No se detengan, no se detengan —declama Diego, con la voz más aguda de lo normal.

—Diego, toma tu izquierda —grita Ignacio mientras pasan bajo

un puente—; a la izquierda hay una entrada al Parque de los Reyes.

Diego parece no escuchar. Hacia la izquierda se ven varios grupos de los supuestos zombis que se precipitan sobre su comida enlatada. El joven de Estación Central trata de rodearlos por la derecha.

Ignacio sabe que si continúan por ese derrotero solo se encontrarán con más y más antropófagos; necesita hacer que su grupo salga de la ruta.

—A la izquierda, Diego; sígueme, sígueme —grita con vehemencia Ignacio, poniéndose a la altura de Diego y arremetiendo con ferocidad sobre los orates que les cierran el paso.

Millaray ya se ha acostumbrado a cabalgar. Bien apoyada en los estribos, y con una mano en las riendas, da punzadas hacia abajo a cuantos enajenados se le abalanzan encima con la intención de morder sus fibrosos muslos, que la falda tableada no logra cubrir bien. Pronto se ven rodeados por la turba. El caballo de Ignacio se encabrita y patea a un tipo alto que se le viene encima con los ojos en blanco, el torso desnudo y una profunda mordida en el antebrazo, del que cuelgan músculos desgarrados. El exrecluta logra mantenerse sobre el animal y vuelve a cargar, abriéndose camino. Los demás caballos relinchan y bufan asustados mientras el peculiar aroma de su sudor, una mixtura de afrecho y fardo de trigo mojado, se mezcla con los olores del río Mapocho bajo ellos y el aroma de la muerte que los rodea.

—¡No se detengan! —exclama Diego, asustado—. Tenemos que seguir avanzando.

—¡La salida está a solo unos metros, vamos, vamos! —insiste Ignacio, que arremete hacia adelante y por fin sale del cerco. Los demás jinetes aprovechan la apertura y avanzan tras él.

Entran a un camino de tierra. A la derecha hay una zona elevada; arriba del pequeño risco, hay un edificio de madera y vidrio cuyas vigas sobresalen de la estructura; adelante el camino está flanqueado de árboles y palmeras; a la izquierda fluye el Mapocho. Ignacio da media vuelta para retomar la formación original, pero cuando ve las tres monturas tras él, su corazón se acelera.

—¿Matías, dónde está Matías?

—Viene detrás de mí —contesta Millaray, antes de mirar atrás y

corroborar que solo el caballo la sigue.

La horda avanza lenta hacia ellos. Muchos tropiezan en la barrera de contención que separa la avenida con la calle lateral clausurada para los vehículos, y que ellos han evitado al entrar al parque. Los cadáveres se amontonan unos sobre otros en una torpe pero macabra masa de brazos y mandíbulas anhelantes. Pronto escuchan un petardo, luego otro y otro más.

—Esa es la pistola de remaches con fulminantes de Matías.

—Tú primo no se va a salvar —dice Millaray, mordiéndose los labios—; Diego te dijo que sería el primero en morir, tenemos que irnos ahora.

—Matías es mi primo, mi sangre, mi responsabilidad —reconoce Ignacio, azuzando el caballo, avanzando directo hacia la caterva de mandíbulas afiladas.

—Te vamos a esperar en mi casa —responde Diego con un grito agudo, tomando las riendas de la yegua alazana de Millaray y adentrándose en el Parque de los Reyes con un retorcijón en el estómago. Su amigo de infancia se sumerge en la locura que pretendían evadir.

# Capítulo 8.
# Claustrofobia

Siying se levanta y corre al baño. Javier la escucha vomitar, se incorpora y va junto a ella. Le sostiene el pelo negro y largo mientras ella abraza la porcelana y corcovea; el aroma ácido le golpea la nariz. Debe aguantar la respiración y cerrar los ojos para no vomitar también. Le soba la espalda, la besa en la cabeza y le pasa una coleta para pelo. Se dirige a la cocina y vuelve con una taza humeante con una infusión de matico.

Entra al baño, se ducha, se viste y va a revisar los depósitos de agua, luego las provisiones y la cocina. No hay rastros de contaminación en el agua o de deterioro en las provisiones, tampoco hay señales de ratas o baratas. Revisa los baños y el sistema de alcantarillado: tampoco hay problemas.

Vuelve al cuarto y coloca un termómetro bajo la axila de la muchacha. Le palpa la frente y el abdomen: no parece tener fiebre. A los minutos vuelve con una bandeja con galletas de salvado y mermelada. Se sienta junto a ella y le acaricia el rostro; se besan con suavidad en los labios. La muchacha vuelve a correr al baño.

Javier cocina arroz blanco y sopa de pollo. Come con los hermanos.

—¿Por qué yo tengo que comer esto también?

—Después puedes abrir un paquete de papas fritas. Deja de reclamar, tu hermana está enferma del estómago.

—Hermanita, todo por tu culpa; cómo se te ocurre enfermarte, mira lo que tengo que comer porque no te lavas las manos después de cagar.

—No la molestes —dice Javier, la muchacha guarda silencio—. Cuando te duele el estómago por comer tanta fritura nadie reclama.

—Claro, porque cocinan especialmente para mí; yo soy el único que come algo desabrido cuando me enfermo.

—Es tu hermana, la que te hace té de jazmín o el agua de manzanilla cuando te duele la guatita y andas lloriqueando por los rincones. Deja de reclamar, chino molesto, y cómete la comida con el pico cerrado.

—Mi hermana cocina mejor. —Siying sonríe.

—¿Terminaste el *Red Dead Redemtion*? —pregunta Javier.

—Ya desbloqueé el modo en que luchas contra zombis.

—Para hacer eso tendrías que salir. Fuera está lleno —dice la muchacha, sin mucho ánimo.

—Ha pasado un año… Dejé de recibir comunicaciones hace tiempo. Según mi abuelo hay que esperar dos años más antes de salir. En dos años, más o menos, los muertos deberían haberse podrido, entonces habrá que reconstruir el mundo.

—No sé si quiero salir; aquí lo tenemos todo, puedo dedicarme a lo que de verdad me gusta: jugar y jugar —dice Weiping. Su hermana se levanta y corre al baño por quinta vez.

—En algún momento te vas a cansar, o se te van a acabar los juegos.

—Ahí podríamos salir a buscar más juegos, y como no va a haber nadie, podremos traernos todos los juegos de todas las tiendas, todas las figuritas y poleras de nuestros personajes favoritos; será maravilloso volver a salir —replica Weiping. Escucha a su hermana haciendo arcadas en el baño y se acerca a Javier—. De verdad se siente mal, parece, nunca está tan callada.

—Estoy preocupado, he revisado algunos libros de medicina que mi abuela guardó para estos casos, pero los síntomas son muy generales.

—Ojalá le dure, es bueno tenerla callada.

—No seas idiota, es tu hermana.

—Una hermana mandona y molesta. Estamos en el paraíso y ella se empeña en complicarse con las reglas del mundo viejo. No estamos en el mundo normal, ahora no hay adultos, podemos hacer lo que queramos, y ella no lo entiende.

—Supongo que los hombres somos como niños siempre, son las mujeres las que nos fuerzan a madurar y preocuparnos por las cosas que mantienen o mantenían el mundo en pie —acota Javier.

—¿Cosas como los hijos, los pañales, la leche, la casa, la comida, el refrigerador y la lavadora, dices tú?

—No solo esas, todas las cosas cotidianas que mantenían el orden. En un mundo de niños no hubiesen florecido la civilización, las ciudades, los países ni la tecnología…

—Por suerte para nosotros el mundo está en el suelo, y ya no tenemos que madurar.

—Supongo que son las experiencias dolorosas, o los cambios, los que nos hacen crecer. Al aislarnos y no enfrentar ningún desafío que nos saque de nuestra zona de comodidad, podemos ser como los niños perdidos de Peter Pan —reflexiona Javier.

—Tú tienes a mi hermana, a mí me falta una campanita que me eche unos polvos para poder volar a Nunca Jamás —contenta el chino. Ambos ríen con ganas.

Los días pasan lentos. Weiping pedalea en la bicicleta estática, en tanto que Siying ha estado silenciosa toda la semana. Ahora cocina en silencio con el ceño fruncido. Javier vuelve del cuarto donde se encuentra la radio. Los tres comen enmudecidos; solo se escucha el generador de fondo y los cubiertos contra la loza.

—¿Cómo se les ocurre? —exclama de pronto Weiping.

—Fue un accidente, no le pongas tanto color —responde Javier, que apenas ha tocado la comida.

—¿Me van a decir que no sabían lo que iba a pasar?

—La humanidad ha pasado por esto antes, no tiene por qué ser algo malo. Eres mi mejor amigo, necesito tu apoyo, los dos vamos a necesitar tu apoyo.

—Hermano, cálmate, voy a estar bien, todo va a estar bien.

—Estoy estudiando para cuando llegue el momento, te voy a enseñar todo lo que aprenda para que puedas ayudarme. Ya no sacas nada con reclamar.

—¿Pero cómo no tomaron medidas?

—Vas a ser tío, Weiping, voy a asistir a tu hermana en el parto y tú me vas a ayudar.

—Mira en lo que me quieres meter, Javier. Esto ya no es un juego.

—Nos salvamos de los zombis en Valparaíso, nos salvamos del bombardeo y ahora tu hermana y tu sobrino también se van a

salvar. Todo va a salir bien, quédate tranquilo —Javier habla mirando su plato. Pone su mano en la espalda de Siying y le hace cariño, luego la besa en la sien—. Las mujeres han tenido hijos sin ayuda de doctores por miles de años, no hay nada que temer.

—Te ayudo con la condición de que me dejen comer todas las botanas que quiera.

—Está bien, Wei —dice su hermana, con una sonrisa en los labios—, puedes comer todo lo que quieras, no te voy a obligar a comer comida de verdad.

—Y si es niño le van a tener que poner Weiping.

—No tengo problema con eso —dice Javier mirando a Siying.

—Se llamará como su tío —accede la muchacha asintiendo con la cabeza.

—Si es niña se puede llamar Javiera.

—Habíamos pensado en Julia, como mi abuela.

—Me gusta Javiera —dice Sying acariciando la nuca de Javier.

Los meses pasan, el abdomen de la jovencita crece. Javier lee una y otra vez los libros; se prepara haciendo ejercicios, obligando a su amigo a simular el parto y los pasos a seguir. Weiping le toca la barriga a su hermana y sonríe. Pueden sentir cómo la criatura se mueve. Siying siente dolores: pasa casi todo el día en cama, yendo al baño con regularidad y sintiendo deseos de comer platos extravagantes, difíciles de conseguir o de replicar con los elementos que poseen en el búnker.

Javier está cocinando cuando escucha el grito. Aún falta un mes y medio para la fecha que habían calculado. La fuente se ha roto. Las contracciones se hacen cada vez más frecuentes. Javier corre hasta la sala de juegos. Weiping se apresura a la cocina para calentar agua y pone a hervir unas tijeras y un cuchillo. Javier revisa la dilatación de Siying. Le pide a la muchacha que puje. Ella grita y se esfuerza. Entre las piernas se ve algo, pero no sale; no es la cabeza lo que viene, sino los pies. Javier comienza a gritar órdenes. Siying sigue pujando, gritando desesperada. Comienza a sangrar de forma profusa. Javier se desespera también: suda, tiembla, toma los pies del nonato y tira, pero le falta fuerza. La vagina se dilata; la piel de su hijo está morada; los pequeños dedos no se mueven. Tira con más fuerza. El diminuto cuerpo comienza a

salir. Otro tirón. Un grito desgarrador termina en un suspiro. La sangre es abundante. Weiping debe cambiar las toallas. Siying está pálida y ojerosa, agotada, a punto de desmayarse. El bebé sale por fin. Es una mujer. Una capa de grasa amarillenta mezclada con sangre la cubre; está azul, fría… No hay llanto; el cordón umbilical viene enrollado al cuello. Javier toma el cuchillo y lo corta, amarra ambos extremos para evitar que madre e hija se desangren. Pero la niña no reacciona. Siying se desmaya. Javier comienza con los primeros auxilios. Le pide a Weiping que se encargue de que su hermana siga pujando para que expulse la placenta, pero es inútil, el adolescente no sabe qué hacer. La muchacha sigue sangrando, la hemorragia no se detiene. La jovencita comienza a enfriarse. Los dedos de Javier hunden con cuidado el pecho de su primogénita. Le tapa la pequeña nariz y sopla en la boca, pero no hay reacción. El asiático intenta despertar a su hermana, pero esta no reacciona tampoco. Llama la atención de Javier. Este se levanta y ve a la muchacha, lánguida, ojerosa, helada, acostada en medio de un charco de sangre. Aprieta a la pequeña y cianótica Javiera contra su pecho y comienza a llorar. Cae de rodillas y cierra los ojos. Weiping lo mira con horror.

Ambas han fallecido.

# Capítulo 9.
# Rancagua Z

El cielo está despejado, el aire es cálido y dulce. La carpeta de asfalto es angosta, como para que transite solo un vehículo. Habría que hacerse a un lado para dejar pasar a alguno que viniese en sentido contrario. El terreno es polvoriento; cerca de la acequia que corre junto al camino, a la derecha, hay parches de pasto y árboles: sauces, palmeras, boldos o aromos. Más allá hay zonas cuadrangulares de terrenos arados, listos para la siembra; en lontananza, se divisa la cordillera nevada. Las construcciones a la vera del camino son de madera y lata. Hay algunos cercados de cemento, barreras en algunas curvas muy cerradas, pero, por sobre todo, hay silencio, uno roto solo por el motor del Jeep blanco que transita en dirección a Rancagua.

Salen de la H 888 y entran a la H 796, evitando el pueblo las Pataguas, desde donde, según deducen, venía la horda que atacó a las tres Marías. Pasan por Patagua Orilla, Alto de Padilla y siguen adelante.

Pasado Lo Madrid, entran al camino H 76 para evitar Pichidehua. Toman la H 864 y pasan frente a Almahue; vuelven a la H 76, doblan hacia el norte por la H 750, cruzan la ruta 66, ingresan a la H 748 y vuelven a perderse en los caminos interiores, pequeños y polvorientos.

—*Don't you think we are taking a big, big detour Peter*?

—Es la única manera de evitar a los zombis. No veo otra; tenemos que evitar las zonas pobladas lo más que podamos para poder avanzar. Es necesario dar estos rodeos.

—*Yeah, but we are heading to Rancagua right, and Rancagua*

*is as big as Valpo*.

—Rancagua es tan grande o más que Valparaíso, es verdad, pero yo creo que la plaga no ha llegado ahí aún. Tenemos que tener fe.

*—Faith, Peter, are you kidding me?, we were in the middle of nowhere with the old ladies, and this things almost overrun us. I honestly think Rancagua is safe anymore*
*don't*
.

—Tienes razón, lo más probable es que Rancagua ya no sea un lugar seguro, pero no tengo otro plan. No sé qué más hacer.

*—Well, we have to keep moving, that's for sure*.

—Tienes razón, hay que seguir moviéndonos. No nos queda otra. Dobla aquí…

Entran en la H 50. Pasan por la H 620, franqueando Tunca Arriba, H 584, La Estancada, H 580, Puente Ala, H 60, H 452, H 418, Rincón de Abra, H 40, cruzan la ruta 5 Sur y entran por sobre el Olivar a la exruta 5 Sur que sigue hasta Rancagua. El paisaje ha ido cambiando de a poco: las zonas amarillas, verdes y cafés de las plantaciones pasan a convertirse en grandes extensiones de sencillas viviendas y bloques de departamentos que no superan los cuatro pisos o en enormes galpones, fuera de los cuales se ve maquinaria pesada o camionetas cuatro por cuatro. La carretera está vacía; uno que otro automóvil yace detenido a la orilla del camino. Un par de camiones volcados en una curva entorpecen la marcha, pero no se ven ni personas ni hambrientos. Al pasar por la rotonda que se eleva unos metros, pueden ver la cuidad enmarcada por la cordillera; consiste en casas bajas, largas avenidas, rectas y amplias, y un par de edificios blancos que destacan en el centro. Varias columnas de humo se elevan desde distintas partes.

*—Are you well enough to drive*?

—Sí, es mejor que yo maneje ahora —dice Pedro. Detienen el automóvil y se cambian de asiento.

Avanzan por la carretera Panamericana. Van atravesando el centro de Rancagua. La ciudad se extiende a ambos lados. Entre las construcciones se ven algunos árboles y fuego, enormes columnas de fuego desatado que consume barrios enteros. Pasan frente a un par de copas de agua y continúan. Evitan un par de atochamientos: desde los vehículos detenidos, chocados, con las puertas abiertas o

los cristales rotos, cuelgan cadáveres a medio devorar. Las manchas de sangre han sido esparcidas por los neumáticos de algún otro vehículo, dejando múltiples huellas superpuestas de sangre oxidada sobre el asfalto.

Pedro sigue adelante. La tarde ya cae: el sol construye arreboles anaranjados detrás de ellos. Toman una salida a la izquierda, entran a la Avenida Capilla, pasan por una construcción moderna de ladrillos y hormigón, varias casas pintadas de blanco y luego doblan a la derecha en calle Kennedy. El chofer suda; tiene un nudo en el estómago. Ven un trío de mordedores dando cuenta de un perro en el bandejón central.

En calle Taltal doblan a la izquierda. A su derecha hay un terreno baldío protegido por una cerca de cemento. Pasan frente a un carro de completos pintado de azul, manchado de sangre. Más allá hay una fábrica abandonada y, tras ella, varias construcciones precarias cubiertas con latas. A la derecha hay una serie de callejones angostos. Las casas son en su mayoría de un solo piso. Al llegar al pasaje Timalchica, se detienen. Al fondo, tras unas palmeras, hay una camioneta Mitsubishi L200 roja. Pedro aferra el manubrio, avanza unos metros y se detiene. Abre la puerta y se baja corriendo. La luz casi se ha ido por completo; un azul profundo va ganando terreno desde el macizo cordillerano. El aroma a tierra y metal, tan familiar para él, le traen una miríada de recuerdos de infancia que hacen más terrible la escena.

La gruesa reja de la casa de sus padres está abierta. La Hyundai Tucson petrolera está afuera, media carrocería en la vereda y media en la calzada. La puerta del piloto está abierta; el asiento y el tablero están manchados de sangre… En el asiento del copiloto está su madre: el cinturón de seguridad puesto, las rosáceas entrañas afuera, la cara destrozada, los ojos lechosos. Una nube de moscas pulula en las hinchadas heridas agusanadas. Pedro se arrodilla y comienza a llorar. Al escucharlo el cadáver estira la mano para alcanzarlo, abre y cierra las mandíbulas olisqueando el aire. El cuerpo de Pedro se estremece.

Escucha la puerta del Jeep cerrarse de golpe. Pasos apresurados, un sonido metálico tras él; luego otro: su madre da un grito gutural.

—*Peter, get up, we must go away, or get inside the house*.

—Pasaremos aquí la noche. Dame el atizador —responde,

cerciorándose de que ninguno de los zombis que yacen con las cabezas destrozadas corresponde a su padre—. Trae las cosas del auto —indica después, restregándose los ojos.

Pedro rodea la Tucson, abre la puerta de copiloto y golpea el cráneo de su madre hasta que la masa encefálica —rosada, viscosa y mal oliente— cae en sus faldas. Revisa los bolsillos del cadáver y luego la cartera que está sobre la culca. Tras darla vuelta sobre el asiento empapado de sangre, encuentra las llaves de la casa.

Entran por el estacionamiento, cierran la reja y abren la puerta de la cocina. Con la pala y el atizador en ristre, Puran golpea el horno para hacer un poco de ruido y atraer a los dementes, si es que hay alguno dentro de la casa. Esperan un par de minutos, pero no pasa nada. Pedro abre uno de los cajones y saca unas velas. Las encienden con una caja de fósforos que hay sobre la campana. Llegan al *living* comedor. El rancagüino toma un candelabro, acomoda las velas y lo coloca en la mesa. Puran revisa la puerta principal y corre la cadena. Pedro va hacia los ventanales que dan al patio interior, donde hay una piscina, pasto, un juego de mesa de mimbre blanco y unas reposeras. Se asegura de que esté bien cerrado y se sienta en la mesa del comedor.

Sacan provisiones y agua de las bolsas, hechas de sacos paperos, entregadas por las tres Marías. Comen de forma frugal. El Sij enciende una vela y se dirige al baño que está al lado de la cocina. Pedro, con las manos temblorosas, saca una botella de ron del bar y comienza a beber.

Llora.

Toma el candelabro, sube las escaleras y se dirige a la que solía ser su pieza. Abre la puerta y se encuentra con el cañón de una pistola que le apunta la frente. Levanta las manos.

El dedo índice empuja el gatillo, pero el arma no dispara.

—Tienes que sacarle el seguro —dice Pedro, arrastrando la lengua.

—¿Qué haces aquí, quién eres? —interroga una voz femenina.

—Esta es la casa de mis papás. ¿Tú que haces aquí?

—Yo soy la que hace el aseo; vengo los viernes.

—¿Qué haces aquí? —inquiere el joven con impasividad de borracho, y echa otro trago, haciendo una arcada después. La muchacha da un par de pasos hacia atrás, buscando el seguro.

—Los patrones estaban a punto de salir. Se querían ir al campo cuando llegué. En ese momento un chungo de gente se les fue encima; corrí dentro y me quedé aquí. No quiero volver a mi casa —mientras habla, en medio de la penumbra, escruta las fotos en el escritorio a su lado y las compara con el rostro que tiene en frente.

—Te puedes quedar si quieres, total, el mundo ya se fue al carajo —dice Pedro, balanceándose, limpiándose la boca y la nariz con el dorso de la mano.

—¿Estás solo?

—No, mi amigo Puran está en el baño de abajo echando una cagada. Trata de no matarlo. Mañana nos vamos nosotros: te puedes quedar con la casa.

Pedro cierra la puerta tras de sí y entra a la pieza de sus padres. Bebe otro poco y se duerme profundo.

# Capítulo 10.
# Metro Moneda

Diego y Millaray se internan al galope por la zona oriental del Parque de los Reyes. El camino es de tierra y discurre paralelo al Mapocho. Diego lidera la marcha con el rostro compungido.

—No te sientas culpable, Diego, tu solo bromeabas con respecto a Matías.

—Sí, es decir no: era broma pero era en serio, aunque no pensé que sucedería tan pronto.

—Por qué no me hablas de tu hermano, no terminaste de contarme la historia.

—No me gusta hablar de eso, me trae malos recuerdos.

—¿Por qué se fue tu mamá de Santiago? —insiste la muchacha.

—Ya te dije que mi papá maneja camiones —suspira Diego y continúa—, eso lo hace estar alejado de la casa por mucho tiempo. Era la única manera que tenía mi papá de traer la plata que se necesitaba para mantenernos a mí y a mi mamá. Ella estaba estudiando medicina veterinaria en la Universidad de Santiago cuando yo nací, y mi papá la apoyó para que terminase la carrera.

—¿Tu papá le pagó la U a tu mamá?

—Mis abuelos maternos se la pagaban y le mandaban plata para la pensión; le rogaban todo el rato que dejara a mi viejo y se fuera de vuelta a Osorno, pero ella no quiso. Congeló y retomó cuando yo tenía dos años. Mi papá se ponía con todo lo demás.

Entran con calma a la mitad de los estacionamientos del Centro Cultural Balmaceda. Hay un sedán incendiándose y otro volcado. Entre las latas pueden apreciar una mancha de sangre que se esparce por el cemento, pero no se detienen a investigar.

—Tener hijos es caro y te ata si eres responsable; si eres mala

madre le cagas la vida a un ser humano y eso es peor. Yo no quiero ser mamá nunca —musita Millaray.

—Las cosas se complicaron antes de que naciera mi hermano: mi mamá estaba por titularse cuando quedó embarazada por segunda vez; su salud se complicó, le dio preeclamsia, subió mucho de peso y le subió la presión. Como mi viejo estaba siempre de viaje, mi mamá se sintió abandonada. Después de que nació mi hermano menor, pasaron cinco años y ella se fue de la casa.

—¿Preeclamsia?

—Es una enfermedad del embarazo. Mi vieja pasó tres meses hospitalizada. Como mi viejo solo tenía Fonasa, estuvo en un hospital público y lo pasó pésimo: las humillaciones eran constantes; los baños escasos y para mucha gente, tapados e inmundos todo el tiempo, y la atención era deficiente y brusca. Mientras mi hermano estuvo en la incubadora, apenas nos dejaban verlo… Mi mamá siempre lo contaba como si hubiese estado en la cárcel y no en un hospital.

—¿Y después volvió a Osorno?

—A trabajar con los animales de mi abuelo.

Doblan a la derecha, cruzando el estacionamiento en dirección sur. Avanzan una cuadra por Presidente Balmaceda y giran a la izquierda. La ancha avenida está vacía. Notan que hay congestión vehicular en la estación Mapocho, pero no se atreven a acercarse. Entran por calle Teatinos y continúan sin detenerse. Cabalgan a paso rápido por la vereda izquierda y luego por la ciclovía pintada de azul, flanqueados por altos edificios de cemento.

—¿Y tú, por qué te quedaste con tu papá y no te fuiste con tu mamá?

—Porque ella le fue infiel a mi viejo. Yo la descubrí y le conté a mi papá. —Diego mira hacia otro lado con los ojos vidriosos—. Además, ella le daba toda su atención a mi hermano. Yo la entiendo, no la culpo, pero de haberme ido con ellos no me hubiesen pescado. La verdad es que ya no hablamos mucho tampoco; con suerte me llama para mi cumpleaños o navidad.

—¿Tu hermano sufre de alguna enfermedad?

—Por la preeclamsia lo sacaron antes; le pusieron corticoides a mi mamá para madurar los pulmones del feto y luego le hicieron una cesárea. Mi hermano se complicó y terminó con retraso mental,

por eso lo llevábamos a equitación: la relación con los caballos mejoraba su condición. —Diego termina el relato con los labios apretados y los nudillos blancos cubriendo las riendas—. Es mejor que nos apuremos, no quiero que se nos haga tarde.

Millaray guarda silencio. Los cascos golpean el cemento y hacen eco en los altos edificios. El tráfico es liviano y no hay automóviles detenidos, pero los pocos vehículos que pasan por su lado van rápido en dirección al centro. Al poco andar, el tránsito se detiene y los conductores comienzan a tocar las bocinas.

De pronto, desde el balcón de un edificio cae una persona, luego otra y otra más. Los cuerpos se revientan en el cemento, desparramando vísceras y masa encefálica. La gente sale de los vehículos e intenta ayudar. Una mujer joven grita de horror; un hombre maduro llora al ver el desparramo humano; una niña sale a la terraza a mirar, pero la que parece ser su madre la hace entrar con rapidez al departamento, tironeándola del brazo.

—¿Qué está pasando ahora, Diego?

—Tenemos que apurarnos: mientras más tiempo pase, más rápido se va a esparcir la plaga.

—¿Y tú de verdad crees en las teorías del gordo facho?

—A menos que pienses que estamos bajo un ataque terrorista con armas químicas, o que los argentinos, los peruanos o los bolivianos nos están invadiendo, o que los inmigrantes haitianos trajeron a sus brujos vudú para conquistarnos, o que se acabó el mundo… la hipótesis de los zombis me parece plausible. Aunque da lo mismo a estas alturas, tenemos que llegar a un lugar seguro y esperar a que las cosas se aclaren. Me imagino que el gobierno ya estará declarando estado de emergencia o algo así.

—Para eso solo tenemos que ver las noticias en algún lugar, Diego. No creo que la situación sea tan grave.

—No me atrevo a detenerme. Estar en el centro no es seguro, pero es la única manera de llegar a mi casa, que es el punto de reunión que establecimos con Ignacio. Tenemos que llegar ahí antes de que se haga de noche.

—¿Dónde queda tu casa?

—En el edificio Alameda.

—¿El gueto vertical?

—Hay muchos inmigrantes en los departamentos, espero que no

te moleste.

—A mí no. Yo no discrimino por orientación sexual, religiosa, nacionalidad o color de piel, pero al milico seguro que no le va a gustar.

—Tú no conoces a Ignacio, él ha visitado mi casa en más de una ocasión y nunca se ha quejado de los peruanos o los negros. Deberías dejar de juzgarlo por su condición social acomodada o por su historia familiar.

—Tengo buenas razones para hacerlo: ellos son responsables de todo lo malo que le sucede a la humanidad. Son la encarnación del neoliberalismo, su brazo armado.

—Cuando nos reunamos, te pido por favor que te des el tiempo de conocer a mi amigo; no es tan malo como parece.

—No creo que el cabeza de muela ni su primo sobrevivan, y eso me provoca un gran alivio.

—Ignacio no es tan malo como para desearle la muerte. Él no tiene la culpa de quiénes fueron sus padres o la familia en la que le tocó nacer, Millaray. La verdad, yo me sentiría en parte responsable si no lo vemos más. Apurémonos, mejor —corta Diego, con un remordimiento y un malestar que no termina de decantar en la boca de su estómago.

Diego y Millaray galopan ligeros. Los altos edificios postmodernos dan paso a casas coloniales y modernas que no superan los tres pisos. La calle se angosta y ensombrece, para luego ensancharse de nuevo. Hay árboles delgados plantados en las veredas que se hacen más anchas y preceden a enormes edificios de departamentos.

Los adolescentes lo ven todo desde la perspectiva que les dan los altos caballos ingleses que han rescatado unas horas atrás y que ya se han acostumbrado a sus jinetes.

El semáforo de la calle Rosas no funciona. Los automovilistas vuelven a hacer escándalo. Algunos sacan sus puños fuera de las ventanas y se gritan improperios entre ellos, pero nada resuelve la situación: el tráfico no se mueve.

Los escolares logran abrirse paso entre los autos y continúan su camino en dirección a la alameda. La arquitectura vuelve a cambiar y luego de una cuadra construida con el modernismo de los años treinta, aunque salpicada de aires acondicionados, los jóvenes se

encuentran con un edificio inspirado en el arquitecto brasileño Oscar Niemeyer. Están a punto de llegar a la altura de la Plaza de Armas y los edificios vuelven a elevarse, proyectando sus sombras sobre la calle.

—Y pensar que siempre quise ser arquitecto —dice Diego con un suspiro.

—Mi abuelo es arquitecto —responde Millaray—, podrías hablar con él, yo te lo puedo presentar. Aunque él dice que la carrera ya no es lo mismo, que los ingenieros les han quitado todo el trabajo construyendo el mismo edificio o la misma casa una y otra vez, sin importar el lugar, o el emplazamiento, como le gusta llamarlo…

—No lo sé, Milla, la verdad no me va muy bien en el colegio. No creo que me alcance el puntaje de la PSU. Lo más probable es que termine manejando camiones, como mi papá.

—Para eso están las universidades privadas, ¿o no? —intenta animarlo la jovencita de pelo verde y falda tableada, mientras cruzan la calle Compañía. Los edificios se vuelven neoclásicos por un momento y la gente comienza a dirigirse en masa hacia el centro. En Huérfanos la muchedumbre empieza a concentrarse—. ¿Qué está pasando, Diego? ¿Por qué hay tanta gente aquí?

—Parece que no vienes al centro nunca. Esto es lo normal en un día de semana.

—Hoy es sábado.

Los jovencitos se abren paso con los caballos empujando a los peatones hasta llegar a la Plaza de la Constitución, donde la bandera chilena cuelga de varios mástiles y desde la cual pueden ver el edificio de la Moneda en todo su esplendor. El palacio de gobierno está rodeado de personas con pancartas. Hombres, mujeres, ancianos y niños gritan consignas en contras de las Aseguradoras de Fondos de Pensiones.

—La marcha No más AFP… —dice Diego.

—Los pacos, Diego, nos van a ver y nos van a quitar los caballos. —Los equinos apenas pueden maniobrar: hay tanta gente que se ven arrastrados por el flujo de personas que gritan diferentes consignas.

—Carabineros es nuestra última preocupación. Tenemos que salir de aquí ahora: si hay un brote en medio de la marcha, esto se va a tornar incontrolable.

—¿Y quieres que pasemos por arriba de la gente? —Millaray

grita para hacerse escuchar por Diego.

El tumulto los lleva por el costado de la Moneda. Pueden ver vehículos lanza agua en una esquina; un zorrillo y un bus de fuerzas especiales en otra. Un helicóptero sobrevuela el área, hay vallas papales en los costados del frontis del palacio presidencial y un nutrido contingente de carabineros con uniformes verdes y evidente preocupación en los rostros. Las marchas No más AFP se han caracterizado por ser familiares y pacíficas, con un mínimo de disturbios, pero no había habido una convocatoria tan masiva como aquella, y menos una que rodease el edificio donde reside el poder ejecutivo de la república. Los dos escolares van llegando a la Alameda cuando, desde la altura que le confieren sus monturas, son testigos de un espectáculo macabro. Comienzan a escuchar aullidos guturales y roncos y luego unos alaridos de terror que se sofocan y se renuevan.

—Mantengan la calma, esta es una marcha pacífica —se escucha decir a uno de los dirigentes de la coordinadora No más AFP por medio de un altavoz—. Nuestra misión es demostrarles a las autoridades que somos adultos responsables manifestándonos de manera pacífica para exigir un cambio. No podemos sucumbir a la violencia; les pido a todos, por favor, que mantengan la calma…

—¡Mamá, mamá, los cabros de la *zombiwalk* se sumaron a la protesta! —escucha decir Millaray a lo lejos.

—¿Qué vamos a hacer, Diego? Nosotros sabemos lo que se viene, pero esta gente no; tenemos que hacer algo…

—No te separes de mí, tenemos que dar la vuelta —responde el jovencito nervioso, tomando las riendas de la yegua de Millaray mientras la gente camina a su alrededor sin reparar en el par de escolares.

Los gritos y chillidos de horror y dolor se hacen más extensos. La multitud se agolpa en las vallas papales y la voz del coordinador de la marcha se apaga de forma abrupta. Las vallas papales ceden, el gentío corre despavorido y penetra en el jardín exterior de la casa de gobierno. Las fuerzas antidisturbios de Carabineros de Chile conforman un muro humano recubierto de escudos transparentes que contiene a la muchedumbre. Las bombas lacrimógenas vuelan por los aires; los chorros de los camiones lanza agua tiran a la gente al piso y la empuja a las manos de los dementes, que ya han

infectado a toda la retaguardia de la manifestación y que los reciben con las fauces abiertas. La gente grita, pero se ven atrapados por el movimiento de la masa y no pueden evitar ser mordidos y luego transformados. Sus alaridos conforman un ruido angustioso que de a poco se va convirtiendo en una cacofonía de hambre. La marea humana comienza a avanzar hacia el Palacio de Gobierno.

La sangre corre por la Alameda y, entre el humo y los lamentos, en medio de la confusión, los recién mordidos no tardan en volverse sobre las fuerzas del orden, que se ven sobrepasadas en instantes por la segunda oleada de manifestantes, compuesta ahora por una cantidad inconmensurable de personas, las que ya no parecen afectadas por el gas lacrimógeno ni los golpes.

Mientras, por los costados del edificio de gobierno, dos nutridos grupos de zombis avanzan mordiendo a los ciudadanos que han acudido a protestar por una jubilación digna.

Por el centro, una tercera manada de desquiciados arremete con violencia contra el muro de escudos de fibra de vidrio que protege a carabineros. Estos últimos hacen uso de sus lumas y golpean con denuedo para repeler a la turba, la que se les ha abalanzado encima en un frenesí carnívoro indetenible.

Por la retaguardia de los manifestantes, un piquete de oficiales montados intenta dispersar a la gente, pero jinetes y caballos son tragados por un millar de dedos crispados; son desgarrados por incontables dientes, los cuales esparcen sus interiores por todos lados en un festín antropófago y barbárico.

La barrera de escudos colapsa y los manifestantes avanzan por el frente y por los costados del hogar del presidente de la república y sus ministros. Los guardias de palacio hacen un par de disparos al aire, pero la horda no se detiene. Luego apuntan directo hacia las personas, pero estas parecen inmunes a los impactos de bala.

Las puertas no alcanzan a cerrarse.

La Casa de La Moneda es asaltada por más de diez mil personas, a las cuales ya no les importan sus pensiones ni su futuro. No quieren nada más que engullir carne humana.

# Capítulo 11.
# Nínfulas y langostas

Los casquillos saltan uno tras otro desde la pistola. Ya no siente el olor a pólvora que impregna el lugar. La fuerza de los disparos la remece, pero ya ha dominado la postura; su puntería ha ido mejorando en la medida que avanza la mañana. Una mano se posa en su hombro; retira el dedo del gatillo, extrae el cargador, pasa bala y deja el arma en el parapeto. Se saca los auriculares y voltea.

—Gabriel, no esperaba verte hasta dentro de una semana.

—Vamos por café, sobrina —el Soviet y Claudia avanzan por los pasillos de roca hasta llegar al comedor. El hombre levanta una mano con dos dedos extendidos. El camarero asiente—. ¿Mejora tu puntería?

—Me gustaría practicar con blancos móviles. No me mal interpretes, las instalaciones son magníficas y he comido langosta todos los días: no puedo quejarme, pero van dos meses que no salgo.

—La mayoría de los que están aquí no saldrán hasta dentro de tres años.

—No sé si voy a aguantar tanto.

—¿Visitaste la biblioteca? Es impresionante. También hay una sala de cine, un pequeño casino y otros recursos para pasar el tiempo.

—He seguido al pie de la letra la rutina de entrenamiento que me diste. He hecho eso y dormir, me hacía falta dormir, pero ya me estoy aburriendo. El otro día me metí a una reunión sin querer: hablaban un idioma raro y cantaban, todos vestían túnicas negras; el que presidía llevaba una máscara de pescado o algo así.

—Si estás viva quiere decir que no te vieron. Los jefes tienen

costumbres extrañas; trata de no meterte en problemas.

—Soy tu sobrina, no puedo evitarlo.

—Me contaron que le sacaste la cresta a Samir —dice el Soviet riendo.

—Solo estábamos haciendo *sparring*.

—Samir era miembro de las fuerzas especiales Saudíes, y no le gustan las mujeres.

—¿Quieres decir que es homosexual?

—Quiero decir que es un musulmán fanático y misógino.

—Ahora deben de gustarle menos, entonces. ¿Para esto me invitaste el café, para que no baile con los otros miembros de las fuerzas de seguridad?

—Puedes patear a Samir cuanto quieras, te saqué para que descanses: nos asignaron una misión en el continente; es la oportunidad perfecta para ganarte la confianza de J y convertirte en parte de la compañía de manera oficial.

—¿Cuándo partimos? —pregunta Claudia, echándose un poco hacia atrás para que el camarero acomode los cafés, la crema, el azúcar y los endulzantes en la mesa.

—Mañana en la madrugada. A las cuatro te espero en el embarcadero. Trata de dormir y comer bien, yo me encargaré de tener el equipo preparado para ambos —dice el Soviet, bebe su expreso de un trago, se levanta y se retira del lugar.

Claudia bebe lentamente, disfrutando de la amargura y el tanino del brebaje. Respira hondo mirando al horizonte tras el grueso y amplio ventanal. La isla de Juan Fernández se ve al fondo. Gruesas nubes corren por sobre ella; el mar está picado y alcanza a divisar la espuma de las olas al romper contra las rocas, como pequeñas manchas blancas que aparecen y desaparecen en minúsculas explosiones. Levanta la mano y pide una botella de vino, una entrada de langosta salteada, un plato de cordero magallánico con papas chilotas y una guarnición de espárragos. Después de la comida, baja a su habitación y se duerme profundamente.

Llega al embarcadero subterráneo vestida con su terno Armani y su camisa de seda blanca. El aroma a óxido y sal es intenso. Gabriel le lanza un morral táctico y le indica que lo siga. Caminan por un pasillo hacia el interior de la caverna, alejándose de la dársena.

Entran por una escotilla y luego de unos cuantos metros suben a un ascensor.

—En el bolso está tu equipo, ya tendrás tiempo de revisarlo.

Llegan a un amplio hangar donde varios hombres mueven un Eurocopter EC 725 Súper Cougar, un helicóptero de largo alcance, potente y rápido, equipado con dos motores de turbina Turbomeca Makila segunda, con capacidad para dos tripulantes y hasta veintinueve pasajeros.

—¿Trajiste algo para desayunar?

—Unas botellas de *whisky*. En el bolso hay raciones de campaña, si quieres quedar estítica —contesta Gabriel, subiendo de un salto a la aeronave para luego girar y ofrecerle una mano a Claudia—. Si no me crees, pregúntale a tu amigo Samir: no ha cagado en tres días.

—¿Samir va con nosotros?

—Samir es el piloto. —El aludido, vestido con un overol verde oscuro y un casco blanco, saluda desde la cabina—. Se va a encargar de dejarnos en el continente y recargar combustible para el viaje de vuelta. Si no estamos listos para el anochecer, se viene sin nosotros —agrega el Soviet. La plataforma en medio de la cual han acomodado el vehículo se eleva. La luz de la mañana entra en la medida que las compuertas superiores se abren para que puedan despegar; los rotores comienzan a girar—. Ponte los auriculares y habla por el micrófono, con el ruido del motor no vas a escuchar nada.

—¿Por qué tan grande el helicóptero, vamos a rescatar a alguien?

—Usamos este modelo por la autonomía: unos mil doscientos kilómetros. El Súper Puma que usan en Chile tiene un tercio del alcance del 725. El continente está a casi ochocientos cincuenta kilómetros. Si nos agarra un mal viento puede que no lleguemos.

—Siempre podemos nadar. Usaremos a Samir como balsa — ambos sonríen.

—Lo normal es que no alcancemos a darnos cuenta y seamos comida de pescado. Hoy el tiempo no está bueno: vamos a tener turbulencias.

—¿No podemos esperar a que mejore?

—El cliente quiere el encargo para ayer y tengo una reputación

que cuidar. Puedes cambiarte dentro, Samir no se va a atrever a mirar.

Claudia se cambia de ropa, mientras el Súper Cougar gris se eleva por sobre el océano pacífico. El ruido del motor es ensordecedor. Tiene los oídos tapados y grita para hacerse escuchar. El Soviet le termina de ajustar las correas que sostienen el machete, el hacha y el cuchillo a la cintura. Claudia se acomoda las sobaqueras en las cuales van dos pistolas. El equipo es por completo negro y lleva protecciones para rodillas, codos y antebrazos; además, una tela más gruesa le cubre el cuello, a manera de gorjal. Guantes, un casco y una máscara con visión nocturna y de calor completan el conjunto.

—La tela es de Kevlar; ni las balas infrasónicas de una pistola, ni las mordidas, ni siquiera un cuchillo deberían atravesarla. La tela evita que emitas señales calóricas y absorbe la luz. En la oscuridad serás casi invisible.

—¡Como el depredador!

—No seas infantil. Si te disparan con una de estas —Gabriel levanta el fusil IMI Tavor
TAR-21
—, cagó el depredador; las balas supersónicas de los fusiles de asalto sí atravesarán. Este es el seguro; tiro a tiro; ráfaga; automático. No dispares a menos que estés segura; yo voy a hacer la mayor parte del trabajo, pero necesito que me cubras las espaldas.

—Entiendo, entiendo: no dejaré que te agarren por detrás, tranquilo…

—Ya veremos. Si estás a la altura o te dejo en el continente, a ver si se te quita el sentido del humor que acabas de descubrir.

—Pareces un poco tenso, Gabriel. ¿Por qué no trajiste a Betzy? —responde Claudia, examinando el fusil israelí.

—La perdí en el casino.

—¿Es muy grande el casino?

—La aposté.

—¿No me digas que vamos a buscarte otra mascota?

—La misión era parte de la apuesta. Pero si tenemos la oportunidad, de seguro me traigo otra —responde el Soviet.

—No creo que encuentres a nadie vivo.

—Vamos a un lugar donde hay gente vivita y coleando. Si ves a

una nínfula, no la mates: es mi premio de consuelo, mi *souvenir*.

—¿Cómo convenciste a Samir para que te ayudara, y cómo conseguiste el helicóptero?

—A Samir le aposté que no era capaz de tirarte al suelo en una sesión de *sparring*. La misión estaba prevista, los recursos estaban asignados. Uno de nuestros clientes quería eliminar a la competencia hace tiempo. Abre ese compartimento —dice Gabriel apuntando tras de ella—. Pásame la botella. —Claudia le alcanza un Jack
Daniel's.
Su tío se empina el licor ambarino y el helicóptero comienza a tambalearse—. Colócate el arnés y engánchalo con el mosquetón. —El Soviet le alcanza un tirante que cuelga del techo.

—¿Vas a poder acertarle a algo después de media botella?

—¿Qué tipo de pregunta es esa, sobrina?

—Se supone que voy a cubrirte las espaldas, no a verte dormir la mona mientras los zombis te mordisquean los dedos.

—Soy un profesional, puedo trabajar bajo cualquier circunstancia —replica echando otro trago—. Si se me pasa la mano, tengo este manjar —continúa Gabriel, palmeándose un bolsillo junto al pecho—, la mejor anfetamina sintética; con esta me vuelvo imparable.

—Ahora entiendo por qué te gustan jovencitas —bufa la mujer —. ¿No tienes algo que pueda estudiar: planos, rutas o algo?

El corpulento asesino saca una carpeta de su mochila y se la entrega. Claudia se sienta al lado de su tío. El mar discurre abajo en pequeñas pero pronunciadas olas que se elevan al cielo, intentando tocarlo con sus crestas blancas. El horizonte es amplio, el aire es fresco y los saltos se repiten a medida que se encuentran con bolsones de aire. Abre la carpeta y comienza a estudiar las fotos, los planos y los expedientes.

Cinco horas después, descienden en la ribera este del río Tinguiririca, en alguna parte del valle de Colchagua.

# Capítulo 12.
# Viaje en el tiempo

La afilada hoja hiende la carne con facilidad. A veces se desvía cuando se encuentra con algún hueso, pero vuelve a salir y a penetrar. La sangre sale a borbotones: le mancha la cara mezclándose con las lágrimas; se le mete a la boca, deformada en una mueca de histeria, rabia y tristeza. Los dientes crujen; el mango se vuelve resbaloso, pero lo aprieta con fuerza y continúa hasta que se le agotan las fuerzas. Cae de rodillas en el charco carmesí, temblando.

—Tu arrogancia mató a mi familia —dice, suelta el cuchillo y se levanta.

Weiping cierra la puerta tras de sí. Se echa en el sillón a llorar. Aprieta los párpados, se mira las manos manchadas de sangre y vomita.

Luego de tres horas de un sueño lleno de sobresaltos, despierta. El olor ácido del vómito se mezcla con el de la sangre y el de la carne muerta. Se levanta y se ducha. Se viste, prepara una mochila con víveres y agua, busca la beretta, se asegura de que el cargador esté completo y la guarda. Toma la katana, un machete, un hacha y se los acomoda amarrados al equipaje. Está a punto de subir la escalera cuando se detiene. Vuelve al cuarto donde están los cadáveres de su hermana, su mejor amigo y su sobrina. Toma unas llaves del cuello de Javier y se las guarda.

El búnker se ha convertido en una tumba.

Abre la escotilla. La luz le hiere los ojos. De uno de los bolsillos de su chaquetilla de caza saca unos lentes oscuros y se los calza. Abre la puerta de la cabaña que camufla el refugio y se enfrenta al exterior. El aire fresco le acaricia el rostro. Está nublado, pero las

nubes fulguran blancas, corriendo presurosas en dirección a la cordillera. Los árboles se mueven con el viento; las hojas suenan al compás del trinar de las aves. Comienza a caminar. El pasto le llega hasta las rodillas y le humedece los pantalones. El sendero que desciende hacia la ruta 68 apenas se nota, pero no le cuesta seguirlo.

Para el atardecer ha llegado a una loma, que se eleva sobre la quebrada, desde la cual puede ver la carretera. Comienza a recolectar piedras, maderos y ramas. Escarba en la tierra, rodea el hoyo con los huevillos, ordena las ramas y el pasto seco y enciende una fogata. Con el hacha corta trozos más grandes de madera de un espino cercano y los pone sobre el fuego, cuyas lenguas crepitan aromáticas a su lado. Se acuesta en el suelo, apoyando la espalda y la cabeza en la mochila. Mira al cielo. Las nubes se han ido. Los tonos rosados y naranjos se encienden en la costa por sobre los bosques de pinos que enmarcan el pequeño valle de Melosilla. La oscuridad gana terreno. Las primeras estrellas comienzan a aparecer; los colores se pierden en un negro profundo. Por primera vez, Weiping admira la bóveda celeste en todo su esplendor, sin interferencias de las luces de la civilización. «El mundo se acabó», piensa, «soy el último hombre sobre la tierra». Cierra los ojos y vuelve a aquella pieza: el charco de sangre, la carne trémula de las personas amadas.

Perdido en la inmensidad del universo que se despliega sobre él, llora y le pide perdón a Javier, a su hermana, a sus padres.

Despierta antes del amanecer, tiritando de frío. Se aleja del fuego para orinar y vuelve con un par de ramas para avivar el fuego. Bebe un poco de agua y come frituras y arroz frío. Se refriega los ojos y se pone en marcha antes de que el sol vuelva a salir. El aire es fresco y dulce; los pájaros vuelven a cantar mientras él se abre paso entre el pasto.

Llega a la carretera y sigue en dirección a Santiago. El camino se eleva y luego baja. Atraviesa un paso sobre nivel y continúa la marcha. A lo lejos, ve el santuario de la Virgen de Lo Vázquez. Ahí está lo que buscaba. Una horda de hambrientos se mueve torpemente en medio del camino, como una procesión macabra, como un cardumen de pirañas adormiladas que solo necesitan un

pequeño estímulo para volverse una marea de dientes y dedos desgarradores.

Weiping suspira. Su corazón le duele. Se quita el sudor de la frente con el dorso de la mano y sonríe. Aún está jugando el videojuego de su existencia, y piensa terminar con su última vida de forma épica.

Estando a unos veinte metros de la aglomeración de cadáveres vivientes, deja la mochila en el piso y comienza a disparar; lo hace de forma pausada, apuntando con cuidado, disfrutando de la sensación de poder que le transmite el culatazo del arma. El aroma a pólvora le llena las fosas nasales. Los casquillos tintinean al caer al piso después de cada estruendo, que se pierde en la amplitud del paisaje. Los hambrientos aúllan, se mueven con espasmos antinaturales, levantan los brazos y comienzan a caminar renqueantes hacia él. La manada de cadáveres está a unos cinco metros del asiático, que ya ha descargado los diez y siete tiros que tenía disponibles. Lanza la pistola a un lado, se acomoda el hacha en el cinturón y se amarra el machete a la pierna izquierda. Desenvaina la katana y la blande con las dos manos, corriendo hacia su destino.

Han pasado dos años desde que se desató el Evento Z en Chile. La piel de los no muertos se ve cerúlea o amarilla y apergaminada. Las llagas y heridas se ven secas. Las ropas, rasgadas y manchadas de sangre, les quedan anchas. Las greñas son largas; algunos tienen barbas. Las uñas han crecido y se curvan como garras. Las bacterias, los carroñeros y los parásitos han hecho su trabajo con lentitud. Los cuerpos ya no se ven hinchados ni llenos de gusanos, sino enjutos y secos: parecen momias que se deshacen de a poco.

La hoja destella. La primera cabeza cae al suelo; el segundo zombi es partido por la mitad. Un brazo es mutilado a la altura del codo, otra cabeza es separada de su cuerpo. La sangre apenas salpica: es negra, espesa y mal oliente. Un cuarto hambriento es partido de forma diagonal. La hoja, manchada de un rojo oscuro, se entierra en un cráneo y se quiebra. Weiping suelta el sable, patea el cuerpo para darse espacio, desenfunda el hacha y el machete y los descarga contra los dementes, que se le acercan por los costados. El sudor le perla la frente y cae por sus sienes en gruesos goterones. Los hombros le punzan por el esfuerzo; grita y abre los ojos en una

mueca de furia. Ya no hay coordinación ni elegancia en sus ataques; da hachazos y machetazos a diestra y siniestra, rodeado. Los golpes y tajos hienden, mutilan, tronchan y obliteran, arrancando miembros y cabezas.

El pecho del muchacho sube y baja con rapidez y esfuerzo. Le quedan pocas energías. Piensa en Siying, en su sobrina y en Javier. La culpa lo invade; la tristeza lo embarga; aprieta los dientes, convirtiendo todos esos sentimientos en ira y dejándose llevar por el frenesí asesino. Abraza ese sentimiento: lo acepta, lo disfruta; se carcajea frente al montón de muertos que lo rodean; ríe frente a la muerte que ha venido a desafiar para expiar la culpa por haber asesinado a su mejor amigo.

Tiene las manos entumecidas y los músculos agarrotados, pero sus armas siguen subiendo y bajando. El machete se incrusta en una cadera y no quiere salir; remata al orate de un hachazo en el lóbulo temporal, pero pierde la hoja.

Blande el hacha con salvaje brutalidad, con las dos manos. Las risotadas se han convertido en lágrimas. Está en medio de la horda: solo le quedan unos minutos de vida.

En ese momento, escucha un estruendo sostenido: cascos que se estrellan contra el asfalto en una carrera coordinada. En formación de cuña, un grupo de al menos veinte jinetes descienden por la colina oriental. Brillantes cotas de malla cubren a los caballos chilenos; petos, grebas, gorjales, guanteletes y yelmos resplandecen al sol de media tarde.

Las largas lanzas se incrustan en la carne podrida y se quiebran, diezmando un costado de la horda. Los caballeros desenfundan largas y contundentes mazas, hachas, cimitarras, falcatas, alfanjes, martillos de guerra o estrellas de la mañana, y vuelven a cargar contra los zombis, pasando por sobre ellos y aplastándolos con facilidad.

Weiping cae de rodillas en medio de una multitud de cadáveres. Suelta el hacha y se echa a llorar. Algunos aún se mueven; las cabezas cercenadas dan mordiscos al aire.

El líder de los hombres a caballo ordena a sus compañeros que desmonten, rematen a los hambrientos que aún se mueven y recuperen las puntas de las lanzas. Los caballos relinchan inquietos por el aroma a podredumbre.

—Chiquillo, ¿cuál es tu nombre? —pregunta el jinete que comanda el piquete y que no debe de tener más de veinte años. De fondo se escucha el crujir de huesos y las exhalaciones que los guerreros sueltan antes de descargar sur armas contra los cráneos.

—¡Ah! —exclama un gordo de piel blanca y manos pequeñas—, ¿tienen que ser tan hediondos?

—Machaque calladito, pariente; tenemos que irnos luego, no vaya a ser que se apersonen más
fina'os,
oiga.

—¡Niño, contesta! ¿Cuál es tu nombre?

—Weiping —replica el chileno de origen chino—. Pero me dicen Wei. Era de Valparaíso.

—Imposible, Valparaíso fue bombardeado hace dos años.

—Arrancamos antes: mi mejor amigo, mi hermana y yo.

—¿Dónde están tus amigos? —Weiping mueve la cabeza de lado a lado—. ¿Pretendías matar a todos los
fina'os
tú solo? —Wei vuelve a negar con la cabeza—. ¿Cómo sobreviste dos años aquí afuera?

—Teníamos un refugio. Un búnker del abuelo de mi amigo.

—¿Y qué le pasó a tus amigos? —El chico aprieta los labios. Su mentón tirita y gruesas lágrimas caen de sus almendrados ojos—. Ayuden al cabro, lo vamos a llevar con La Patrona; a ver si bañado y comido se le suelta la lengua —dice el líder de los caballeros y agrega—: Matías, llévalo en la grupa; vamos de vuelta antes de que se ponga oscuro.

Los jinetes suben la loma y trotan por la ruta 68 hacia Casablanca.

# Capítulo 13.
# Metro Cummings

Ignacio da media vuelta y corta la rama de un árbol, aprieta los muslos alrededor del torso de su montura, sostiene las riendas y el martillo con la mano izquierda y, utilizando la varilla recién cortada, con la mano derecha fustiga las nalgas de la yegua dorada, que relincha, se encabrita y levanta las patas delanteras antes de lanzarse hacia adelante, hacia el mar de muertos vivientes que avanzan renqueantes en pos de los jóvenes jinetes.

—¡Matías! ¡Matías, dónde estás! —grita Ignacio, pasando por sobre las manos anhelantes y las quijadas afiladas. El martillo, ya en su derecha, sube y baja, destrozando cráneos, mancando y tronchando a los desquiciados que se le acercan y le tironean las piernas para desmontarlo—. ¿Dónde estás? —vuelve a gritar hasta quedar casi afónico.

La pistola de remaches es percutada una vez y otra más. Ignacio se interna otro poco en el océano encabritado de mordedores, siempre en dirección al sonido del arma, pero no logra distinguir a su primo por ninguna parte. Hay muchos autos detenidos y con los vidrios rotos, las puertas abiertas y manchas de sangre. Algunos conductores se han transformado: gruñen y se mueven espasmódicamente, atrapados en sus asientos por los cinturones de seguridad. No hay rastros de Matías, que ha caído del caballo unos minutos atrás. Ignacio se desespera; su corazón late con fuerza. Su antebrazo y su hombro derechos arden, mientras el martillo danza en el aire y la yegua Isabela gira en redondo para que su jinete pueda abrirse un espacio. Está seguro de que su primo está cerca; solo espera que no haya sido mordido aún.

La pistola de remaches suena de nuevo. El exrecluta se abre paso

hasta un cuatro por cuatro francés de color rojo, que está en medio del puente que acababan de cruzar. Hay varios orates tirados en el piso a su alrededor y otros más que intentan meterse bajo el vehículo. Ignacio vuelve a oír los petardos de los fulminantes del arma de su primo y por fin ve el humo azul y siente el olor a pólvora que proviene de entre los neumáticos del todo terreno. El aroma de los fulminantes aplaca un poco el olor a entrañas y carne cruda que se le ha pegado en la nariz; vuelve a tener esperanza. Embiste hacia adelante y golpea a un par de hambrientos con la cruz del animal, que luego se apoya en sus patas delanteras y propina sendas coces hacia atrás, al tiempo que su jinete revienta un par de cráneos con su martillo antes de saltar de la silla, usar el cuerpo de la yegua como escudo —para evitar que los no muertos que vienen tras de él se le abalancen por la espalda—, caer con una patada directa al plexo solar de un tipo con traje y corbata al que le falta un brazo, agacharse, lanzar del pelo hacia atrás a una mujer de minifalda, dar un revés con su arma, hacer estallar la sien derecha a un petiso barbudo vestido con una chaqueta de mezclilla empapada en sangre y volverse a agachar para estirar la mano y sacar a Matías de debajo del auto.

Matías es jalado con fuerza por su primo. Arrastra el abultado estómago por el asfalto y los dos se miran a la cara. El rescatado tiene los ojos rojos, está pálido y le tirita la mandíbula.

—¿Te mordieron? —inquiere Ignacio.

—No, no —tartamudea Matías.

—¡Súbete al *capot* del auto! —indica, al tiempo que un hombre negro y alto lo toma por la mochila y abre la boca, apuntando sus fauces a la nuca del exrecluta.

Ignacio se agacha y toma al moreno de un brazo, al tiempo que introduce su cadera entre las piernas de su atacante para proyectarlo hacia adelante por sobre su hombro. El no muerto se azota contra la puerta del auto francés y cae al lado de Matías, que recién se incorpora. Ignacio lo remata de un martillazo y de un salto se sube sobre el vehículo. En ese momento la turba de voraces ya ha caído sobre su yegua, que cae relinchando al piso. Por un momento toda la atención de la horda que perseguía al exrecluta se centra en la carne fresca del equino, que es eviscerado y devorado al instante. Matías e Ignacio avanzan por los techos de los automóviles hasta

donde el puente se une con la ribera sur del río Mapocho.

—¡Por aquí! —comanda Ignacio y salta al vértice de la baranda de cemento antes de usarla como apoyo para superar la reja que cerca todo el perímetro del terreno baldío, lleno de basura, que hace las veces de bandejón central. Matías lo sigue jadeando, salta tras él y resbala en la pirámide achatada de cemento que remata la baranda del puente. Está a punto de caer al río; su primo lo sostiene a tiempo, lo jala hacia la reja y lo pasa hacia el otro lado. Los dos se miran, pero no dicen nada; ambas cajas torácicas se inflan y desinflan con esfuerzo y rapidez.

—Tenemos solo un momento para salir de aquí —dice Ignacio, tomando a su primo del antebrazo y yendo en dirección sur.

—Ignacio, para, por favor… Necesito descansar un momento.

—Si nos detenemos, los zombis van a botar la reja y vamos a estar atrapados —responde su primo, indicando la cerca metálica que ya detiene a una docena de podridos, los que se agolpan en ella y la cimbran de forma peligrosa—. ¡Camina!

Pasan bajo la avenida Presidente Balmaceda, pero se dan cuenta de que ya han sido rodeados. El bandejón central está sitiado por desequilibrados que intentan atravesarla para comérselos. La reja se balancea y el metal gime ante los embates de la manada, que aúlla y ruge.

Mientras buscan una salida, más y más hambrientos se suman al asedio.

—¿Y ahora qué? —lloriquea Matías—. Nos van a comer los zombis y nos van a convertir en unos de ellos. Me voy a comer a mi mamá…

—Cálmate, si atraviesan esa reja, al menos moriremos peleando —replica Ignacio, apretando las mandíbulas y sintiendo un vacío en el estómago—. Aprovecha de recargar la pistola de remaches —agrega y se desembaraza de la mochila, saca un poco de pan y se lo echa a la boca: luego apura el bocado con agua mineral—. Come un poco, puede que sea la última vez que lo hagas —Ignacio se gira y le estira una marraqueta a Matías.

—Bien penca nuestra última cena, Jesús y sus *Boys* al menos tenían vino.

—Tal vez no sea la última —exclama Ignacio con la boca llena de pan y de esperanza: ha visto algo que los puede sacar de aquella

apremiante situación.

En ese preciso instante la reja colapsa. La horda de devoradores cae de bruces y se levanta en una maraña desordenada de brazos, dedos y dientes que avanzan hacia los jóvenes, los cuales sienten cómo un miedo helado les recorre el espinazo. Ignacio se calza la mochila y Matías hace un disparo que se pierde en la muchedumbre. Su primo lo agarra del hombro y corre hacia una escalera vertical metálica que está empotrada a uno de los pilares que sostiene el paso elevado de la avenida Balmaceda, y que cuelga a un metro y medio del piso. Los dementes rumian guturales alaridos roncos e indefinibles. Están a pasos de ellos, excitados por la cercanía de las presas vivas.

Ignacio sube con agilidad. Matías tiene problemas para levantar el peso de su propio cuerpo y elevarse lo suficiente como para comenzar a trepar. Ignacio se devuelve. Matías patea hacia todos lados, intentando alejar a los engendros que estiran los brazos con movimientos bruscos, abriendo y cerrando las hediondas mandíbulas, en las cuales se pueden apreciar trozos de carne y grumos de sangre que les manchan las barbillas y los pechos. Los blancos ojos que no pestañean miran hacia cualquier lado, pero las narices apuntan directo a sus víctimas. Matías observa cómo las aletas nasales de sus perseguidores se abren y cierran, captando su fragancia, los movimientos erráticos de las cabezas y los sonidos.

Matías, colgado a centímetros del piso, comienza a llorar. Orina tibia corre por sus piernas. Una miríada de dientes está a punto de desgarrarle la carne, cuando la mano de su primo lo toma del cuello del chaleco y lo eleva. Una mano le sostiene una pierna, otra el tobillo. Matías ayuda a Ignacio con sus brazos y la fuerza de una pierna, pues ha logrado poner un pie en el primer escalón. Los dos suben por la escalera en una abrir y cerrar de ojos, aunque se les ha antojado un lapso eterno. Por fin logran llegar hasta el final. Salen al paso superior Balmaceda, unos metros después de la bifurcación. Ambos se tiran al piso jadeando. El *gamer* aun tirita; lágrimas le mojan las mejillas. Los perturbadores chillidos de la turba por fin quedan atrás.

—Te measte —dice Ignacio, incorporándose. Matías asiente con el rostro demudado—. ¿Y tu zapatilla?

—No sé —balbucea.

—¿Te mordieron?

—No sé —responde Matías y se larga a llorar. Ignacio le saca el calcetín y lo revisa: el pie parece estar sano.

—Levántate, tenemos que seguir la marcha.

Avenida Balmaceda está despejada. Matías cojea por la falta de calzado en el pie izquierdo; intenta seguirle el paso a su primo, que da largas zancadas tratando de ganar metros entre los orates y ellos. Avanzan por una curva flanqueda por una valla de contención que los llevará de vuelta hacia Fermín Vivaceta. Saltan el obstáculo y cruzan la calle en dirección sur; superan la siguiente valla de contención y caminan por la tierra y el pasto de una pequeña área verde triangular que separa calles y autopistas.

A su derecha hay un enorme galpón color azul claro que está rematado por un cartel en el cual se lee: «Molino Balmaceda», y continúan en dirección a calle Mapocho. Miran hacia atrás y ven cómo la manada de antropófagos ya comienza a desplazarse en su dirección. Hay varias rejas y obstáculos que ralentizan su marcha, pero la zona donde se unen las calles Fermín Vivaceta y Presidente Balmaceda presenta una abertura que, a pesar de la torpeza con la que se mueven sus perseguidores, estos podrían superar.

Los primos se desplazan hacia el sur. Las construcciones a sus costados son de ladrillos gastados y pinturas descascaradas. Hay algunos automóviles estacionados, pero no ven señales de peligro.

—Ignacio, tenemos que parar, me duele el pie.

—Tenemos que seguir, no nos podemos quedar aquí.

—No puedo, te juro que no puedo —solloza Matías con el rostro compungido y rojo, el pelo sudado pegado a la frente, que luce abundantes perlas de sudor—. Quiero volver a ver a mi mamá, pero no puedo seguir caminando. —El calcetín está manchado de sangre y en su pantalón se aprecia la humedad de la orina, que comienza a apestar—. Además, me da vergüenza que me vean así. —Ignacio da media vuelta y observa a su primo; frunce los labios y respira profundo.

—Quédate al lado mío —dice y se acerca a una camioneta Datsun que está estacionada en la amplia vereda. Rompe el vidrio del piloto con un martillazo y abre los pestillos—. Súbete —le ordena, al tiempo que comienza a sonar la alarma.

Ignacio abre la puerta del piloto y suelta el seguro del capot, que

se ubica bajo el manubrio. Se dirige a la trompa de la camioneta, abre la cajuela y de un tirón desconecta los cables de la bocina. La alarma deja de sonar, lo que le permite escuchar los gritos de un hombre de unos cuarenta años y quien se acerca a él lanzando improperios con un fierro en la mano.

El exrecluta para el golpe del dueño de la camioneta con la punta del martillo, que se engancha en la barra metálica dirigida a su cabeza. Ignacio describe un amplio movimiento circular hacia afuera y hacia atrás, logrando que su contrincante pase de largo por su costado y golpee el capot de la camioneta. Gira y patea la parte de atrás de la rodilla derecha del dueño. Le sostiene la nuca y le azota el rostro contra el radiador, para luego retirar de un golpe de martillo la barra que sostiene la cubierta del motor y hacerla bajar con fuerza, aplastando la cabeza del hombre, que cae desmayado al piso. Lo arrastra a un costado, le revisa los bolsillos y encuentra las llaves del vehículo; le saca los pantalones y los zapatos y se los lanza a su primo, que lo espera en la cabina. Se sube a la camioneta, inserta la llave en la chapa de ignición y la gira. El vehículo arranca y avanza media cuadra en contra del tránsito; luego baja, también en contra del tránsito, por Almirante Barroso en dirección sur. Los neumáticos chirrean mientras dobla a la derecha en la angosta calle Andes y continúa hacia el poniente.

Matías se coloca los pantalones y los zapatos. Debe ajustarse el cinturón para que no se le caigan los primeros y no tiene calcetines: los que llevaba puestos estaban empapados. Se larga a llorar desconsolado, hipando; los mocos le corren desde las narices y la baba desde la comisura de los labios, al tiempo que adopta la posición fetal sobre el asiento de cuerina.

—No es tu culpa, Matías, ¿entiendes? —El rechoncho de la polera de *Assassins Creed* no responde—. Esto no es un videojuego: si quieres sobrevivir vas a tener que madurar, hacer sacrificios, aguantarte el dolor, luchar por tu vida, dejar de ser un pendejo pajero —lo interpela Ignacio a voz en cuello, con el ceño fruncido y los nudillos pálidos. Sus manos aferran el volante de la camioneta.

—Quiero ver a mi mamá —responde Matías, limpiándose la cara.

—Entonces deja de llorar.

—Un poco más allá hay una estación de metro. Podríamos ver si

está abierta —propone Matías.

—Se supone que vamos a casa de Diego.

—Yo no quiero ir a casa de Diego.

—Está bien, tratemos de llegar a la estación —consiente Ignacio.

Al llegar a Avenida Brasil el tráfico se detiene. Dos buses del Transantiago han chocado en la intersección.

—¿Por qué se detienen los otros autos, Ignacio?

—Vamos a tener que seguir caminando; estamos solo a unas cuadras.

Ignacio se baja de la camioneta robada y Matías viste el calzado y los pantalones del dueño del vehículo. Avanzan por Avenida Brasil en dirección sur. La calle tiene dos pistas: a la izquierda corre una ciclovía y la vereda es amplia, rematada con palmeras achatadas y frondosas; ambos caminan apurados, sin decir palabra. Pasan frente al taller «El Argentino», cuyo dueño gesticula con un cliente. Se despide de uno de sus mecánicos y comienza a bajar la cortina del local.

Llegan a la intersección con calle San Pablo, en cuya esquina hay un enorme edificio postmoderno blanco y terracota. Doblan a la derecha, en dirección poniente. La mole de concreto a la izquierda contrasta con las casas bajas y antiguas de la derecha. Escuchan una sirena a lo lejos y ven cómo las columnas de humo se multiplican en lontananza; siguen caminando. Matías ya suda. Va con el rostro enrojecido y en la boca se le dibuja un rictus de dolor. Avanzan lo más rápido que pueden, y sin encontrar obstáculos, hasta la Avenida Ricardo Cummings, donde giran a la izquierda y alcanzan a avanzar una cuadra por el bandejón central. Los autos están detenidos, por lo que parece ser un accidente más adelante. Algunos conductores tocan sus bocinas y vociferan. De pronto, los primos ven a un grupo de gente correr por las calles en dirección norte.

—¿Qué pasa? —pregunta Ignacio, deteniendo a la fuerza a un jovencito vestido de escolar.

—Tienen que correr: la estación, el metro… no la alcanzaron a cerrar, hermano.

—¿Pero qué pasó?

—La gente se *pitió*, tan entero *zarpa'os*; se están comiendo entre ellos… Llegaron en el metro… Apenas se abrieron las puertas de los vagones se fueron en picá sobre los que estaban esperando y los

empezaron a morder; parecía una película de terror, pero peor: corría chocolate por todos lados y el olor, hermano, el olor era asqueroso, y los gritos de las personas hacían eco en la estación. Era un infierno, hermano, un infierno.

—Nosotros queríamos tomar el metro —dice Matías.

—Tienen que irse, cabros. La gente está enloquecida. No entienden palabra, hermano. Vi cómo se comieron a los guardias del metro antes de arrancar. Ahora están saliendo de la estación. Llamé a los pacos y subí un video a Youtube, pero nadie pesca. Dicen que en el centro es peor, hermano, que toda la línea está colapsada y que Santiago no es la única ciudad. Dicen que Valparaíso ya no existe, que los de la FACH la bombardearon para que la peste no llegara aquí, hermano; pero llegó, hermano… llegó.

—Te creemos, cálmate —dice Ignacio soltando al joven, que echa a correr calle arriba—. Vamos, Matías, por aquí.

—¿Crees que hayan sido capaces de bombardear una ciudad llena de gente inocente?

—No hables. Guarda el aliento, tenemos bastantes cuadras que cubrir antes de que se nos haga de noche, y con la ceniza que se está levantando, calculo que eso sucederá bastante pronto.

—¿Dónde vamos ahora?

—A la casa de Diego —replica Ignacio, avanzando por calle Rosas en dirección al mar—. Si la cosa es tan terrible como decía el cabro chico ese, tenemos que parapetarnos en un edificio y esperar que salgan los militares a limpiar la ciudad. Va a ser peor que el Pronunciamiento, mucho peor.

Los primos echan a correr.

Tras de sí, escuchan los gritos profundos y cacofónicos que preceden a los antropófagos.

# Capítulo 14.
# Eterno retorno

Pedro abre los ojos. Hace calor; la cabeza le da vueltas, tiene la vista borrosa, le duele el estómago y siente el vómito subir por la garganta. Corre al baño. Levanta la tapa, se hinca y hace arcadas. Bota una mezcla blanquecina y ácida; se ahoga, escupe. Se incorpora y se mira al espejo. Está pálido; profundas ojeras verdosas se hunden bajo sus ojos rojos. Abre la llave del lavamanos. La cañería tose y burbujea, pero no sale nada. Toma el vaso en el que están los cepillos de dientes y los deja caer al lavamanos. Saca la tapa del estanque del baño y lo llena con agua, se enjuaga la boca y luego se humedece las manos y se lava la cara.

Escucha un ruido. Un golpeteo rítmico al otro lado de la pared, luego gemidos que se intensifican con la cadencia de los golpes; cachetadas, más gritos. Las manos aprietan el borde del lavamanos; los músculos de la mandíbula se tensan; los dientes rechinan. Abre el botiquín que tiene en frente y saca la vieja máquina de afeitar de su padre. Destornilla, saca la hoja afilada y la deja en el borde de la tina. Se desviste, trata de abrir las llaves del agua caliente, pero no sale nada. Entra a la tina y se recuesta. Cierra la cortina.

Se siente sin fuerzas, como si ganchos se le hubiesen enterrado en los lomos y lo tirasen hacia abajo, obligándolo a dormir, a cerrar los ojos, a retrotraerse. Inspira profundo; le duele el pecho.

Durante su escape de un Valparaíso apocalíptico, Pedro había escuchado algo similar; Claudia los había dejado a él y a Shanon frente a una tienda de motocicletas. Él se había comprometido a seguirla, pero no pudo. Fueron rescatados por Roberto, quien esa misma noche fornicó con la morena a metros de donde él intentaba dormir. En ese momento había tocado fondo, su cobardía se había

hecho patente, guardada como el magma de un volcán subterráneo que encuentra una salida y explota de forma violenta. No le hubiese importado, no hubiese significado mucho, si Shanon no hubiese sido la afroamericana de sus sueños, su amor platónico. Como todas las mujeres de las cuales estuvo enamorado, nunca se atrevió a hablarle, y cuando se dio la ocasión de interactuar con ella, su cobardía lo descalificó de inmediato. Una parte de él se derrumbó en aquel momento, dando paso a un odio a sí mismo que había estado escondido, pudriéndose, fermentando por años en su interior. Solo el recuerdo de sus padres y la esperanza de encontrarlos vivos le habían permitido canalizar esa ira, transformarla en la fuerza necesaria para seguir adelante, para sobreponerse al dolor y al miedo. Ahora que sus padres están muertos no le queda nada más que el desprecio por su propia existencia: la firme creencia, la certeza de que, a pesar de todo, sigue siendo un pusilánime. Esta verdad se materializa en un cansancio profundo, en ganas de dormir, de cerrar los párpados y los oídos, de apagar su mente.

Hunde la hoja en sus muñecas, de arriba abajo. El filo arde, se siente helado y desagradable, luego viene el alivio. La sangre fluye de sus antebrazos, tibia, roja. El sueño y el descanso lo van alcanzando de a poco; se deja llevar, cierra los ojos.

La puerta del baño se abre. Una muchacha desnuda entra y se sienta en la taza del baño. Una sustancia viscosa, espesa y tibia cae de su entrepierna. Orina, toma papel higiénico y se limpia. Se levanta. Es de contextura media, baja, de pechos pequeños y caderas anchas, pelo negro hasta debajo de los hombros, labios y nariz gruesa. Tira la cadena y se mira al espejo. En el reflejo ve una sombra tras la cortina semitransparente, la abre; sus ojos se expanden y se tapa la boca.

—¡Puran! —grita con voz aguda.

El Sij abre la puerta. Se detiene, ve a su compañero de trabajo y se detiene junto a ella. Se toca el turbante y suspira.

—¿Qué pasó? —pregunta en un español mal pronunciado. Se agacha para tocar al lívido Pedro—. *He's cold*, frío.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Dijiste que él sabía dónde estaba el campo de sus papás? Yo no sé si me acuerdo de cómo llegar.

—*Nothing*, nada, no podemos hacer nada —replica el Sij con los labios apretados.

—No podemos quedarnos en Rancagua. Me prometiste que me sacarías de aquí… Me tienes que sacar, tenemos que ir a otro lado.

—Comer, dormir, luego pensar —responde el indio. Sale del baño y se tiende en la cama.

Para el atardecer, ambos comen en silencio queso de cabra, charqui y miel.

—*Do you know how to get to Sewell*?

—Todo el mundo sabe cómo llegar al pueblo, está entre las montañas.

—*Peter told me about it*. Nosotro: tú, yo, ir.

—No creo que sea una buena idea: es un pueblo abandonado, no hay dónde conseguir comida. En el campo los patrones tenían mercadería, hay animales y podemos plantar cosas para comer.

—Yo no saber plantar.

—Tienen un cuidador. Me hice amiga suya una vez que el papá de Pedro me llevó para que hiciera el aseo y… —La jovencita se detiene de forma abrupta. Baja la mirada. Sus piernas se cierran con fuerza, posa las palmas abiertas sobre la mesa, enrojece y aprieta los labios.

—*Yes, but I don't know how to get there, Daniela. Peter did and he is dead*, muerto.

—¿Qué dijiste?

—Yo no saber llegar campo.

—Puede que me acuerde, al menos llegar hasta el desvío que hay que tomar.

—Mañana, nosotros ir mañana, *morning, at sunrise*, OK?

Daniela asiente con la cabeza, se acerca a él y le da un beso en los labios. Se levanta y comienza a revisar los anaqueles y la despensa. Reúne en bolsas y cajas todo lo que cree que les puede servir para el camino.

Puran sale por la puerta de la cocina y mira hacia la calle. No hay hambrientos deambulando. Abre el portón, encuentra las llaves de la Tucson en la chapa, la echa a andar y retrocede, metiéndola al estacionamiento. Se baja rápido, patea a un tipo con el tobillo quebrado que está a punto de entrar, empujándolo fuera, y cierra con llave.

La pareja va guardando los víveres y algunas mantas en la camioneta. El ruido alerta al no muerto, que mete el brazo entre los barrotes de acero. Para cuando terminan de cargar son tres los que se agolpan y gruñen ansiosos, olisqueando el aire.

—*Let's go to bed, tomorrow we will see them dead, again. We need to sleep*.

—Puedes ocupar la ropa interior del patrón si te quieres cambiar —responde ella.

—*What*?

—Dijiste algo de tus calzoncillos. Los *slips*.

Puran sonríe. La mira, pone ambas palmas juntas y las acerca a su oreja. Inclina entonces la cabeza a un lado y cierra los ojos. Ella ríe y asiente antes de imitar el gesto.

El Sij despierta de un sobresalto. Todavía no amanece, hace frío y una luz azul entra por los bordes de la cortina del cuarto que solía ser de su compañero de trabajo. Escucha golpes en la reja; aullidos guturales interrumpen el canto de las aves. Está desnudo junto al cuerpo tibio de Daniela, que se enrosca en el suyo. Se levanta. La muchacha bosteza, se restriega los ojos y se acomoda el pelo.

—Levanta, algo pasa. Ropa, llaves —articula el indio, colocándose los pantalones y yendo hacia la ventana. Abre la cortina y ve a una horda de hambrientos agolpándose en la reja, que se balancea.

—No podremos salir, estamos encerrados —exclama angustiada la muchacha.

—*Is there any tools in the house*? —Puran mira al techo, tratando de recordar la palabra—. Herramientas.

—Bajo la escalera, el patrón las guarda ahí.

—Ropa, *quick*, rápido —apura el Sij, para que ella se vista mientras él se calza los zapatos y baja al primer piso.

—¿Qué vas a hacer? —inquiere Daniela mientras el indio saca un martillo, una tijera de podar, un serrucho y vuelve a subir.

—*Have an idea, you maybe don't like it, but is the only way*.

Puran entra al baño y comienza a trabajar sobre el cuerpo de Pedro. Lo agarra del pelo, le acomoda el cuello sobre el borde de la tina y comienza a serruchar. Cuando se encuentra con las vértebras, golpea con el martillo hasta que la hoja se abre camino. Repite la operación con los brazos y las piernas. Vacía el tacho de la ropa

sucia y lo acomoda a un lado. Entierra las tijeras en el vientre con fuerza, pero el filo no es suficiente. Baja manchado de sangre, con pedazos de carne salpicados en la cara y la ropa.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Daniela con horror.

—*Is the only way*! —replica el Sij, corriendo escaleras arriba con un cuchillo de cocina en la mano.

Lo hunde en el vientre y luego se abre paso entre las entrañas con la tijera. El olor a cadáver es casi insoportable: el hedor acre de los intestinos se mezcla con el metálico de la sangre y el de la grasa. Coloca las tripas de Pedro en el balde y baja las escaleras, abre la puerta principal de la casa y derrama su contenido en el vestíbulo. Los zombis aúllan y gritan; estiran las manos histéricos; la reja apenas se sostiene.

—*Get in the car* —grita. Daniela llora, Puran vuelve a subir al segundo piso—, auto, entrar al auto, *now*.

La muchacha se tapa la boca y mira hacia el bar. Se acerca para tomar un trago de pisco. Junto a la botella encuentra un libro delgado, rectangular y alargado. Lo toma, se lo guarda en el bolsillo trasero del pantalón, abre la botella y se la empina antes de abrir la puerta del copiloto. Da un grito y suelta la botella: ahí está el cadáver de la jefa, la madre de Pedro, con la cara destrozada y trozos de masa encefálica hedionda en las piernas. Con las manos temblorosas, pasa por sobre ella y destraba el cinturón de seguridad, que vuelve a su lugar de un tirón, salpicándola de carne.

Agarra a la mujer del hombro y la tira al piso; se sube y se acomoda en el auto. Pone las llaves en la chapa y mira al frente. Decenas de brazos entran por entre las rejas. Los dientes amarillos golpetean en el aire; los ojos blancos miran el cielo y las llagas supuran pus. Una nube de moscas envuelve a los dementes, que empujan la reja. Se tapa los ojos para no verlos, pero los gruñidos y el olor a podrido no la dejan evadirse de la situación.

Puran sale por la puerta principal. Se detiene en el antejardín y lanza una pierna por sobre la reja. Los hambrientos se abalanzan sobre la carne fresca, dejan de empujar y se agolpan a ese costado. Lanza la otra pierna y luego los brazos un poco más allá. Cuando la mesnada de caníbales se ha replegado, abre la puerta de la reja y corre hasta la hoja corrediza para dejar salir el auto. La abre, se monta en el vehículo, cierra la puerta y gira la llave. Los cadáveres

se zambullen y pelean por las entrañas de Pedro. El vehículo relincha; las luces parpadean; el motor no enciende. El Sij se seca el sudor de la frente, manchándola con sangre. Aprieta los labios y deglute. Daniela se tapa los ojos, llora y chilla, pataleando en el asiento. La llave vuelve a girar. El auto trastabilla, las luces se encienden y se apagan. Una bocanada de humo azul sale por el escape.

El pedal del embrague se hunde; el indio pone primera, abre la puerta golpeando a un hambriento y, con una mano en el manubrio y otra en el pilar del parabrisas, empuja la camioneta hacia adelante con toda la fuerza de la que dispone. La pequeña pendiente de la vereda lo ayuda; gira la llave: las luces parpadean, el motor relincha. Otra bocanada azul. Los pistones comienzan a subir y bajar en la cámara de combustión; el auto enciende. Puran salta dentro, cierra la puerta y acelera.

# Capítulo 15.
# De vuelta al infierno

Claudia y Gabriel avanzan entre los arbustos. La noche está cerrada; el viento cordillerano es fresco y frío. Frente a ellos, colina arriba hay una construcción de formas rectangulares y paredes lisas de hormigón armado y vidrio, que contrastan con la textura de la roca viva con la que se erige la base del edificio. Las luces amarillas intensifican la calidez del ambiente de la terraza, donde una familia numerosa conversa, bebe y come sin preocupaciones.

Cual fortaleza medieval, la casa está rodeada por un murallón alto de hormigón, coronado con alambre electrificado. Más abajo hay un segundo cierre perimetral enrejado, que el Soviet corta con un napoleón mientras Claudia dirige a un grupo de hambrientos, como si fuera una manada de animales, amarrados de manos y cintura, hasta la abertura que acaban de hacer. Una vez dentro, la mujer corta la cuerda y deja a la veintena de cadáveres vivientes en libertad.

La pareja corre hacia el murallón y lo bordean hasta ubicarse al otro extremo del complejo. Desde abajo, lanzan cuerdas que se enganchan en el borde superior y comienzan a escalar. Escuchan los alaridos desgarrados de los muertos vivientes y luego disparos. No se inmutan. Llegando arriba, cortan los cables electrificados y caen silenciosos en el borde interior de la pared, desde donde pueden ver a los guardias que, agolpados en los parapetos, le disparan a la veintena de zombis que se estrellan contra el concreto.

El Soviet le hace una señal con la mano a su sobrina y abre fuego. El sonido de la ametralladora del invasor se confunde con las descargas de los defensores, que van cayendo uno por uno ejecutados por la espalda. Claudia lanza una cuerda hacia el patio

interior y se desliza veloz. Camina unos metros en la oscuridad y ve levantarse una compuerta de acero a ras de piso. Abre fuego a bocajarro matando al guardia que viene saliendo, cuyo cuerpo cae sobre sus compañeros, que en ese momento subían tras de él por la escalera vertical, con la intención de prestarle ayuda a sus colegas en el muro.

La mujer lanza un par de granadas de ruido y luego suelta una ráfaga de tiros hacia la caja de escaleras. Se lanza y cae sobre una ruma de cadáveres que amortiguan el golpe. Se queda quieta. Frente a ella hay un pasillo, iluminado por una luz mortecina que proviene de tres plafones enrejados. Al fondo hay un cuarto con la puerta cerrada, que pasado un momento se abre. Un tipo, pistola en mano, sale voceando a sus compañeros, preguntando si están bien. Cuando el hombre está a mitad de camino, Claudia abre fuego. El guardia cae con tres tiros que han atravesado el chaleco antibalas y destrozado sus órganos vitales. Se pone de pie y avanza hasta el cuarto lleno de pantallas, en las cuales puede observar a su tío caminando hacia el cuarto de vigilancia, a media docena de hombres muertos en el parapeto y a media docena más avanzando hacia ella desde la casa. En la terraza, la familia deja el vino y la conversación. Junto a dos guardias más, que permanecen con ellos, van a los cuartos a buscar a los niños y luego se dirigen al cuarto de seguridad: una especie de caja fuerte destinada a proteger a la familia del patrón, magnate del vino, que alguna vez fue el inventor y traficante de armas más buscado del mundo.

Claudia accede a la consola de seguridad. Nunca pensó que su antigua profesión pudiese significar una ventaja en su nueva vida, pero ahí está, golpeando el teclado, tomando control de los sistemas de seguridad de la fortaleza. Al ver al Soviet avanzando por el estrecho pasillo de cemento, abre la puerta y le hace señas con las manos.

Gabriel se parapeta en el recodo, asiente y activa la visión nocturna de su máscara. Apenas los guardias han avanzado un par de metros, las luces se apagan y las armas escupen plomo. El fuego de los cañones ilumina el lugar, como relámpagos en medio de una tormenta. Una granada aturdidora explota; casquillos y viruta caen como lluvia desde la ametralladora Tavor
TAR-21.

El cargador cae al suelo y es reemplazado. Los disparos ahogan los gemidos de muerte.

Luego viene el silencio.

El Soviet aprieta los dientes y gruñe. Siente una punzada en el costado derecho del abdomen y un ardor en el hombro. Las luces se encienden.

—¿Estás bien?

—Solo fue un rasguño, ¿cómo están las cosas arriba?

—Están todos en el cuarto de seguridad. Debemos apurarnos: de seguro ya llamaron al helicóptero para que los extraigan; el cuarto tiene una salida directa al helipuerto en el techo.

—Dame un minuto —dice Gabriel. Deja el fusil en el suelo, saca un bolso pequeño que cuelga de su cinturón y comienza a desprenderse del traje—. Me parcho y continuamos. Cúbreme.

—¿Te vas a meter esa mierda? —pregunta Claudia, y se queda en la puerta, hincada, apuntando hacia el pasillo.

El Soviet rumia y asiente. Toma un tarro presurizado y aprieta un extremo, aplicando, sobre las entradas y salidas de los proyectiles (en el hombro, el abdomen y la pierna) una espuma blanca que se va mezclando con la sangre, coagulándola y anestesiando las heridas. Con rapidez se vuelve a colocar el equipo. Del bolsillo del pecho toma un objeto metálico cilíndrico, parecido a un lápiz. Lo destapa y deja ver una aguja hipodérmica. Con determinación se lo clava en el cuello, buscando la carótida, y presiona el émbolo. El metal penetra la piel y el líquido comienza fluir, inhibiendo la recaptación de serotonina, norepinefrina y dopamina, desatando una alta concentración de estos neurotransmisores en su cerebro; el corazón comienza a latir más rápido, los vasos sanguíneos se contraen; las pupilas de Gabriel se dilatan y se dibuja una amplia sonrisa en su boca.

—¡Un manjar! —exclama el hombre. Guarda el contenedor en el bolsillo, recoge el arma y comienza a caminar como si nada le hubiese pasado—. Vamos, nos están esperando para la fiesta.

La pareja avanza por el pasillo y sube la escalera que lleva a la parte superior. Abren una puerta que da a la cocina, un espacio amplio e impecable con muebles de acero inoxidable que relucen en la penumbra. Hay un refrigerador de dos puertas y una cámara de frío.

—Deben de tener provisiones para varios años —murmura Claudia.

—Si piensas que lo que tenemos en Juan Fernández es ostentoso, piénsalo dos veces —responde el Soviet, abriendo una alacena; toma una botella, la destapa y echa un trago—. Este tipo era genial, es una lástima que no me contratase.

—Será porque eres un desastre.

—Pero siempre cumplo mi objetivo, y eso es lo que cuenta al final del día, sobrina. —Da un chasquido con la lengua, deja la botella aun lado y empuña el fusil—. ¿Todo listo?

—Adelante.

Entran a la enorme sala de estar. En la chimenea arden unos maderos, tiñendo de naranja el espacio. Gabriel se mueve tras un sillón de cuero de tres cuerpos hasta un cuadro enorme: «La lección de anatomía del doctor Nicolaes Tulp», una pintura del neerlandés Rembrandt. El óleo sobre lienzo, pintado en 1632, mide ciento sesenta y nueve centímetros y medio de alto y doscientos diez y seis de ancho; lo descuelga y lo patea a un lado, dejando a la vista una compuerta metálica.

—Una lástima que se pierda esta maravilla —exclama el Soviet, poniendo la mano sobre el panel de seguridad.

—Debe de ser una imitación, el original se supone que está en el Mauritshuis de La Haya.

—No, sobrina, este es el original: yo lo robé y lo reemplacé con una imitación pintada por una inteligencia artificial —replica, la puerta se abre—. Buen trabajo con la infiltración en el sistema —agrega y le vuela los sesos al guardaespaldas que lo contempla atónito abrir la inexpugnable puerta sin problemas—. Es probable que nos den otros trabajitos —dice, pero los gritos ahogan la frase. Dispara tres veces más. Un hombre y una mujer de mediana edad caen al suelo con el pecho perforado; el objetivo se hinca con un tiro en la pierna—. ¿No había otro guardia?

El impacto de una bala empuja a Claudia hacia adelante. Salta detrás del sillón y responde el fuego hasta terminar la munición del fusil. Mientras recarga, una pistola vuelve a disparar desde la cocina. El Soviet cierra la puerta del cuarto seguro.

—Dejen ir a don Carlos. —Claudia escucha la voz del joven y comienza calcular su ubicación. Sosteniendo el fusil con una mano,

dispara a través del sillón sin mirar ni apuntar. Aprovechando el fuego de cobertura, se levanta con la pistola en la otra mano. La munición del fusil se agota.

—¡Maldición! —exclama la ingeniera; grita para que la escuche el guardaespaldas, que sale de su escondite para aprovechar la oportunidad. Claudia lo acribilla con la pistola—. Idiota —bufa, da media vuelta y abre la puerta del cuarto de seguridad—. Gabriel, termina de jugar, nos tenemos que ir.

El lugar es un charco de sangre. La familia del magnate yace destrozada: los cuerpos están por todos lados; el aroma metálico de la sangre inunda sus fosas nasales.

En un rincón, el objetivo.

Un hombre maduro y canoso está sentado en el piso, la cabeza ladeada. Con las manos presiona una herida en el abdomen, aprieta la mandíbula y tiene los ojos desorbitados y cristalinos, en una mezcla de ira y tristeza, fijos en el Soviet, que tiene los pantalones abajo. Una niña menuda forcejea semidesnuda, gritando desesperada bajo la mole de músculo que la sostiene del cabello y le abre las piernas.

—Buena yegua tu nieta, Carlitos. Me gusta cuando luchan, así da gusto domarlas. Después de matarte me la voy a llevar como indemnización por el trabajo que nunca me pagaste.

Claudia toma aire y aguanta la respiración. Sopesa el escenario por un segundo y, en contra de su raciocinio, guiada por un sentimiento de asco en la boca del estómago, dispara.

Los gritos de la muchacha se tornan un llanto ahogado. Lágrimas corren por las mejillas del magnate. Los sesos de Gabriel decoran la pared. Aún con el miembro erecto y los pantalones abajo, el cuerpo despatarrado aplasta a la adolescente.

—Hijo de puta —murmura Claudia. Enfunda el arma, se saca el casco y la máscara.

Se dirige a la chiquilla y la arrastra junto a su abuelo. Extrae el botiquín y aplica la espuma coagulante en las heridas del viejo.

—¿Qué pasó, no venías con él? —inquiere el hombre, sintiendo alivio pero consciente de que sus heridas internas lo llevarán a la muerte en unas pocas horas.

—¿Por qué quieren matarlo?

—Porque soy Carlos Cardoen.

—¿Quieres salvar a tu nieta?

—Dime quién te mandó.

—Recuerdas el cuadro que tenías ahí afuera. Ese pedófilo —Claudia apunta al cuerpo de su tío— lo robó para ti hace un tiempo. Sus empleadores lo enviaron: un tipo que se hace llamar J, dice que trabajan para una compañía.

—La infame Compañía. Estás metida hasta el cuello en mierda, chiquilla.

—¿No has visto las noticias? El mundo entero se fue a la mierda. Habla. Si me cuentas una buena historia, en una de esas los saco de aquí vivos.

—Tenemos que irnos. Te puedo compensar bien por salvarnos.

—Podría terminar el trabajo e irme al punto de extracción en dos minutos.

—La Compañía es un grupo de locos que adoran a los Primigenios: dicen que tienen tratos con los Profundos y que llevan planificando el apocalipsis por años. Fueron responsables de la peste negra, la gripe española, el SARS y la H1N1. Trabajan con gente influyente. Hace poco lograron una alianza con varios otros grupos que tienen ideas similares, uno de los cuales intentó liberar el virus zombi en Chernóbil. Esta vez lo modificaron y lo lanzaron al mundo: la humanidad es el sacrificio que, según ellos, necesitan para despertar a estos dioses monstruos, seres colosales que están encerrados en las profundidades del mar.

—Dije una buena historia, no un cuento de terror. Ve al grano, hombre.

—Yo les vendía armamento. Me enteré de sus planes y comencé a diseñar un arma para que este país pudiese mantener su independencia. Mi equipo es el único obstáculo real en sus planes. Pero a las familias que controlan Chile les importa un huevo este país. Llevan esquilmándolo por generaciones. Le vendieron el salitre a los ingleses, el cobre a los gringos, la Patagonia a los judíos y el litio a los chinos…

—¿Qué hay de los zombis?

—Son solo la primera etapa. La enfermedad tiene un marcador genético de obsolescencia programada. Luego de tres o cuatro años, los muertos van a decaer y dejar de funcionar. Calcularon que en tres años la humanidad quedaría diezmada, lista para la limpieza

final. En ese momento se va a desplegar el segundo paso. Los perros de las élites van a salir de sus guaridas, van a terminar con lo que quede de civilización y van a instaurar el Nuevo Orden Mundial.

—Los ricos necesitan a la masa: la pobreza es necesaria para sostener a los países ricos.

—El desarrollo del *Big Data*, el *Deep Learning* y los procesadores cuánticos le han permitido a los científicos desarrollar inteligencias artificiales y robots que hacen obsoleta la necesidad del resto de la humanidad para vivir en perpetua opulencia. Solo necesitas modificar algunas moléculas y una impresora 3D para obtener a bajo costo, y sin necesidad de producción a gran escala y por tanto de consumo masivo, cualquier objeto, incluso comida. Ya no necesitan a los pobres o a los países tercermundistas para sostener su posición. Por eso atacaron antes de que comenzaran las revueltas y la gente se hubiere organizado para tomar el control de los medios de producción. Tenían que aplastarlos mientras dependían de ellos, mientras eran aún borregos vulnerables. Ahora solo tienen que terminar el trabajo para convertir al mundo entero en su antejardín.

—¿Y qué pintan los Primigenios y los Profundos en ese plan?

—Según la facción más esotérica, los Profundos les prometieron el secreto de la vida eterna. Si tienes todo el dinero y el poder del mundo, lo único que te falta es vivir para siempre, de esa manera se convertirían en dioses. Hay varios que no creen que los Primigenios siquiera existan, pero son pragmáticos y la alianza les conviene.

—¿Por qué no te sumaste a ellos?

—Hice zumbar a los gringos en el negocio de la venta de armas todas las veces que pude, y no me lo perdonaron: hasta hace poco me querían extraditar y meter en la cárcel.

—Supongo que hay chilenos metidos en el cuento.

—Hay un grupo escondido en Pascualama y otro en la mina del Indio, pero no van a salir hasta dentro de cuatro años.

—¿Cuál es el arma que desarrollaste que los pone tan nerviosos?

—¿Por qué mataste al Soviet? ¿Por qué te estás dando vuelta la chaqueta?

—El cerdo ese es mi tío; lo que quería hacerle a tu nieta me lo hizo a mí a su edad. Fue a la cárcel un par de años por eso, mi papá lo denunció y él los dejó morir en Valparaíso… Sospecho que los

mató; siempre fue rencoroso el puerco ese. —Claudia suspira y frunce el ceño antes de continuar—. Yo estaba en Valparaíso cuando se desató el Evento Z. Gabriel me encontró y me llevó a Juan Fernández. No hubiera sobrevivido de otra manera, pero tampoco era gratis, con este trabajo me ganaba mi lugar.

—Dicen que nada es gratis en la vida, que hay que saber negociar: tú aceptaste matar a mi familia entera para asegurar tu seguridad.

—No tuve alternativa, vejete. Se supone que venía a matar a un traficante de armas, no a gente inocente.

—No avergüenzo de ser quien soy.

—¿Tienes un plan de escape? Deberíamos irnos. Buscar ayuda para ti.

—Solo me quedan unas horas. No hay forma de que sobreviva, mis intestinos están destruidos. Llamé al helicóptero, debería estar aquí en dos horas.

—¿Cómo sabes eso?

—Si leíste mi expediente sabes que soy piloto de la FACH, tengo entrenamiento militar; sé que estoy jodido.

—Prometo cuidar a tu nieta —dice Claudia y mira a la niña—. ¿Cómo te llamas?

—Montserrat —responde la chiquilla, que está en cuclillas llorando, con la ropa hecha jirones.

—Mi nombre es Claudia. Siento mucho lo que le pasó a tu familia. Todo el mundo la está pasando mal. Tenemos que movernos, es posible que la Compañía mande más gente a matar a tu abuelo.

—Monse, cámbiate de ropa; el helicóptero ya viene. Claudia te va a cuidar ahora —agrega el anciano con esfuerzo. Siente cómo se le acaban las fuerzas.

La chiquilla se levanta y sale del cuarto de seguridad.

—Tienes que ponerte de pie, nos tienes que guiar.

—Dame tu mano —Cardoen saca un teléfono de su chaqueta—. Leí tu archivo, no estás registrada entre los agentes de la Compañía. Espero poder confiar en ti. No tengo otra opción. Te voy a dar acceso al hangar, tienes que tomar un tren subterráneo que te va a llevar bajo el desierto —el teléfono escanea el rostro de Claudia—. Habla con mi gente, diles que el plan

tiene luz verde; el teléfono va a guiarte. Vas a tener que buscar pilotos. Y vas a cargar con el destino de este país.

—No puedes morir como un perro. Déjame hacer una llamada —Claudia saca de uno de sus bolsillos una radio portátil—. Samir, aquí Claudia, cambio.

—*Samir here, are you in place*?

—El objetivo está asegurado, misión cumplida, pero el Soviet está mal herido. Necesito que nos recojas en el punto caliente. ¿En cuánto tiempo llegas?

—*I have the coordinates, I'll be there in ten*.

—Copiado, te esperaremos en el helipuerto, en la azotea, cambio y fuera —Claudia apaga la radio y mira al anciano—. Leí tu archivo; sé que fuiste piloto. Te voy a dar algo que te va a poner en pie. Necesito que nos lleves al tren subterráneo: es la única forma en que vas a tener una oportunidad de sobrevivir. Supongo que en tus instalaciones hay un centro médico. ¿Crees que puedes hacerlo? —Claudia se acerca al cadáver de Gabriel y registra sus bolsillos hasta encontrar el cilindro metálico.

—¿Qué es eso? —inquiere Cardoen, sudando y sintiendo las garras de la muerte.

Claudia no contesta, destapa el cilindro y le inyecta la última dosis al anciano.

# Capítulo 16.
# Los abandonados

La llave de níquel entra en la cerradura y gira dos veces en contra del sentido de las manecillas del reloj. Diego y Millaray entran y cierran la puerta con pestillo y colocan la cadena de seguridad. El departamento es pequeño, consiste en una cocina americana y un *living* comedor en el cual apenas caben los desgastados sillones de tela café, sobre los cuales hay un par de toallas arrugadas, manchadas y húmedas; en la pared norte hay colgado un televisor plano de treinta y dos pulgadas, y se cuenta con un baño cuyo techo está negro de hongos hasta las paredes, que están cubiertas con papel vinílico cuyo diseño semeja baldosas amarillas con diseños florales; asimismo, hay una pieza matrimonial con dos veladores y un catre de madera sobre el cual hay un colchón de dos plazas cubierto con un plumón azul, y un cuarto más pequeño con un camarote de fierro con la pintura celeste claro saltada, las camas deshechas y ropa, vasos y platos sucios desperdigados por el piso. Diego recoge las toallas y las lleva al baño, luego entra al cuarto de los camarotes y esconde el desorden bajo la cama.

—¿Quieres un té? —pregunta. Millaray mira por la ventana de la sala de estar. El cielo se ve ocre por el humo y las pavesas flotan como hojas en otoño. La luz se torna penumbra con rapidez, si bien no deben ser más de las cinco de la tarde.

—Creo que deberíamos limpiarnos primero —replica ella tiritando, toda manchada de sangre—. ¿Tienes algo de ropa limpia que me puedas prestar?

—Entra al baño, dúchate; yo voy a buscar algo que te sirva.

El extractor del baño comienza a zumbar y el agua a correr.

Diego, calculando la talla de la esbelta colegiala, selecciona prendas que su madre nunca se llevó, otras de su hermano pequeño y otras suyas. Con cuidado, las deja en la puerta y se va.

Millaray sale del baño vestida con unos pantalones de mezclilla celestes, calzando sus bototos y calcetines del hermano menor de su anfitrión. La ropa interior es de la madre del mismo. Lleva una camiseta roja y un polerón con cierre y capucha de color celeste, que le queda grande. Viene secándose el pelo con una toalla que en algún momento fue amarilla. Sobre la mesa americana borbotea el hervidor eléctrico y dos tazas con bolsitas de té Samba en ellas esperan ser servidas.

Apenas Diego ve salir a su compañera de viaje, toma una de las toallas que estaban sobre los sillones, entra al baño, cierra la puerta tras de sí, se desnuda y se mete bajo el chorro de agua caliente.

Recién se percata de lo cansado que está. Desea quedarse ahí para siempre, olvidar lo que ha visto y oído, despertar en la mañana y saber que debe ir al colegio, ponerse el uniforme, la camisa, la corbata, lustrar los zapatos, tomar un bus y sentarse a escuchar a sus profesores hasta que se haga tarde. La espuma corre por su rostro y espalda mientras recuerda que hace un par de días su mayor problema era el «gordo Alcaíno» y su insistencia en molestarlo diciéndole que su mamá era una puta. Hacía tiempo que el hijo de chofer de micro lo venía acosando. El gordo había sido uno de los primeros en acercarse a él para hacer un trabajo de historia. Recordaba bien los apretados pantalones de mezclilla burdeo que llevaba puestos, lo cual acentuaba la apariencia de paté de jamón que su obeso compañero lucía con desparpajo fuera de clases. Se encontraron en el departamento de Diego, hicieron la tarea y luego conversaron. Diego no tenía amigos en el liceo; se había cambiado recién de la escuela al liceo, así que, decidido a compartir con sus nuevos compañeros de clase, se confió y le contó su historia. Luego se juntaron con otros compañeros en la biblioteca, donde el gordo lo molestó por el supuesto mal aliento que traía. Después de eso las burlas fueron continuas, ya no solo eran de parte del «Benjamón Alcalino», sino también del «Repete Bravo», más conocido como el «Garganta de lata»; el «Ladrón Arriaza», quien por cierto jamás le devolvió un vinilo de los *Gun's and Roses*, razón por la cual Diego se ganó una zurra de su padre;

el «Cabezón Cáceres», también conocido como el «Gato Juanito», y el «Payaso Fonseca», quien se jactaba de masturbarse pensando en los pechos de su propia madre.

Hacía tiempo que lo más álgido de esa enemistad se había enfriado, pero aquel grupo seguía escarneciéndolo en cada oportunidad. En ese momento aquellos problemas eran un juego de niños en comparación con las interminables cuadras que cubrió junto a Millaray desde la Moneda hasta su hogar.

Al darse cuenta de que la muchedumbre se estaba convirtiendo en una horda de zombis, Diego y Millaray giraron a la derecha. Por fortuna pudieron pasar entre la muchedumbre y entrar por la calle Valentín Letelier, para luego doblar y salir hacia el poniente, por calle Moneda, y avanzar a matacaballo hasta el edificio Alameda. El hedor de los muertos, los gritos desgarradores, las tripas y la sangre aún le revuelven el estómago. Diego siente el aroma de la muerte pegado en el fondo de su nariz, el cual, por más que se frota el cuerpo con la barra de jabón, no desaparece.

El adolescente regresa a la sala de estar en pantuflas, vestido con un pantalón deportivo y una camiseta blanca ancha. Millaray tiene los ojos enrojecidos. Está sentada en el sillón, absorta en la televisión. Los canales no dejan de dar noticias catastróficas: Valparaíso ha sido bombardeado en un intento por contener la plaga; las autoridades han declarado estado de emergencia y toque de queda; el Palacio de la Moneda ha sido invadido por manifestantes y nadie sabe si las autoridades han sobrevivido. Los militares han tomado el control del estado para restablecer el orden público. Se ordena a los ciudadanos permanecer en sus hogares hasta nuevo aviso: todo aquel que sea sorprendido en la calle después de la puesta del sol será fusilado sin que antes se hagan preguntas.

—Ya no muestran imágenes frescas —dice Millaray con tono monocorde—. Solo están repitiendo lo mismo una y otra vez —el hervidor eléctrico salta. Diego vierte el agua caliente en las tazas. Se sienta al lado de la muchacha. Esta recibe un jarro humeante con una flexografía de «La Rubia», uno de los personajes de la saga de libros más vendida en Chile en los últimos tiempos, que incluso posee una serie de televisión producida por Netflix.

Apoya la cabeza en el hombro de su acompañante.

—¿Qué vamos a hacer?

—No lo sé, Milla —contesta él con un susurro y con la mano libre le rodea los hombros—. Esperar, supongo.

—¿A que vengan los milicos y nos maten a todos?

—No digas eso —contesta el joven casi con un susurro, acercando su frente a la de la escolar.

—A mi abuelo seguro lo matan ahora. —Millaray levanta la barbilla y los rostros de los adolescentes quedan frente a frente, tan pegados que pueden sentir la tibieza de su piel—. Tengo miedo, Diego —agrega ella y deja los aframbuesados labios entreabiertos. Sus ojos se llenan de lágrimas que no se deciden a caer.

—No creo que llegue a tanto; estoy seguro de que todo va a volver a la normalidad en un par de días —replica el joven, acariciando con sutileza la mejilla de su interlocutora con el dorso de la mano—. ¿Tienes tu celular?

—Sí, pero está sin batería. —Ella se acerca un poco más; la punta de sus narices se rozan.

—Veamos si mi cargador le sirve al tuyo. Seguro que debes tener unas cien llamadas perdidas de tu pololo. —Diego se acerca otro poco; los labios de ambos se rozan al hablar.

—Desde ayer que ya no tengo pololo —Millaray presiona los labios contra la boca de Diego y saca la lengua, pero este retrocede con un respingo. Millaray frunce el ceño, hace una pausa y da una profunda inspiración antes de rematar—. Igual no creo que tengas cargador para iPhone XIsK, Diego.

—Tienes razón, el mío es un ZTE —responde el joven moreno, volviendo a sentarse enfrentado al televisor. Levanta una ceja y sopla su té antes de agregar—: ¿Crees que Ignacio y Matías van a llegar?

—La verdad no me interesan esos dos, seguro son los más contentos con este nuevo golpe militar. Podría apostar a que los gringos esparcieron la plaga que vuelve loca a la gente para darles a los milicos la excusa para eliminar a los que piensan diferente. O a todos los que luchan por una vida digna, una vida que no se parezca a la de una pulpería. No me extraña que hayan soltado a los zombis justo en la marcha No Más AFP. La mayoría de las aseguradoras de fondos de pensiones han sido compradas por aseguradoras de capitales estadounidenses, y te aseguro que los gringos prefieren

matar a un país completo que devolver la plata que nos están robando de manera «legal».

—¿Todo tiene una interpretación política para ti, Millaray?

—Aristóteles decía que el hombre es un animal político. Por ende todo lo que hacemos es político.

—¿Por qué te preocupa tanto tu abuelo?

—Félix estudió arquitectura en la Universidad de Valparaíso. Fue compañero de Los Jaivas. También fue al primero que se le ocurrió el diseño escalonado de los edificios típicos de Reñaca, y recién estaba en tercer año. Fue durante ese tiempo que se fue exiliado a Suecia. Trabajó en un frigorífico, recogiendo basura, limpiando calles. Pero sacó su título en Suecia. Apenas pudo, retornó a Chile con mi mamá de doce años. Siempre fue militante del Partido Comunista; es lógico que si los milicos vuelven al poder, al primero que busquen, torturen y maten sea a mi abuelo.

—Ya no estamos en la guerra fría, y los zombis no son los rusos.

—No entiendo cómo mantienes la calma, ¿es que acaso no hay nadie que te preocupe?

—A mí me preocupa Ignacio.

—¿Tan amigos son? —pregunta Millaray, levantando la barbilla y tapándose el rostro con la taza de té, que empina para dar un largo trago.

—Nos conocemos desde hace mucho tiempo. Yo sé que piensas mal de él, pero en más de una ocasión me defendió de los compañeros de equitación que trataban de molestarme porque yo vivía en estos edificios, por mi escuela o por mi hermano. Una vez, yo estaba llevando mi caballo al establo para desensillarlo y limpiarlo después de clases; un tipo rubio lleno de espinillas y un par de amigos suyos, comenzaron a lanzarme estiércol y a burlarse de que yo fuese hijo de camionero. Ignacio entró en las caballerizas y sin decir una palabra comenzó a golpearlos hasta que sus nudillos sangraron. Nunca había visto a alguien tan encolerizado. Si no hubiese sido porque el papá de Ignacio había sido compañero de colegio del oficial instructor de equitación, lo habrían expulsado de inmediato. Desde ese día me dejaron tranquilo, Ignacio anduvo con un ojo morado por una semana y yo adquirí una deuda con él. No sé si lo puedes entender.

—Me hubiese gustado tener amigos así —suspira Millaray—. Yo

siempre he tenido que defenderme sola. Mi papá dejó a mi mamá cuando yo aún no nacía. Se fue a hacer un doctorado en economía en la Universidad de Boston. He hablado con él por *Skype* un par de veces. Vive en Gringolandia, me manda algo de dinero en navidad y para mi cumpleaños. Solo lo he visto en persona una vez en la vida: vino a visitar a sus padres el año pasado y aprovechó para conocerme, yo ya tenía diez y seis años. ¿Lo puedes creer? Cuando la tarea estaba hecha. Me llevó a un centro comercial y me regaló toneladas de ropa, como si se pudiese comprar el vacío de toda una vida con unas pilchas importadas desde China. No estuvo mucho tiempo, volvió a los pocos días a Estados Unidos, donde tiene a una gringa con la cual formó una familia. Dijo que seguro nos veríamos en unos meses. No ha vuelto a llamar desde entonces. Pero de verdad creo que es mejor así. Mi mamá, por otro lado, estaba estudiando arquitectura cuando quedó embarazada. Luego de que nací me dejó a cargo de mis abuelos, sus papás, Félix y Mónica. Viví con mi mamá hasta los cuatro años, hasta que ella se tituló y se fue a España a hacer un postgrado en la Universidad Politécnica de Cataluña; ahí conoció a un alemán, Jurgen. Se casaron y se fueron a Rothenburgo, en Baviera, Alemania. La ciudad que inspiró la película Pinocho de Disney. Jurgen es informático o algo así, trabaja en una universidad Suiza, desarrollando algoritmos para redes neuronales artificiales. Mi mamá, enamorada de la arquitectura romántica alemana y del rosado Jurgen, decidió quedarse con él y darle muchos hijos rubios. Con ella sí que no hablo, no la soporto.

—¿No has ido a visitarlos?

—No quiero saber nada de ellos. Mis papás me abandonaron, me rechazaron como a un estorbo para construir sus hermosas y perfectas carreras y después sus hermosas y perfectas familias y sus hermosas y perfectas vidas. No me interesa andar mendigando cariño, no soy esa clase de persona: prefiero vivir sabiendo y aceptando que mis viejos no me quieren y punto.

—A veces los adultos son infantiles y caprichosos —agrega Diego, volviendo a acariciar con suavidad la espalda de Millaray, con la vista fija en el fondo de su taza de té.

—No todos son iguales, pero supongo que a nosotros dos nos tocó una mala partida de padres. Ojalá tuviesen garantía y se

pudieran devolver —Millaray levanta la mirada y los dos jóvenes se miran a los ojos—. Creo que tú y yo tenemos mucho en común; creo que nosotros somos especiales —la escolar vuelve a acercar su rostro al de Diego—. Los dos estamos estropeados, somos como vasos rotos que a pesar de todo han aprendido a contenerse a sí mismos —ambos dejan las tazas vacías en la mesa de centro.

—Milla, yo no…

—No necesitas decir nada, Diego —susurra la muchacha y acerca el rostro al de este, quien gira la cabeza evitando el ósculo.

—Yo soy…

En ese momento alguien golpea la puerta con fuerza tres veces.

—¡Diego, abre la puerta!… ¡Soy yo, Ignacio!

# Capítulo 17.
# El secreto de Puran

La Hyundai Tucson avanza a buena velocidad por la carretera en dirección al sur.

Las manos morenas de Puran se aferran al volante. Daniela duerme en el asiento del copiloto. La cordillera de los Andes se impone a su izquierda; los primeros rayos del sol despuntan desde los picos nevados, iluminando las nubes que bornean por sobre ella. Una ligera neblina cubre los campos que se extienden hasta el horizonte. El Sij mira los testigos del tablero por entre el manubrio: la luz del combustible parpadea, le quedan unos sesenta kilómetros de autonomía.

Pasada una curva amplia entra en una recta. Más allá hay una bomba de bencina. Aguza la mirada y luego levanta una ceja; aprieta los labios y baja la velocidad. Cerca de las máquinas expendedoras de petróleo hay un enorme helicóptero. Entra al recinto, ubica la camioneta cerca de los surtidores para los vehículos pequeños y despierta a su acompañante.

—*Daniela, hey, wake up! I need your help, we need to add fuel to the car. Do you have the pistol? The gun*?

—¿La pistola? —responde la muchacha con un bostezo—. Está en la mochila. —Escarba en el bolso y se la pasa al indio.

—*Thanks, stay in the car, stay in here* —Puran gesticula para hacerse entender. Ella asiente.

Puran se agacha y tira de una palanca. La tapa que cubre el tapón del estanque de combustible se abre. Acomoda el arma en su cinto y se baja. Inserta la manguera en el agujero para cargar combustible y aprieta el gatillo, pero no sale nada. Mira el panel de

la máquina: los números están encendidos. Un motor resuena a la distancia: deduce que es el equipo electrógeno de emergencia que el piloto del helicóptero debe de haber encendido para poder llenar el estanque de la aeronave. Más allá ve el cadáver de un bombero. Se acerca, revisa sus bolsillos y encuentra una tarjeta. La desliza, aprieta unos botones y el carburante fluye, llenando el aire con el incisivo olor de la bencina.

Mientras espera observa a un tipo de overol, quien, con un fusil colgado al cuello, llena varios bidones de plástico con petróleo y luego lanza unas pastillas dentro de los contenedores, para luego alzarlos y cargar el depósito de la aeronave. Ambos se miran en silencio.

La manguera da un salto y la carga se detiene. Puran toma la pistola expendedora y vuelve a apretar el aceitoso gatillo, hasta que el líquido azulino rebalsa. El moreno suspira aliviado, coloca la manguera en su lugar, se monta en el vehículo, coloca la llave en la chapa y gira; el motor carraspea y enciende, él hunde el pie en el acelerador. La Tucson avanza un par de metros y se detiene tosiendo, relinchando como un caballo ahogado. Daniela lo mira con los ojos muy abiertos, las manos le tiritan. El indio se agacha y tira otra palanca. El seguro del cubremotor suena; Puran se baja y lo abre. Todo parece estar bien bajo la capota. Se rasca la frente y el turbante. Mira hacia el helicóptero y el tipo de overol se ríe.

—Sij? —grita el piloto con acento árabe, apuntando su cabeza y luego la de Puran.

—*Yes* —responde Puran a voz en cuello.

—Clan?

—Nihang.

—*A crocodile… I studied Gatka a few months with Siri Kartar, back in Italy*. (Un cocodrilo… Estudié Gatka unos meses con Siri Kartar, en italia).

—*My master was guru Baba Nanak, back in the Golden Temple*. (Mi maestro fue el gurú Baba Nanak, en el Templo Dorado).

—*You just fuck it up*. (La cagaste). —El piloto sonríe al cambiar de tema—. *That car uses diesel fuel, and you just put gas on it*. (Ese auto usa petróleo y le acabas de poner bencina).

Puran rodea el auto y nota una pegatina roja el lado del tapón

del estanque que dice: «Petróleo».

—*Damn! Is there anything I can do about it*? (¡Mierda!, ¿hay algo que pueda hacer al respecto?).

—*You'll need another ride, and soon, trust me, this machine makes a lot of noise, you will have an horde of biters all over the place*. (Vas a necesitar otro auto, y pronto, el helicóptero es ruidoso, el lugar se va a llenar de mordedores cuando despegue).

—*Have you seen a car nearby*? (¿Has visto algún auto cerca?).

—*I couple of kilometers to the south, but from the air, distances look a lot less than they really are*. (Unos cuantos kilómetros hacia el sur, pero desde el aire las distancias se ven menores de lo que son).

—*Were are you from*? (¿De dónde eres?).

—*Saudi Arabia*.

—*What are you doing here*? (¿Qué haces aquí?).

—*Working. What are you doing here*? (Trabajando, ¿qué haces tú aquí?).

—*Trying to survive. Could you give us a lift*? (Tratando de sobrevivir. ¿Podrías darnos un aventón?).

—*Of course not*. (Por supuesto que no). —El árabe ríe y levanta los hombros. La conversación, ininteligible para Daniela, la hace bajarse del auto—. *Although, thinking again, I may be able to take one passenger*. (Pensándolo bien, podría llevar a un pasajero).

—*I say, stay in the car Daniela*, tú *inside*, adentro del auto — dice Puran con un murmullo sin dejar de mirar al saudí, que está a unos diez metros. Lleva la mano a la pistola. El árabe acaricia el fusil.

—¿Qué dijo? ¿No entiendo nada? ¿Podemos irnos? Nos falta súper poco para llegar.

—*She does not understand a word, what a shame. Girlfriend*? (La chica no entiende una palabra, qué pena. ¿Tu novia?).

—*Just meet her a few days ago*. (La conocí hace apenas un par de días).

—*Would you mind if I… you know…* (Te importaría si… tú sabes…).

—*She is not a whore, we just need a lift*. (No es una prostituta, solo necesitamos un aventón).

—*She would be a doll, able to be used once*. (Se convertiría en una muñeca que solo puede ser usada una vez).

—*We can walk, no worries*. (Podemos caminar, no te preocupes) —contesta Puran con el ceño fruncido, saca el arma y pasa bala.

—*Easy, boy*. (Tranquilo) —replica el piloto—. *I knew a Sij friend during a job in Canada alright. Back in India he committed to marry a girl, you know how it is, the father of this girl give him money and a car, a good damn dowry. He sold the car, took the money and traveled to America to start a new life… you would not know nothing about it right*. (Conocí a un Sij durante un trabajo en Canadá, en India se había comprometido para casarse con una chica, un matrimonio arreglado, el padre de la muchacha le dio a mi amigo una generosa dote y un buen auto, mi amigo vendió el auto, tomó el dinero y viajó a América para comenzar una nueva vida… Tú no eres de esos Sij, me imagino).

—*What do you want*? (¿Qué quieres?) —interrumpe el Sij con el rostro congestionado.

—*You can go to the store and eat something for twenty minutes*. (Podrías ir a la tienda por unos minutos, comer algo). —El saudí sonríe y se relame—. *You can grab a snack to eat while we fly. And, as you are trained, I could forgot about my story and offer you a job in a safe place*
*friend's*
. (Me traes algo para comer durante el viaje también. Yo, a cambio, me puedo olvidar de la historia de mi amigo el Sij y ofrecerte un trabajo en un lugar seguro).

Los hombres se miran a los ojos con intensidad. Puran aprieta las mandíbulas. Luego de un largo silencio, asiente.

—*Looks like I am hungry after all*. (Parece que tenía hambre después de todo).

—¿Qué es lo que hablan? —pregunta la muchacha nerviosa. Sus ojos se abren al ver al hombre de overol caminar hacia ellos. Coloca medio cuerpo detrás de Puran y hunde los dedos en el antebrazo del indio.

—*I like Snickers* —dice el piloto a medio metro de Puran, con la mano estirada y una sonrisa lobuna. Daniela da un paso atrás.

Puran se mueve a un lado. Samir salta sobre la muchacha y la atrapa con el peso del cuerpo contra la Tucson; ella grita y patalea. El Sij da media vuelta y camina apurado, sin mirar atrás, en dirección a la tienda. Escucha el forcejeo, los alaridos; luego los golpes, la ropa rasgándose, el llanto haciendo eco en la desolación del paisaje.

Las puertas se abren de forma automática. El lugar es un desastre: góndolas y productos están tirados por todos lados, dos o tres cadáveres yacen en el suelo con la cabeza reventada y los charcos de sangre se han secado sobre las baldosas. Se mueve tras la barra y manipula la máquina de café. Se prepara un espresso mientras bebe de una botella de agua y mastica un muffin añejo. Tras las mesas, a través del amplio ventanal ve los pálidos glúteos de Samir contraerse cuando empuja las caderas hacia adelante. Distingue el negro cabello de Daniela entre los gruesos dedos del hombre, que lo tironea obligándola a encorvar la columna. Saca la pistola del pantalón y la coloca sobre el mostrador. Se pasa una mano por el rostro, toma otro poco más de agua y extrae el cargador del arma: está vacío. Vuelve a mirar la escena; nota una protuberancia en su pantalón. Se desabrocha el botón, baja el cierre y comienza a masturbarse. Eyacula sobre unos paquetes de pan de hamburguesa.

Coloca una mano sobre el mostrador. Observa el pequeño miembro flácido y arrugado en la palma de su mano y llora. Las saladas lágrimas se mezclan con el semen que le embadurna las falanges. Levanta las manos y comienza a remover el turbante azul de su cabeza, con calma, con los mocos colgando. Deja la tela en el mesón, al lado de la pistola, y toma una tijera que encuentra junto a los paquetes de granos de café. Con la otra mano se agarra el pelo, que le llega hasta más abajo de la cintura, y comienza a cortarlo.

Deja la taza de café vacía en una de las mesas y mete unos emparedados en una bolsa. Sale de la tienda y camina hacia la camioneta. Samir se coloca el mono y respira agitado. Perlas de sudor brillan en la calva incipiente y en la amplia frente. Sonríe satisfecho.

—*New look*?

—*The hair was too heavy*. (El pelo me pesaba).

—*Want some*? —pregunta el árabe, apuntando al maltrecho

cuerpo de Daniela, despatarrado y lacio, apoyado en el capot de la Hyundai; una mezcla de sangre y excremento corre por los muslos de muchacha—. *Wait, someone is calling*. (Alguien llama). —La conversación no dura más de un minuto—. *I have the coordinates, be there in ten*
*I'll*
. (Tengo las coordenadas, estaré ahí en diez) —concluye el saudí y hace una pausa—. *We got to go, if you want my recommendation, be merciful with the girl, she was good enough to win a bullet in her head*. (Tenemos que irnos, sé misericordioso con la chiquilla, se ganó una bala en la cabeza).

—*I have no bullets*. (No me queda munición).

Samir hace a un lado el fusil, desenfunda la pistola que lleva en el muslo, saca el cargador, extrae una bala y se la lanza a Puran, que la recibe en la palma.

Un disparo resuena en la bomba de bencina.

Los rotores comienzan a girar.

La aeronave se eleva. Puran y Samir, masticando golosinas, vuelan en silencio hacia la cordillera, bordeando el Tinguririca.

# Capítulo 18. Casablanca

Un viento tibio y grueso corre desde el norte, trayendo negras nubes que parecen motas de algodón cuyos bordes se recortan con la luz anaranjada del atardecer. Los cascos rompen el silencio al golpetear el cemento en la subida. Al llegar al borde de la colina, desde el cual se aprecia el valle de Casablanca, el piquete toma un camino lateral. El galope se vuelve suave; los caballos avanzan por un camino de tierra blanda que culebrea por el borde de un viñedo pegado a la falda del cerro.

La noche ha caído. Tras dos barricadas con algunos caminantes ensartados, un par de altas puertas de madera, adosadas a gruesos muros de adobe, se abren y dejan pasar a los jinetes, que son saludados desde las almenas. La compañía entra a una plaza cuadrada y rodeada de altos edificios construidos con materiales variopintos, iluminada por un par de faroles de aceite que cuelgan de las estructuras más altas. En las esquinas de la plaza, Weipin nota cuatro grandes estatuas que parecen guerreros en armadura de casi tres metros de altura. La luz apenas se refleja en el material del que están construidos.

—Matías, conmigo. El resto al establo; nos vemos durante el rancho —comanda el líder del grupo con tono militar. Los hombres se despiden.

Los jinetes avanzan por una calle de tierra y se detienen frente a un salón amplio construido en madera. Desmontan, amarran los caballos frente al abrevadero y entran al recinto, en medio del cual hay un bracero largo y rectangular, sobre el que gira un cerdo entero que es, cada cierto tiempo, sazonado por un hombre moreno y huesudo. Weipin camina con la cabeza gacha en medio de los dos

jóvenes que lo escoltan. Hay varias personas bebiendo de jarras de madera o vasos hechos a partir de cuernos bovinos. Algunos cucharean charquicán o sopa de cebolla. La mayoría viste ropas de cuero o lana, o una combinación de ambos; calzan zapatos, bototos modernos o botas altas de cuero.

—Ignacio, sabes que debes dejar las armas afuera del comedor —increpa el enjuto Joaquín Aguilar, limpiándose las manos en el grasiento delantal.

—¿Está la Patrona? —pregunta Ignacio, chasqueando la lengua —. Encontramos algo que le puede interesar.

—Vuelve en tres días: fue a buscar repuestos para los Pillanes.

—¿Puedes pedirle a alguien que lleve nuestros caballos al establo? —El cocinero asiente y con un gesto de la cabeza le indica que se retire—. Volvemos en un rato —termina Ignacio y da media vuelta.

—¿No tienen electricidad? —pregunta Weipin. Mientras caminan, gotas gruesas comienzan a caer desde el cielo oscuro.

—Es un recurso escaso, la ocupamos para el hospital y los laboratorios.

—Ni hablar de una PS4.

—Olvídalo —interviene Matías—: hace dos años que no toco un mando, es lo que más echo de menos; los antibióticos y las vacunas son más importantes ahora.

—¿Eras *gamer* también? —inquiere Ignacio.

—Tenía varias consolas en el búnker donde estábamos; jugar era lo único que hacía.

Los tres muchachos entran a una estructura de piedra que se hunde en el piso, bajan las escaleras y abren una puerta de madera, luego caminan por un pasillo y entran a un camerino. Ignacio y Matías comienzan a deshacerse de su equipo, guardándolo en casilleros. Weipin los imita. Dejan la ropa doblada; de una estantería toman pastillas de jabón, toallas y trapos limpios. Desnudos entran a una pieza vaporosa con varias piscinas, entran al agua y se asean. Después se sientan, disfrutando de la temperatura y el sonido del agua que corre.

—¿Dónde estamos?

—En los baños públicos —contesta Matías—, como en la antigua Roma.

—No me refiero a eso.

—El mundo se fue al carajo —replica Ignacio con el trapo sobre los ojos, la cabeza hacia atrás—. La mayoría de las grandes ciudades fueron bombardeadas, como Valparaíso, o la plaga las convirtió en colmenas de zombis. Pocas personas lograron sobrevivir. Nosotros éramos de Santiago; llegamos aquí por casualidad. La gente recién se estaba organizando cuando atacó la primera horda. Había una feria medieval: los herreros y los huasos unieron fuerzas y lograron repeler el primer embate, salvando a algunas familias. Luego llegó la Patrona con un Pillán y construimos la ciudad amurallada.

—¿Qué pasó con las fuerzas armadas? —indaga Weiping.

—Bombardearon y luego desaparecieron —Ignacio suspira.

—¿En dos años no quedó nada?

—Sabemos que hay otras ciudades con murallas, que algunos grupos sobreviven asaltando en las carreteras, las cuales se han convertido en una zona de guerra. Nosotros mantenemos el área limpia, pero hacia el norte, sobre todo, es tierra de nadie.

—Como *Mad Max*, pero con zombis —agrega Matías.

—Hacia el sur —continúa Ignacio—, dicen que los mapuche recuperaron sus tierras y se refugian en los bosques. Chiloé es un bastión independiente. Pero las comunicaciones no son fluidas: la mayoría no tiene electricidad y por ende no hay comunicaciones radiales. Entre Rancagua y Concepción reina el caos; hay bandas de forajidos que se convirtieron en pequeños señores de la guerra. Si no te comen los muertos, te matan los vivos. El país que alguna vez llamamos Chile ya no existe.

—¿Tienen idea de cómo se originó el Evento Z? —murmura el asiático, con los ojos bien abiertos.

—Es una teoría descabellada, pero según la Patrona tenemos que prepararnos para algo peor que los zombis.

—¿La Patrona es su líder? —pregunta el chino.

—Ya la vas a conocer —sentencia Ignacio.

—Wei, ¿te puedo llamar Wei? —dice Matías, el de ojos almendrados asiente—. Tu búnker está en Melosilla, y eso no está lejos: podríamos ir mientras llega la Patrona y recuperar las provisiones.

—Serviría para congraciarte con la gente de la ciudad —apunta Ignacio.

—Es peligroso volver —Weiping responde con las mandíbulas apretadas, esperando que sus mejillas rojas no lo delaten—, tampoco sé si me voy a quedar.

—¿Quieres probar suerte ahí fuera? Cuando te encontramos estabas a punto de morir.

—Podríamos recuperar una consola y algunos juegos. Con una batería los puedo hacer funcionar acá; podríamos jugar juntos —acota Matías entusiasmado.

—Mi familia está muerta —Weiping cierra los ojos, contiene las lágrimas y aprieta los labios.

—Creemos que la nuestra también. Bombardearon Santiago y es imposible entrar a la ciudad: las ruinas están plagadas de caminantes. Nos vendrían bien provisiones extras.

—Tengo hambre —cambia de tema Matías, luego de un silencio largo—. Llevamos una semana fuera: habíamos ido a Quilpué a ver si encontrábamos materiales o comida. Hace dos días que no pruebo algo decente. —Se levanta, toma la toalla y se dirige al camarín.

—Todos hemos hecho cosas terribles para sobrevivir —dice Ignacio, con voz monocorde—. No todos están hechos para sobrevivir en un mundo salvaje —el joven hace una pausa y le palmea el hombro al recién llegado—. Vamos a comer.

Ya vestidos y limpios, caminan hacia el salón en silencio. La lluvia cae suave sobre ellos, el aroma del cerdo asado los guía hacia su destino. A lo lejos escuchan una campana. Ignacio corre. Matías y Weiping van detrás de él. Llegan a la plaza que está frente a las puertas por donde entraron hace unas horas.

—Ignacio —dice un hombre alto. Es de nariz aguileña y viste una cota de malla y una capucha de cuero calada hasta la frente que le cubre los hombros; lleva, además, un arco largo en la mano y un carcaj en la espalda—. Tenemos problemas. Es una horda grande; están a punto de traspasar la barricada. Necesitamos que saques un Pillán antes de que lleguen a la puerta.

—Pero acabo de llegar.

—Eres el único que tiene entrenamiento, los demás se fueron con la Patrona —replica Víctor Manzo, el jefe de la guardia.

—Aguilar me dijo que la Patrona fue por repuestos… Está bien, iré. —Ignacio alza la voz para hacerse oír por sobre los gritos de los hombres en las almenas, que disparan una andanada de flechas tras

otra.

—El Cherrufe está operativo, tienes que salir ahora —insiste Manzo. Ignacio asiente y se dirige hacia una de las estatuas, frente a la cual un par de soldados han instalado una escalera.

—¿Por qué no salen en una carga de caballería? —pregunta Weiping al oído de Matías.

—Es suicidio cargar de noche en un terreno irregular. Hay tropas de refresco, pero las usaremos si llegan a atravesar los muros.

—¿Pueden escalar muros?

—Los hemos visto trepar unos sobre otros. Sin los Pillanes nos hubieran comido hace rato.

—¿Qué son los Pillanes?

—Ya verás. Vamos al muro, esto va a ser un espectáculo.

Mientras suben, la estatua oscura en la que se ha encaramado Ignacio emite un zumbido y comienza a moverse. Una docena de focos, en el pecho, los brazos y la cabeza se encienden. Los primeros pasos son torpes, pero cuando cruza la puerta sus movimientos se hacen fluidos; cada paso que da retumba en el piso, como las pisadas de un elefante.

Una vez el gigante negro ha salido, la lluvia de flechas se detiene. Los hombres en las almenas cambian los arcos por hondas, que hacen girar raudas por sobre sus cabezas para lanzar jarros de greda llenos de aceite con una mecha encendida. Los proyectiles revientan por todo el perímetro, encendiendo pequeñas fogatas y permitiéndole al piloto del Cherrufe analizar el campo de batalla.

El gigante avanza hasta una distancia segura de la muralla, desenvaina un par de espadas, cuyas hojas se encienden al contacto de sus manos colosales, y comienza la carnicería. Los gritos guturales de los no muertos se elevan al cielo y la manada se concentra en el gigante. Atacan como hormigas, pero las afiladas armas los descuartizan por decenas en cada movimiento, incendiando las ropas y las carnes incluso antes de que el filo toque los cuerpos. El Cherrufe cambia de posición más rápido de lo que la horda tarda en reaccionar. A pesar del frenesí carnívoro de los no muertos, que les infunde rapidez y fuerza cuando han detectado carne fresca, se mueven como un cardumen al ritmo de la danza de sangre del Pillán, quien, cual torero, esquiva y desmiembra con una mano, mientras con la otra mantiene a raya a los cadáveres que

intentan acercársele.

—¿Me puedes explicar qué es lo que estoy viendo? —inquiere Weiping, con la boca abierta.

—Un Pillán, este se llama Cherrufe y lo está pilotando Ignacio.

—¿Es una estatua gigante?

—Es un robot gigante pilotado por un ser humano; un mecha, seguro viste *Escaflowne, Gundam, Mazinger Z* o *Robotech*.

—¿Como los *Transformers*?

—Los *Transformers* son entidades autónomas, Wei, Los Pillanes son exoesqueletos de batalla.

—Pero eso es imposible, la física no lo permitiría: debería ser pesado, frágil y lento.

—Los zombis también son imposibles.

—¿De dónde saca energía suficiente?

—Un motor positrónico: una versión barata y manejable de antimateria. Se supone que los ocuparíamos para viajar a las estrellas: el viaje a Alfa Centaury hubiese demorado apenas cuarenta años. La estructura es ultraliviana, está hecha de una malla de nanotubos de carbono, por eso son negros y casi no reflejan la luz. El chasis es de titanio, tiene múltiples sistemas de amortiguación y se mueve gracias a incontables motores eléctricos independientes, por eso zumba: son como bobinas que no necesitan engranajes. La potencia se regula según la carga que aplica la interfaz neuronal directa modulada por una inteligencia artificial integrada, lo cual le otorga rapidez y fuerza, al tiempo que lo mantiene liviano, además de ayudar al piloto a mantener el equilibrio, por ejemplo…

—¿Y las espadas?

—Son sables, las espadas son de doble filo —corrige Matías, con mirada reprobatoria—. En este caso la hoja lleva un corazón de tungsteno, que es un superconductor y se derrite a muy altas temperaturas, pero se oxida rápido, por eso lleva una funda de cerámica y luego otra de titanio, que también es un buen conductor. Al aplicar electricidad el tungsteno la conduce y mantiene el sable rígido, mientras el titanio se calienta al rojo y es capaz de cortar casi cualquier cosa como si fuera mantequilla: llega a mil setecientos grados centígrados; es como un sable láser jedi.

El Cherrufe sigue luchando, segando zombis como si de trigo

maduro se tratasen. Poco a poco, los movimientos del robot se van haciendo más lentos, menos estilizados. Los cadáveres que le llegan a medio muslo se agolpan humeantes o en llamas entre las piernas del gigante, en tanto otros tratan de trepar para sepultarlo. Arañazos y mordidas resultan infructuosos ante la armadura del humanoide, si bien logran restringir sus movimientos encaramándose sobre él como termitas hambrientas.

—¡Preparen los caballos! —grita el hombre de nariz aguileña, a cargo de las defensas de la muralla—. Hombres, a las puertas, esperen mi señal.

—¿Cuánto falta para el amanecer? —inquiere Matías preocupado.

—Unas cuatro horas —responde Weiping.

—No va a lograrlo, por eso los Pillanes siempre salen de a dos —murmura Matías, llevándose los dedos a la boca para comerse los padrastros—. Fue un error mandarlo solo.

La muralla guarda silencio. Solo se escuchan los rugidos de la muerte que repta desgarrada o lucha por destrozar al mecha. Weiping y Matías aguantan la respiración. Las luces del Pillán ya no se ven; se lo ha tragado la oscuridad.

—¿Qué va a pasar ahora?

—Si Víctor deja salir a la caballería, vamos a perder a muchos hombres, pero si no lo hace, puede que perdamos al Cherrufe; en cualquier caso perdemos.

—¡Atentos a mi señal! —vuelve a gritar Víctor Manzo desde una de las torres.

En ese momento, el brillo de los sables se abre paso entre la carne podrida. Los focos del mecha iluminan la noche y la luz hace eco de las sacudidas del Pillán, que vuelve a la carga.

Para el amanecer, el exoesqueleto blindado yace inmóvil, rodeado de cuerpos destrozados en descomposición. Los jinetes salen en formación y con las largas lanzas finiquitan a los monstruos que aún boquean o se arrastran.

Weiping y Matías no se han movido de las almenas. Alto en el horizonte, divisan un helicóptero que se acerca a la ciudad amurallada.

# Capítulo 19.
# Metro Quinta Normal

Los primos avanzan apresurados por calle Rosas, dando zancadas al principio, luego con un trote suave por la ciclovía celeste que corre por la izquierda. El cielo se ha ido oscureciendo poco a poco, el aire huele a humo; el sol es un disco blanquecino en el cielo cubierto. Pasan por el costado de una plaza pequeña. Luego de once cuadras de construcciones coloniales de un piso, sobre las cuales llama la atención la abundancia de antenas parabólicas de televisión satelital, llegan al final de la calle y se encuentran de frente con un edificio alto. Doblan a la izquierda en calle Matucana; Ignacio arrastra a un sudado y compungido Matías, que se esfuerza por seguir adelante.

—Ya falta poco, Matías, por favor no dejes de caminar.

—Ya no puedo más, necesito descansar un momento —jadea Matías—. Me arden los pies y me duelen las piernas.

Ignacio aferra a su primo por el hombro y lo obliga a seguir. El humo de los incendios sin control ha terminado de cubrir el firmamento; el aire se va haciendo más tibio y pesado conforme pasan las horas.

—Aún nos faltan varias cuadras, pero estamos cerca de la Quinta Normal. Dentro arriendan bicicletas: seguro podemos arrendar un par y seguir adelante en ellas.

—A mí no me queda dinero —replica Matías, con un nudo de angustia en el estómago.

—Ahí vemos cómo lo hacemos, ahora camina.

Pasan frente a una estación de servicios que está colapsada. Hay una fila de autos intentando cargar combustible. Los conductores tocan la bocina y vociferan, pero al parecen no hay nadie

atendiendo y la gente está llenando los estanques sin pagar. Pronto se arma una escaramuza. Un par de tipos de corbata roja y camisa blanca se pelean por el surtidor, la bencina sale a chorros y se esparce por el suelo; más gente se suma a la pelea, que pronto se transforma en una trifulca.

—Ahí está la Quinta —dice Ignacio, indicando un muro de ladrillos pintado de color amarillo pastel y rematado por rejas de fierro forjado—. Más allá está el Museo de la Memoria, el Muro de los Lamentos de los comunistas.

—¿Y a quién le importa eso ahora?

—A mi papá, supongo. Apurémonos.

Los primos dan un rodeo a la bencinera con la cabeza agachada para no llamar la atención de los que luchan por el combustible. Se acercan a la pandereta. Ignacio la salta sin problemas y luego ayuda a un torpe y gordo Matías, que hace su mejor esfuerzo por pasar por arriba. En ese momento sienten un calor intenso que acaricia sus rostros, así como un estruendo que los deja sordos y luego la onda expansiva que los empuja dentro del perímetro del parque. Ignacio cae dando vueltas por el piso; Matías cae sobre él, aplastándolo.

Ignacio forcejea hasta que se libera del cuerpo de su primo. La bomba de bencina está en llamas, pero no se escuchan las sirenas de bomberos. Se incorpora y levanta a su primo, que se hinca con dificultad y vomita; tiene la vista extraviada y tirita. A lo lejos se escuchan gritos y alaridos. Una nueva explosión sacude la tierra.

—¿Qué pasó? —lloriquea Matías, babeando.

—Explotó la bomba de bencina… Ponte de pie, aún nos falta un buen tramo.

Ambos primos caminan con lentitud al principio; pasan por el edificio del Centro Cultural Balmaceda Arte Joven y continúan por el costado derecho. El camino es de tierra y está rodeado de árboles. Luego doblan a la izquierda, se acercan al Museo de Ciencia y Tecnología y se internan hasta el centro del parque, más allá del Museo Nacional de Historia Natural. Llegan a un lago de color verde musgo poco profundo, donde pueden ver algunos botes a pedales, pintados de diferentes colores y varados junto a una dársena. La Quinta Normal parece estar vacía.

Rodean el lago y siguen caminando. No hay rastro de las bicicletas que Ignacio y Diego solían arrendar para recorrer el lugar

cuando recién entraban en la pubertad y sus padres los traían a pasear. Ignacio saca de la mochila una botella de agua mineral y se la pasa a Matías, que bebe un largo trago. Se encuentran en el medio del parque cuando escuchan los aullidos cacofónicos. Miran hacia atrás. Entre los árboles y desde la Facultad de Medicina Occidente de la Universidad de Chile, ha salido una turba de personas que caminan con torpeza estirando las manos hacia adelante. Apuran el paso. Sus pisadas crujen en la tierra; del edificio a su derecha comienzan a salir más dementes. Los jóvenes corren entre los árboles. Pasan por al lado de una piscina, en la cual flota un par de cuerpos, y se topan de frente con una reja que separa la Quinta con un condominio de *blocks* de departamentos. Ignacio toma a su primo de una manga y lo arrastra en dirección sur. A su izquierda hay canchas de tenis de arcilla y una casucha que parece estar vacía. Los dementes vienen tras ellos a paso calmo. Pueden escuchar cómo la horda arrastra los pies tras ellos, dejando surcos en la tierra y entre las hojas secas que cubren el piso y las veredas que recorren el parque.

Cuando los ven salir de entre los árboles, los primos ya están frente a la reja de barras verticales metálicas, de unos dos metros de alto, que los separa de la calle. Ignacio se apoya en los travesaños diagonales que estabilizan el portón, el cual está asegurado con candado y cadena. De un salto llega al otro lado. Matías intenta subir, pero se tropieza y cae de bruces. El corazón le late fuerte en el pecho y sus oídos todavía zumban. Los mordedores están a solo veinte metros de ellos. Son una veintena de personas, la mayoría vestidas con batas manchadas de sangre. Hay un guardia y varios guías con sus camisas celestes y sus gafetes aún colgándoles del cuello. Ignacio puede ver cómo abren la boca y muestran las recogidas encías y los dientes amarillentos antes de emitir los escalofriantes gruñidos que los preceden.

Matías se levanta lloriqueando, sudado y sucio. Mira hacia atrás y comienza a temblar. Se aferra a los barrotes de metal e intenta subir otra vez. Ignacio trata de ayudarlo tirando o empujando desde afuera. Llega a la mitad de la reja, respirando con dificultad, y se ancla con la axila derecha al borde superior; vuelve a mirar hacia atrás. Los energúmenos están a escasos cinco metros. El jovencito comienza a hiperventilarse. Intenta subir otro poco, pero no lo

logra.

Ignacio le mueve un pie a la fuerza y lo acomoda entre el travesaño y una de las barras verticales. Los alaridos roncos se escuchan cada vez más potentes, y un tufo a carne cruda e interiores les golpea las fosas nasales. Matías logra apoyar la barriga sobre el borde de la reja. Ignacio aferra a su primo por el codo y jala con fuerza.

La manada de trastornados choca con la reja. Matías cae al suelo al otro lado, como si de un saco de papas se tratase. Ignacio trata de levantarlo, pero solo logra arrastrarlo medio metro. La reja se cimbra ante la presión de los no muertos, que intentan devorarlos.

—Mi codo, me duele el codo, no lo puedo mover —exclama Matías, chillando.

—Saca la pistola de remaches y levántate…

Ignacio no termina la frase cunado la reja cae a solo centímetros de su primo, que se está incorporando recién. El exrecluta desembaraza el martillo y se pone por delante. La primera línea de muertos vivientes cae al piso sobre la reja y la segunda se tropieza con los primeros. Ignacio machaca los cráneos de los que están a su alcance. Matías dispara y el aroma a pólvora se mezcla con el hedor de la muerte. Logran anular a los primeros cinco o seis cadáveres vivientes, pero pronto se ven rodeados por al menos una decena de orates hambrientos.

—Ponte detrás de mí y cúbreme los costados —ordena Ignacio, intentando mantener a los zombis a raya con patadas de frente y de costado, mientras balancea el martillo de izquierda a derecha apuntando a la zona parietal de los cráneos, los cuales revientan como melones maduros, salpicando sangre y materia gris por todos lados—. Si nos rodean estamos perdidos, ¡dispara, dispara!

Matías, esforzándose por ignorar el dolor que siente en el codo, trata de apuntar con su mano izquierda, no obstante, casi no tiene resultados. En pocos minutos los primos se ven circundados por los dementes. Están a punto de sucumbir cuando de pronto, tras ellos, alguien se lanza con una patada voladora, golpeando con sus dos pies a una enfermera y a un guardia de seguridad que están a punto de morder a Matías, empujándolos sobre otros dos adolescentes de uniforme que ya caían sobre Ignacio.

El misterioso salvador se pone de pie como un gato, barre a un

zombi y agarra a otro por la cintura, levantándolo en vilo para luego doblar su columna hacia atrás y quebrarle el cuello contra el pavimento con un suplex. Ignacio, al ver la apertura en el cerco, arrastra a su primo y lo pone fuera del perímetro antes de volver para ayudar al extraño hombre que de la nada ha salido para ayudarlos, y que en ese momento estrella otro par de cráneos contra el suelo. Lo que ve Ignacio es surrealista: el tipo mide un metro noventa, es ancho como un tonel, lleva una polera negra sin mangas y una máscara plateada acordonada en la nuca le cubre toda la cabeza. Lleva los antebrazos cubiertos con gruesa cinta adhesiva metalizada, las manos cubiertas con guantes tácticos plateados, anchos pantalones de mezclilla azul (ajustados, con un cinturón de cuero ancho de hebilla metálica y ovalada) y calza botas vaqueras de cuero de serpiente. A pesar de los ciento veinte kilos que pesa, se mueve con agilidad. Salta y con las piernas, usándolas como tijeras, quiebra el cuello de los orates y los lanza lejos, al tiempo que se da una vuelta en el aire y vuelve al ataque golpeando con el antebrazo, para luego reventar los cráneos de los que ha tirado al piso con el taco de madera de sus puntudas botas. Ignacio guarda la distancia y aprovecha el descalabro en las filas enemigas para asestar precisos martillazos, tratando de cubrirle las espaldas a su pintoresco benefactor, que lejos de amedrentarse por la cantidad de energúmenos parece disfrutar, dando cabriolas en el aire o enterrando a sus contrincantes en el suelo para dejarlos fuera de combate.

Ignacio gira su torso y asesta un golpe que esparce los sesos del último maloliente, los que se desparraman, rosados, violáceos y grumosos por el piso. El jovencito jadea por el esfuerzo. Está todo manchado de sangre y vísceras; el brazo derecho le arde y punza; la muñeca le duele como si tuviese un clavo oxidado enterrado en ella. Contempla la montaña de cadáveres con distancia emocional: aún no termina de asimilar lo que acaba de suceder cuando siente una manaza azotarle la espalda, en un ademán tan amistoso como brusco.

—Órale, wey, qué chingadas pasan en este país.

—Hola… —titubea Ignacio, mirando la conspicua máscara plateada de la que salen las palabras.

—¡Es el Santo! —exclama Matías—. El Santo Plateado, el mejor

luchador mexicano que ha existido.

—¿El Santo? —inquiere Ignacio con estupor.

—Mi nombre es Aarón, Aarón Hernández —dice el mexicano y estira la mano.

—Deberíamos salir de aquí lo más pronto posible —interrumpe Ignacio, respondiendo con un apretón de manos, para luego comenzar a caminar. Los demás van tras él—. Mi nombre es Ignacio; él es Matías, mi primo hermano.

—¿Qué hace el Santo Plateado en Santiago de Chile? —indaga Matías con entusiasmo, mientras cruzan la Autopista Central, avanzando por calle Imperial hacia el poniente. La autopista está llena de autos que no avanzan y hay un edificio en llamas varias cuadras más adelante.

—Llegué a Chile hace dos semanas, wey; nunca me imaginé que apenas me pusiese la máscara los chingados chilenos se pondrían a interpretar a los zombis.

—¿Interpretar?

—Hay una película del año sesenta y uno, *El Santo contra los Zombis*, dirigida por Benito Alazraki: esto es igual a la película cabrón.

—¿Una donde aparece un tipo de máscara azul? —pregunta Matías con una sonrisa.

—Esa es *El Santo y Blue Demon contra los Zombis*, y hay otra de El Santo y Blue Demon contra las momias. Si le ponemos a tu primo la máscara azul, podríamos subir unos pinches videos retetepadres a Youtube y hacernos famosos, carnal.

—No cuentes conmigo, Pancho Villa —espeta Ignacio, doblando hacia la izquierda en calle Francisco Javier. Las construcciones son sólidas, de un piso, y pueden ver el cielo desplegarse en tonos cafés y rojizos en lontananza. El tráfico es ligero y la mayoría de los negocios están cerrados—. No quiero parecer grosero, pero ¿por qué nos ayudaste?

—Nada, pues, carnal: vi la oportunidad de chingarle la madre a unos weyes disfrazados de zombis y me pareció de lo más padre. ¿A huevo a ti no te gustó?

—¿Pretendes seguir con nosotros?

—Ya mero, no tengo dónde ir por ahorititas, y no sé cómo llegar de vuelta a mi pinche pensión. Voy con ustedes hasta que pueda

pedir un taxi o tomar el metro. Ahí ustedes me indicarán, ¿no?

—El metro no está funcionando —apunta Matías.

—¿Me puedes explicar cómo es que un tipo con la célebre máscara de plata termina aporreando zombis afuera de la Quinta Normal?

—Tranquilo, Ignacio, se nota que Aarón es un buen tipo; lo tenemos que ayudar al menos a volver a su casa.

—Pues que vengo de intercambio, wey, estudio medicina en Guadalajara. Llegué hace una semana a tu pinche país. Ayer tantito, el doctor Lillo me pidió que hiciera una disertación de mi México querido. Como soy fanático de la lucha libre, pensé en llegar apersonado como el más chingado de todos los luchadores, el Santo Plateado. Nada más tantito me bajo del Uber y los veo a ustedes, a punto de que les chingen su madre mis propios compañeros de universidad: no me quedó otra que salvarlos.

—¿Cómo es que un estudiante de medicina puede luchar como un profesional? ¿No te parece extraño, Matías?

—No seas desconfiado, Ignacio; seguro vas al gimnasio, ¿o no, Aarón?

—De chavo quería ser luchador. Me entrené en la Arena México, con el Mil Máscaras. Estaba a punto de comenzar a competir cuando un pinche cabrón envidioso hijo de su mentada madre me lesionó la rodilla en una pelea en un Table Dance. No me quedó otra que volver a Guadalajara y estudiar.

—¿Quién te paga la carrera?

—Pues nadie, wey, en México la universidad es gratis. Yo me vine a tu pinche país porque me gané una beca de intercambio, pues que soy requete buen alumno.

—Suena razonable —contesta Ignacio, enarcando una ceja.

—A huevo qué desconfiado, carnal; acabo de salvarte la vida, lo mínimo es que digas «gracias».

—¿Tienes algún plan? ¿Algún lugar adónde ir; alguien a quien llamar?

—No tengo internet móvil y parece que no tengo señal. Tengo un amigo en Valparaíso al que podría…

—Valpo ya no existe, Aarón —interviene Matías.

—Tengo otro en Valdivia…

—Valdivia está muy muy lejos de aquí —insiste Matías.

—Todo el mundo debe de estar intentando llamar a sus casas, igual que cuando tiembla; solo basta un pequeño desastre para que se caigan las líneas telefónicas en este país. Llueve un par de horas y todo se inunda, cae nieve y se corta la luz —rezonga Ignacio, dando rápidas zancadas antes de agregar—: todo está mal en esta pulpería —suspira, extrañado de sí mismo por esta última frase—. Si quieres, puedes venir con nosotros: vamos a la casa de un amigo, pareces buena gente.

Al llegar frente a un galpón sobre el cual se lee: «Comercial Ecuador SA», doblan a la izquierda y siguen caminando a paso ligero. La calle se ve despejada. Un par de vehículos pasa a toda velocidad en dirección poniente y a lo lejos se escuchan las aspas de un helicóptero rompiendo el aire.

No alcanzan a avanzar una cuadra cuando ven una aglomeración de gente en la esquina siguiente. Hay dos locales más allá de un antro que tiene un demonio en bajo relieve esculpido en la fachada. Una horda de dementes ha entrado en una carnicería y se da un festín con los productos.

—No mames. En mi país cualquier narco con un cuerno de chivo partiría a todos estos cabrones por la mitad, carnal.

—Por suerte no estamos en Tijuana, así que tenemos dos opciones —dice Ignacio—, volvemos atrás y rodeamos por las cuadras aledañas, o pasamos corriendo confiando en que estén tan ocupados con la carne cruda que no noten nuestra presencia.

—No, primo, por favor, yo no puedo correr… —Matías no acaba de terminar la frase cuando el de la máscara de plata ya está trotando por la vereda sur.

—El que llega último es un taco sin chile, weyes —Aarón corre. Ignacio lo sigue.

—No me dejen botado, esperen —exclama en voz baja el rechoncho jovencito, jadeando por el esfuerzo y el miedo.

Los dementes apenas notan a los dos primeros que pasan por la retaguardia, pero Matías cojea un poco, da un traspié y cae de bruces al suelo, rasmillándose los codos, que le comienzan a sangrar. La mayoría está ocupada mordisqueando la carne cruda y peleándose los trozos que hasta hacía unas horas se apilaban en los mostradores de la carnicería; algunos han entrado a los frigoríficos y muerden las piezas congeladas de vacuno que cuelgan de enormes

ganchos carniceros. La mayoría son maestros: provienen de los abundantes talleres mecánicos aledaños. Llevan sobretodos naranjos, celestes o negros; aunque también hay choferes de micro, con sus chalecos sin manga y sus camisas blancas llenas de coágulos sanguinolentos; hay incluso una peluquera, que aún tiene las tijeras enredadas entre los retorcidos dedos y un par de tipos barbones con camisetas negras estampadas con escenas tan macabras como la que Matías presencia con horror. Un par de ellos levanta la barbilla; las aletas de sus narices se mueven mientras olisquean el aire. Yerguen las agarrotadas manos y se giran en dirección del escolar, que se paraliza de terror y comienza a chillar. La turba se vuelve y se mueve en dirección del lloriqueo; los pies se mueven torpes en dirección del escolar, que suda frío y cuyos miembros agarrotados se niegan a responder. En ese momento se escucha una bocina de aire comprimido. Una bocanada de humo negro sale de una chimenea cromada; el motor petrolero de doce cilindros en línea de un camión *Freightliner* ruge, mientras se abre camino desparramando cadáveres por todos lados y luego se pierde en dirección poniente. En medio del caos, Aarón e Ignacio agarran a Matías por debajo de las axilas y lo llevan en volandas mientras los atropellados comienzan a levantarse y a perseguirlos. Al cabo de tres cuadras sueltan al escolar, que sigue trotando tras ellos. Ignacio levanta la mirada y ve una mole blanca de hormigón armado que se levanta un poco más adelante.

—Ahí está el departamento de Diego —dice Ignacio, apuntando hacia el frente—. Nos quedan solo unas pocas cuadras. No pares de correr, Matías.

La tarde cae franca mientras las pavesas prenden el cielo y luego descienden cubriéndolo todo de ceniza. La luminaria pública se enciende, tiñendo la brumosa noche de un tétrico anaranjado. Las sirenas, los gritos lejanos y los aullidos les ensordecen los oídos. Los tres jóvenes marchan apremiadamente, con una cuadrilla de desquiciados antropófagos pisándoles los talones.

# Capítulo 20.
# Área 12

El amanecer encapotado ilumina de plata el cielo. El sol es un disco blanco tras las nubes; el aire es fresco y suave. Los rotores rompen el silencio: el Eurocopter EC 725 Super Cougar desciende con suavidad sobre el helipuerto de la casa de Carlos Cardoen. Claudia avanza hacia la aeronave agachada, luchando contra el viento que las palas empujan con fuerza. La puerta lateral se abre, sube de un salto y se calza los auriculares.

—*Where is Gabriel*? —inquiere Samir.

—Ya viene —grita Claudia y se acerca a la cabina—. ¡Puran! —exclama sorprendida—. ¿Qué le pasó a tu turbante?

—*You two know echoether*?

—*I had to*… —El Sij no alcanza a terminar la frase.

El sonido del disparo es tragado por el estruendo del motor. El casquillo salta de la recámara de la pistola y un segundo lo sigue. El aroma a pólvora inunda la carlinga. Los ojos de Puran se abren como platos; levanta las manos temblorosas y muestra las palmas vacías.

—Ayúdame a sacarlo, necesito tu ayuda —ordena Claudia, enfundando el arma. El Sij obedece.

El cuerpo de Samir yace en el piso, en medio de un charco de sangre, con la cara destrozada. Puran y Claudia llevan a Cardoen; cada uno bajo una axila. Lo acomodan en el asiento del piloto. Montserrat, la nieta del magnate, va tras ellos. El helicóptero despega.

—¿Quién es este? —pregunta el empresario, manipulando los controles de la aeronave.

—Un colega.

—¿Trabaja para La Compañía?

—EVS, la empresa en la que ejercía de ingeniera. Antes del Evento Z. Nos salvó cuando escapamos del edificio en Curauma; se sacrificó para que pudiésemos escapar.

—¿Confías en él?

—Es Sij —responde Claudia, como si eso explicase todo.

—No le veo el turbante.

—¿Cómo terminaste con Samir, Puran? —inquiere Claudia, gritando al micrófono y abriendo el canal para que el indio se sume a la conversación.

—Logré sobrevivir a la horda que nos atacó saliendo de la oficina —relata el Sij en inglés—. Me encontré a Pedro en la carretera; viajamos por caminos rurales hasta Rancagua. Sus padres estaban muertos. Decidimos irnos hasta la parcela de su familia, pero no logró salir de la casa, los mordedores lo atraparon.

—Pedro está muerto —interrumpe Claudia con un murmullo. Recuerda cuando se separaron y se siente culpable, responsable por no haberlo acompañado. Por haberlo juzgado de forma apresurada —. ¿Cómo terminaste con Samir?

—No me dijo su nombre —el moreno continúa hablando en inglés—. Mientras escapaba de Rancagua paré a cargar combustible, me equivoqué y le puse bencina al auto petrolero de los padres de Pedro. Samir estaba cargando el helicóptero. Vio mi turbante y me preguntó por mi entrenamiento, me ofreció un trabajo y yo acepté. Era eso o esperar a que me comieran los zombis.

—¿Te dijo qué tipo de trabajo?

—Solo mencionó un lugar seguro.

—No hay lugares seguros —interrumpe Cardoen—. ¿Claudia, confías en él?

—Responderé por él, no quiero matarlo —replica la mujer y le palmea un hombro al moreno.

Veinte minutos más tarde, aterrizan en un descampado al lado de una estación de trenes restaurada y pintada con colores vivos. Claudia y Puran ayudan a bajar a Carlos, quien los conduce hasta una puerta trasera, abre una caja metálica y pone la palma derecha en un panel de cristal líquido; una luz escanea su rostro y la puerta se abre.

El grupo avanza por un pasillo oscuro hasta un ascensor. Los cuatro guardan silencio. Cardoen puede verse en el reflejo de los espejos: la ropa rasgada, manchada de sangre, lo hace entrecerrar los ojos; está pálido, la droga que le hubo administrado Claudia mantiene el dolor y la inconsciencia a raya, pero sabe que no tiene mucho tiempo.

Salen por el costado de una galería amplia, parecida a una estación de metro. Por la parte superior corren varios tubos paralelos. A nivel del piso hay rieles; más adelante, una cápsula aerodinámica, como una píldora enorme con dos compuertas abiertas.

—¿Dónde vamos? —inquiere Claudia.

—No sé si voy a llegar a tiempo, pero es la única opción —replica el millonario. Las puertas se cierran tras ellos, deslizándose y sellándose de forma hermética. Manipula la consola y agrega—: siéntense y pónganse los cinturones.

Puran y Montserrat obedecen en silencio. La chiquilla, que aún solloza, se acomoda lejos del indio, con la espalda curva y los brazos cruzados.

—Te hice una pregunta, Carlos —Claudia endurece el tono, desenfunda el arma, extrae el cargador y cuenta las balas que le quedan antes de volver a colocarlo en su lugar, pasar bala y poner el seguro.

—Vamos a llegar en una hora —responde el hombre sin inmutarse.

—¿Cómo lograste construir un tren supersónico bajo la tierra sin que nadie lo notase?

—El tren del vino me sirvió como excusa para comprar los materiales y justificar el gasto.

—¿No es un poco artificioso?

—El túnel no se construyó para albergar el tren. Estamos en el colisionador de partículas más grande del mundo. Al principio la energía venía de la planta nuclear que está a las afueras de Santiago; hace poco cambiamos a energía solar —Cardoen se arrellana en una de las butacas y abraza a su nieta.

—¿No son circulares los colisionadores, como el CERN?

—Hay varios rectos; este es el más grande.

—¿Cómo puedo confiar en ti si no le pagaste al Soviet por el

robo de la pintura?

—Le pagué por ese trabajo. El MI-6, autorizado por Pinochet y Tatcher, subcontrató a La Compañía para matar a un periodista que estaba metiendo las narices en mis negocios en Irak. Cuando estuvo hecho, el servicio de inteligencia británico trató de matar a tu tío para no pagar. Gabriel intentó cobrarme a mí, pero yo no tenía nada que ver.

—Tenemos tiempo, cuéntame la historia completa.

—Quieres que te cuente la verdadera historia secreta de Chile…

—No te des vueltas, viejo: ¿cómo sé que no vas a tener un equipo táctico esperándonos?

—No sé si voy a llegar vivo al final del viaje, o si van a ser capaces de salvarme; necesito que te hagas cargo de mi proyecto y de mi nieta.

—Habla antes de que te desmayes o de que se me escape un tiro.

—Me cagaste la vida, Claudia. Mataste a mi familia, así que me vas a dejar que te cuente la historia completa y te vas a hacer cargo.

—Ya te dije que no fue mi intención. Continúa, por favor.

—Augusto se sumó en el último momento a la Junta Militar para dar el golpe y matar a Allende, porque, a diferencia de Merino, que era el más entusiasta, Pinochet era un nacionalista: no veía con buenos ojos la intervención gringa, tampoco la alternativa comunista. A pocos años del pronunciamiento, se dio cuenta de que los mecenas imperialistas pretendían establecer una colonia y esquilmar los recursos naturales del país, manteniéndonos en el subdesarrollo, razón por la que se opuso a revertir la nacionalización del cobre, entre otras medidas. Como resultado, perdió el apoyo de la CIA. Al poco andar JP lo chantajeó con su hija, para que le entregara SQM, y sufrió el atentado en que casi muere su nieto. No le quedó otra opción más que transar con los grupos económicos de este país, que no eran más que intermediarios de los yanquis. Así se establecieron los monopolios que, antes del Evento Z, controlaban Chile y que ahora se esconden en alguna cueva en la cordillera. —El magnate tose y aprieta los dientes—. Augusto, sabiendo que necesitaríamos recursos, decidió entrar en el negocio del tráfico de drogas y armas para financiar el proyecto que estás a punto de ver, y del cual, tal vez, tengas que hacerte responsable…

—¿De qué estás hablando?

—El Área 12.

—¿Para qué quieren un colisionador de partículas?

—Los nazis estaban en busca de la Hiperbórea: condujeron misiones al Tíbet y la Antártica tratando de encontrar artefactos místicos, con el fin de dominar al mundo con ese poder. Los comunistas eran manipulados por una raza de parásitos energéticos, por eso su insistencia en el materialismo, que oculta la verdadera naturaleza de uno de los tantos enemigos de la humanidad. Los parásitos marxistas se alimentan de las emociones de baja vibración de las personas, por eso sus regímenes son dictatoriales, sanguinarios y opresivos, al punto de premiar a los hijos que delaten a sus padres por tener pensamientos en contra del régimen.

—Pável Trofímovich Morózov —interrumpe Claudia, asintiendo —, he escuchado esa historia; algunos dicen que fue una mentira propagandística, otros, que el niño se suicidó por la culpa. Hicieron libros y hasta una estatua en su nombre durante el régimen de Stalin. Pero ¿qué tienen que ver los nazis y los comunistas con el Área 12?

—Buscar y destruir las larvas de estos parásitos —continuó el empresario, respirando con dificultad—, que se alojan en el hipotálamo, es una de las razones por las cuales se torturó a tanta gente en Chile. Los nazis que llegaron a Colonia Dignidad nos enseñaron cómo hacerlo a cambio de asilo. Al final, Sheaffer terminó contaminado y Augusto contrató a otro sicario de La Compañía para matarlo: Kassler, creo que era su apellido.

—¿Por qué lo mencionas?

—Kassler y una asesina pelirroja fueron manipulados para realizar el rito de Babalon. Los primeros en intentarlo fueron Jack Parsons y Marjorie Cameron, la Mujer Escarlata, considerada la primera encarnación de la diosa Babalon. Fue en el ’47, y tuvieron la ayuda de Aleister Crowley, también conocido como La Gran Bestia, líder y refundador de la O.T.O.

—Parsons era ingeniero. Trabajó en el desarrollo de los aviones a propulsión. Era un genio de las matemáticas: me extraña que creyese en un cuento semejante.

—La ciencia y el misticismo han estado tomados de la mano durante toda la historia de la humanidad, Claudia.

—No puedo creer que un científico caiga en semejante estupidez pachamámica.

—Cuando la tecnología es demasiado avanzada, parece magia a los ojos del espectador ignorante.

—Esa frase es de Carl Sagan.

—Arthur C. Clarke dijo eso, el escritor de 2001, una odisea en el espacio, el libro y el guión para la película de Kubrick.

—No te vayas por las ramas hombre.

—Parsons y Cameron se embarcaron luego en un proyecto aún más ambicioso que la mera invocación de potencias cósmicas. A través de complejos ritos y estudios astrológicos, trazaron la fecha precisa en la que concebirían a otra criatura que flota a la deriva en el cosmos gnóstico: el Anticristo. Ellos fallaron; Kassler y Sophie, no. La Compañía logró contener el desastre a cambio de la cooperación de la élite mundial con otro proyecto más ambicioso aún. —Cardoen hace una pausa. Se muerde los labios.

—No te detengas…

—Ayudar a los Profundos a despertar al que duerme.

—¿El diablo?

—El dios de la locura. Cthulhu, lo bautizó Lovecraft, pero tiene muchos nombres. Según el Necronomicón, es el quinto del sexteto divino. Es el que yace muerto, pero soñando en la mística ciudad de R'Lyeh.

Al soñar su propia muerte, sus sueños influyen de forma espantosa en el tridimensional mundo humano. Por eso se le conoce como el «Señor de los Profundos». Está representado entre los elementos por el Agua y, astrológicamente, por el signo de Escorpión, conocido por los Acadios como Grilab, el «agarrador» o «aguijoneador», ante el cual siempre hay que inclinarse. Desde el punto de vista geográfico, Cthulhu está referido al Oeste, el lugar de la muerte en la religión egipcia —se explaya Cardoen y luego hace una pausa—. ¿No viste nada raro en Juan Fernández?

—Una especie de misa negra. Cantaban en un idioma raro y la presidía un tipo alto con una máscara de pescado.

—No era una máscara.

—¿No te parece demasiado fantástico el cuento?

—Ese era Dagón, el rey de los Profundos, adoradores del durmiente. Los Profundos viven en

R’Lyeh,
la ciudad que yace hundida hace eones en el Océano Pacífico, muy cerca del archipiélago: no es casualidad que se hayan refugiado ahí. La fecha descrita por Lovecraft, la alineación estelar que va a permitir despertar al innombrable, está cerca. Los zombis son solo el primer síntoma; son la primera fase del plan para subyugar y destruir a la humanidad, para que los Primigenios vuelvan a tomar lo que es suyo.

—¿Y qué tiene que ver el colisionador?

—Le propuse un plan a Augusto y creamos el Área 12. En principio diseñamos y fabricamos armas para defendernos de la amenaza de Perú, Bolivia y Argentina, que luego del conflicto en Malvinas pretendían atacar de forma conjunta nuestro país. En el camino nos fuimos enterando de todas estas historias inverosímiles. Augusto y yo somos hombres de campo, huasos brutos, pero a la luz de las evidencias era imposible ignorar el peligro. Luego de su muerte, me dejó varias toneladas de oro para proseguir con mis investigaciones. Es una lástima que haya muerto antes de que perfeccionáramos el proceso de transflexión mental; la tecnología aún no estaba disponible para salvarlo cuando enfermó.

—¿Ese es el gran proyecto, la transflexión?

—No, ese es solo un seguro de vida, una aplicación inesperada derivada de la investigación principal. El plan de defensa fue bautizado como Proyecto Pillán, y no tuvimos éxito hasta hace poco. El colisionador de partículas nos permite generar antimateria: convertir electrones en positrones y utilizarlos para dar energía a los exoesqueletos que vamos a necesitar para luchar contra los Profundos. Aún estamos en etapa experimental, y no sé si disponemos de tiempo y recursos suficientes para tener listos a los Pillanes para dar la pelea. No esperábamos el brote zombi, no tan pronto al menos —las palabras salen con dificultad de los labios deshidratados del magnate—. Por eso te necesito, por eso y porque sé que comprendes la importancia del problema: has visto cómo funcionan La Compañía y sus socios —Cardoen hace una pausa para quejarse—. Se metieron con mi familia, Claudia; quiero que me vengues, que desbarates sus planes y te redimas en el camino.

—No lo haré por ti.

—Lo sé, lo harás porque mi venganza está alineada con tu deseo

intrínseco de justicia, y porque no rehúyes la violencia. Sabes que el mundo está fundado sobre capas y capas de cadáveres; sé que harás lo que tengas que hacer porque no puedes evitarlo, solo te estoy dando los medios para luchar, a cambio te ruego que cuides a mi nieta.

—La cuidaría me lo pidieses o no, viejo. Aunque hay cosas que no comprendo.

—Los grandes millonarios, los dueños del mundo, son personas llenas de miedo, y le temen a las personas comunes. Con el advenimiento de la Inteligencia Artificial, vieron factible deshacerse de los pobres, que antes les servían como instrumentos para multiplicar su capital. Ahora bien, ¿de qué te sirve ser dueño del mundo, si solo vas a vivir ochenta años para disfrutarlo?

—¿Puedes heredarlo a tus hijos?

—A esta gente le importan un rábano sus hijos. Los Profundos, por medio de La Compañía, les ofrecieron el secreto de la inmortalidad, por eso soltaron y propagaron el virus zombi, para asegurarse de que los pescados no encontrasen resistencia.

—Pero si Cthulhu trae la locura, es estúpido pensar que van a vivir en un paraíso.

—Esta gente ya está loca, son adictos a la cocaína, a las orgías; son pederastas y degenerados la mayoría. No quieren un jardín del Edén, sino un infierno en el cual se les permita revelar quiénes de verdad son.

—No sé si te creo, Carlos, pero prometo cuidar de tu nieta —dice Claudia con un suspiro.

La cápsula comienza a bajar la velocidad, hasta que se detiene. El empresario apenas se mantiene despierto. Las compuertas se deslizan hacia los lados y un equipo vestido con batas blancas entra raudo; lo suben a una camilla y corren por un pasillo bien iluminado, inyectándole suero y revisando sus signos vitales.

Claudia, Puran y Montserrat van tras ellos. Una mujer con mascarilla los detiene en la entrada de la sala y les indica un ventanal grueso. Dentro hay dos escáneres, uno al lado del otro. En el de la izquierda, se aprecia un par de piernas que sobresalen; en el otro meten a Cardoen.

—Mi nombre es Macarena Barría, soy neurobióloga. El proceso va a tardar un par de días; esperen aquí, un equipo viene en camino

para mostrarles las instalaciones —dice con rapidez, se acomoda los lentes con el índice sobre el tabique, da media vuelta y entra a la sala de operaciones.

El grupo guarda silencio. Montserrat se acerca a Claudia, quien la abraza y le hace cariño en el hombro.

Media hora después, un hombre vestido con un mono azul llega en un carrito de golf.

—Tú debes de ser Claudia —dice bajándose y estirando la mano —. Don Carlos nos pidió que los acomodemos. Es un honor recibir a los primeros pilotos, esperamos comenzar las pruebas lo antes posible.

—Mucho gusto —responde la aludida—. Disculpe, no oí su nombre.

—Maturana, Roberto Maturana, o doctor Maturana, como le acomode. —El hombre sonríe y con un gesto de la mano los invita a subir al transporte.

—Puran, un colega, y Monse, nieta de Carlos.

—Mucho gusto, los voy a llevar a las instalaciones para que se pongan cómodos. Pasaremos por el hangar principal.

—Tenemos hambre —dice Claudia, pero no hay respuesta.

El vehículo eléctrico y menudo se mueve con rapidez por los ascéticos túneles. Luego de tomar varios desvíos, entran a un espacio alto, amplio y bien iluminado.

—Ahí están —Maturana detiene el vehículo un instante y sonríe embobado—. El proyecto Pillán.

Claudia, Puran y Montserrat sacan las cabezas para observar. Hay seis gigantes de al menos tres metros de altura, erguidos como estatuas góticas. El material del que están hechos no refleja la luz.

—Son robots gigantes —murmura Claudia, con los ojos bien abiertos.

—Exoesqueletos —corrige Roberto—. El robot gigante es el de más atrás.

Tras los titanes, una silueta monstruosa con forma humanoide se eleva treinta metros. Los hombres que trabajan en el chasis del mecha parecen hormigas, colgados de andamios y afanados en distintas partes del fuselaje.

—Increíble —musita la mujer, sin dar crédito a lo que ve.

El motor eléctrico del pequeño vehículo vuelve a zumbar y este

se pierde en una de las galerías adyacentes.

# Capítulo 21.
# El gueto vertical

Las piernas les arden, los músculos de los muslos y las pantorrillas se sienten congestionados, como si un millar de agujas hendieran sus extremidades con cada escalón. Ignacio sigue subiendo con disciplina militar; Matías suda y se queja, mientras que Aarón resuella empujando al *gamer* desde abajo con sus manazas apoyadas en la zona lumbar del escolar, ayudándolo a remontar la caja de escaleras del edificio Alameda Urbano, que está en penumbras. Los tres jóvenes deben llegar al piso diez y nueve.

Solo hace unos instantes que entraron al gueto vertical. No había conserje en la recepción, y la fila para los cuatro ascensores con capacidad para seis personas cada uno, llegaba hasta la puerta entrada. Apenas hicieron ingreso, Ignacio pudo escuchar acentos centroamericanos variados. Notó un par de haitianos hablando en creolé y a tres bolivianos hablando en quechua. Los colores de la fila para los elevadores cubrían todas las tonalidades humanas, desde peruanos mezclados con chinos, pasando por colombianos, venezolanos, sirios, filipinos, coreanos y los caribeños de origen africano. Chile había cambiado durante el último año en que Ignacio había estado internado en la Escuela Militar: el país se había convertido en una nación cosmopolita que apenas se reconocía a sí misma.

No alcanzan a descansar ni un momento; apenas se han puesto a la fila ven las luces de un vehículo que se acerca a toda velocidad en dirección del atrio de la mole de cemento. Ignacio agarra a su primo de un hombro justo cuando el automóvil rompe los ventanales de la entrada y penetra dando vueltas en el vestíbulo.

Corren hacia las escaleras de servicio sin mirar atrás. Aarón los

sigue, cierra y asegura la puerta antes de subir tras ellos.

Los jóvenes, que una vez más se han salvado del caos que reina en la capital, suben escalón tras escalón, escuchando el eco de sus pasos y su agitada respiración.

La puerta del departamento mil novecientos treinta y dos se abre de par en par. Diego abre bien los ojos para cerciorarse de que no es una aparición, y luego abraza a su amigo con efusividad. Millaray se pone de pie y ve cómo entran los tres hombres. Se mueve para que se acomoden en los raídos sillones y se parapeta tras la tabla de la cocina americana; suspira, frunce la boca, entrelaza los brazos sobre el pecho y guarda silencio.

Ignacio presenta al de la máscara del Santo Plateado, que ya se ha echado cuan grande es en un sitial, y hace un sucinto recuento del trayecto mientras Diego les sirve vasos con agua y hielo. Matías es el primero en tomar una ducha. Diego los pone al día respecto a las noticias e Ignacio se ofrece a cocinar algo.

Cuando Matías sale del baño, caminando lento y con rostro compungido, vestido con ropa ajena, lo primero que percibe es el aroma: orégano, pimienta, tomillo, papas, mantequilla, salsa de tomates, carne frita y ajo. La comida lo relaja, lo transporta a su casa y le permite olvidar lo sucedido durante el extenuante día. Los demás ya están sentados, cuchareando y masticando el mejunje que ha improvisado el exrecluta: papas salteadas con pimientos y arroz, bañado con abundante salsa de tomate con carne molida.

—No me hubiese imaginado que un lamefusiles mimado pudiera cocinar.

—Eso es porque los colorados tienen poca imaginación.

—Eso no es cierto, los mejores artistas, poetas, cantantes y escritores de este país y del mundo son todos de izquierda.

—Huidobro era de derecha, Borges, Vargas Llosa y Mariana Callejas para qué decir, Miguel Serrano, Martin Heidegger, Nietzsche, Wagner y Steig Larson eran nacional socialistas. Ezra Pound era fascista y Leni Rifensthal trabajó para Hitler filmando documentales y desarrollando técnicas cinematográficas que hasta hoy son imitadas por los progresistas…

—Creo que hay cosas más importantes que discutir —los interrumpe Diego.

—Es verdad, no pensé que lograrían llegar. Nosotros estuvimos a

punto de no lograrlo tampoco. Los militares se han tomado el poder. Debes de estar contento ¿o no, cabeza de muela? —lanza Millaray con la boca llena, enarcando una ceja.

—Las provisiones que tengo en la despensa no van a durar para siempre; hoy podemos pernoctar en este lugar, pero tenemos que ver qué vamos a hacer mañana.

—Es mi turno de ir al agua entonces —dice Ignacio, que ya ha terminado su plato, lo ha lavado y lo ha dejado estilando en el fregadero—. Voy al baño a asearme, luego llenaré la tina con agua: no sabemos cuándo se va a cortar el servicio.

En ese momento las luces se apagan. Matías se levanta asustado y se tropieza, cayendo de bruces. Solo sus quejidos rompen el silencio. Millaray ríe entre dientes.

—¿Qué pasó?

—Me caí, pero no me pasó nada…

—Parece que es en todo el sector —replica Diego, que se ha levantado a mirar por la ventana del diminuto balcón.

—Es posible que haya fallado el sistema interconectado central y que toda la Región Metropolitana se haya quedado sin energía —apunta Ignacio—; deberíamos llenar algunas botellas con el agua del estanque del baño. Lo más probable es que, sin electricidad, las bombas que hacen subir el agua hasta el techo del edificio no funcionen.

—¿Tienes velas?

—¿Para qué querría tener velas, Millaray?

—Ay, Diego, para aromatizar, para una cita romántica o para cuando se corta la luz, por ejemplo.

—No tengo esas cosas. Aquí no se corta la luz, es decir, nunca se ha cortado antes.

En ese momento Ignacio vuelve del baño con una botella de alcohol y un trozo de algodón. Abre el cajón del servicio, hace un agujero en la tapa plástica del contenedor del combustible y lo convierte en un mechero, que coloca en medio del *living*-comedor-cocina.

—Deberíamos tratar de dormir; no sabemos cómo van a estar las cosas mañana.

—Ya rugiste, si tienes una botella de tequila yo me duermo en un momento.

—El alcohol nos sirve como combustible Aarón, no podemos desperdiciarlo en una borrachera.

—Como digas, chamaco, después de todo soy tu invitado —responde el de la máscara plateada, que vuelve al sillón, bosteza y se acomoda.

—Creo que tenemos claro que hoy vamos a pasar la noche aquí —dice Millaray—. Diego y yo deberíamos dormir en la cama matrimonial, Ignacio y Matías en la pieza del camarote y el mexicano raro aquí en el sillón.

—Como tú digas, lechuga.

—No, eso no está bien —interviene Diego—. Millaray debe dormir en los camarotes y los tres hombres en la cama grande, eso es lo que corresponde.

—Yo dormiré en el sillón, para vigilar a Aarón; puede que nos haya salvado a mí y a Matías, pero eso no lo hace digno de confianza. Espero que no te ofendas, Zapata.

—No mames, wey, yo mañana voy al aeropuerto y me largo de vuelta a la tierra de mi San La Muerte y mi santa virgencita de Guadalupe. Seguro que el muro de Trump nos va a mantener protegidos de los zombis gringos, ya que los guatemaltecos no cuentan para nada, esos de seguro que se pierden en la selva, pinches cabrones.

—Tenemos que decidir nuestro plan de acción para mañana. Matías y yo deberíamos irnos a casa a primera hora, pero lo más seguro es que nos quedemos aquí un par de días hasta que el ejército haya limpiado las calles. Salir mañana sería correr un riesgo innecesario, por más que se preocupen nuestros parientes.

—Yo llevo tres días afuera —interviene Millaray—, uno más da lo mismo; lo ideal sería llamar a mis abuelos por teléfono, pero las líneas no funcionan y no alcancé a cargar mi celular.

—Yo quiero volver a mi casa…

—Silencio, Matías, yo soy el mayor y el responsable por tu seguridad: harás lo que te diga.

—Ya no estás en la Escuela Militar, lamefusiles.

—Millaray tiene razón, ya no estás en la Escuela Militar. Además, el que descubrió que eran zombis fui yo —se rebela el *gamer*.

—Cuando te caíste del caballo la pelo verde quería dejarte

tirado; fui yo el que volvió atrás para rescatarte, así que te callas y obedeces.

—Tú no eres mi papá.

—No, soy quien le va a tener que decir a tu papá que no pude salvarte porque eres un gordo mal criado. Soy quien va a terminar convertido en zombi porque no tuviste ni los huevos ni la disciplina para seguir adelante.

El rostro de Matías se congestiona, su boca es una delgada línea amoratada y su barbilla tirita. Con los puños apretados a la altura de los muslos, con los ojos vidriosos y enrojecidos, se da media vuelta y se encierra en el baño.

—No tenías para que humillar al chavo, wey.

—Es lo que hacen los fachos, humillar a quien se les pase por delante.

—Y los comunistas no hacen más que dividir a la población con su discurso mentiroso de la lucha de clases, para luego tomarse el poder y mantener a la gente en la misma pobreza de siempre. Forman grupos terroristas y cuando los matan se hacen las víctimas; no son más que una manada de hipócritas, empezando por ti, que vives en Ñuñoa y juegas a ser la niña anarquista.

—Dejen de pelear —interviene Diego, alzando la voz—, afuera está lleno de monstruos hambrientos a los que les importa un soberano pepino si ustedes son de derecha o de izquierda, si son de La Pintana o La Dehesa. Si queremos sobrevivir, tenemos que dejar nuestras diferencias atrás.

—¡No lo soporto!

—El naco tiene razón, weyes, deberían escucharlo.

—Tú no te metas, mexicano. Esta comunista intentó poner a mi primo en contra mía.

—Tu primo es un pendejo y tú lo sabes, carnal; no mames.

—¡O dejan de discutir o se van todos cagando de mi departamento! ¿Escucharon? —grita Diego, y todos se vuelven a mirarlo. El joven moreno no es la clase de persona que se ofusque con facilidad. Los mira con el ceño fruncido, la mirada endurecida refleja decisión. El grupo guarda silencio por un momento. Millaray levanta las manos y muestra las palmas, camina hacia atrás y se sienta en el sillón. Ignacio mira hacia abajo y asiente con la cabeza.

—Ya rugiste —replica Aarón, se arrellana y cruza las manos

detrás de la nuca.

—Tenemos comida para un día o dos con suerte. Después de eso tendremos que salir a buscar provisiones —continúa Diego después de un profundo suspiro, en el cual deja ir la tensión.

—Eso si no nos vienen a asaltar de algún otro departamento —agrega Ignacio, casi en un murmullo.

—Creo que seríamos capaces de defendernos si eso pasa, Ignacio —responde la escolar mirando a Diego, buscando su aprobación—. No todos los inmigrantes son delincuentes, ¿sabes?

—¿Tienes una radio a pilas, Diego? —pregunta el exrecluta, ignorando a la fémina.

—Creo que mi viejo tiene una con la cual va al estadio. Le gusta ver los partidos de fútbol mientras escucha los comentarios de la radio; la voy a buscar —replica el dueño de casa y se va al cuarto matrimonial.

—Aarón, recién dijiste que el muro de Trump mantendría a los mexicanos a salvo de los zombis yankis. Pero yo no sé si sabes que los gringos han estado haciendo ejercicios militares para una posible pandemia zombi. ¿No crees que lo más probable es que hayan sido ellos los que liberaron el virus? —pregunta Ignacio, frotándose las manos.

—Yo sé que los Iluminatis están obsesionados con «el Nuevo Orden Mundial» y que uno de sus planes para el mundo es reducir a la población. Lo pusieron de manifiesto en las «Piedras Guías de Georgia», un monumento en el condado de Elbert: es una estructura de granito, parecida a la de Stonehenge de Inglaterra, que mandó a hacer un tal R. C. Christian —interviene Diego, que viene de vuelta con una radio portátil negra—. En las piedras se lee que la población debe mantenerse bajo los quinientos millones, y ya somos casi setecientos cincuenta mil millones de seres humanos. R. C. es un acrónimo de Rosa Cruz, una secta Iluminati que está relacionada con el grupo Bilderberg, un montón de banqueros y grandes empresarios que pretender gobernar el mundo e imponer su Nuevo Orden Mundial.

—Somos siete mil millones más o menos, se supone que el 2025 llegamos a los ochomil quinientos millones. No somos tantos —corrige la chica de los *piercings* y continúa—. Yo sabía que David Rockefeller es uno de los más preocupados por instaurar el Nuevo

Orden Mundial: lo ha dicho en varias entrevistas. Lo que no especifica nunca es en qué consiste ese nuevo orden —agrega Millaray.

—Rockefeller es uno de los miembros del grupo Bilderberg, y además está obsesionado con conseguir la vida eterna. Con sus empresas y fundaciones ha financiado proyectos para trasplantar cerebros de un cuerpo a otro y descargar la mente humana en una computadora; experimentos con ratones que han probado que la sangre joven, transferida a un animal viejo, rejuvenece al sujeto de prueba, los experimentos con telomerasa, y otros que tienen que ver con el efecto de los radicales libres —insiste Diego.

—¿Piensas que el virus zombi puede haber sido creado en estos intentos por conseguir la inmortalidad? —inquiere Ignacio, levantando una ceja.

—Es posible —dice el dueño de casa, alzando los hombros—; imagino que si ya descubrieron la fórmula para vivir para siempre, lo más lógico es que haya llegado el tiempo de deshacerse de los humanos que ellos consideran que sobran.

—Pero el virus no es selectivo, ellos también se ponen en peligro —espeta el exrecluta.

—Si los miembros de la secta están a resguardo, solo tienen que esperar a que el mundo colapse y luego salir de sus escondites cuando los no muertos se hayan podrido e instalar su Nuevo Orden Mundial —explica Diego.

—Sí que tienen imaginación, cabrones.

—El marido de mi mamá —habla Millaray—, trabaja en el desarrollo de redes neuronales artificiales; inteligencia artificial. Es tan claro el hecho de que las máquinas van a remplazar a los humanos en todos los trabajos que en Suiza y Noruega ya están votando por un ingreso básico universal: un sueldo que le permita vivir bien a una persona, solo por haber nacido. La gran utopía comunista hecha realidad. Marx decía que el comunismo nacería de forma natural una vez que las naciones industrializadas llegasen al límite de su desarrollo. Es evidente que si la gente no tiene trabajo, las masas trabajadoras, para sobrevivir, tendrán que tomarse los medios de producción por la fuerza.

—Entonces, según ustedes, esta catástrofe es producto de una conspiración capitalista Iluminati para eliminar a los seres humanos

que ya no son necesarios, a fin de evitar tener que mantenerlos de por vida pagándoles este ingreso básico universal —puntualiza Ignacio.

—Es una buena hipótesis. He leído que hay al menos dos tiendas de Amazon en Gringolandia donde no trabaja ni un ser humano, ni siquiera para reponer mercadería. Hace poco salió a la bolsa la primera fábrica en Inglaterra donde no trabaja ni un ser humano; Tesla ya tiene fábricas que no necesitan seres humanos y en China la tendencia es a la automatización casi completa. La inteligencia artificial es capaz de hacer cualquier cosa que nosotros hagamos, y mejor, de manera más eficiente y más rápida —contesta Diego—. Solo hay que pensar en lo que va a pasar cuando lleguen los autos que se manejan solos. He estado investigando esto porque mi papá es el primero que se va a quedar sin trabajo cuando lleguen los camiones autónomos, como los de la película Logan. Imaginen a todos los choferes de micro, tren, metro, colectivos, taxis y camiones sin trabajo de un paraguazo. Sería una crisis que los gobiernos no están preparados para enfrentar. Yo no sé qué va a hacer mi papá cuando pase.

—Y de qué nos sirve haber dilucidado quién es el culpable de todo esto si no podemos hacer nada. Ni siquiera podemos conectarnos a internet y twitearlo o postearlo en Facebook e Instagram para que todo el mundo se entere y evitemos el caos —suelta con ironía Ignacio—. Entiendo que los de izquierda siempre están pensando que los empresarios, o burgueses como ustedes los llaman, están intentando esclavizar o eliminar a la población, pero igual es un poco exagerado matar a dos tercios de tus congéneres solo porque consideras que sobran.

—La filosofía vegana y animalista es un ejemplo. El final de sus argumentos es que los humanos somos los malos que deberíamos morir para no hacer sufrir a los pobres animalitos ni a la naturaleza —responde Diego.

—Lo cual es bastante cierto, no lo podemos negar: el mundo está dirigido por unos *yuppies* jalados que están a punto de llevarnos a la extinción total para ganarse un par de fajos de billetes más en el casino de las bolsas de valores; ese es el espíritu del capitalismo neoliberal —agrega Millaray—. Para los empresarios y para la clase alta (no los de tu clase, Ignacio: ustedes no son más que los perros

de los verdaderos dueños del mundo) los demás no somos seres humanos. Viven diferente, toman un agua diferente y respiran un aire diferente. Para ellos no somos más que un factor numérico en la ecuación.

—Y de qué les sirve toda esta charla, weyes, mejor piensen cómo me van a llevar al aeropuerto mañana, miren que yo tomo el primer vuelo al D.F. y me largo a comer mis tamales y mis enchiladas.

—Lo importante es que podemos planificar nuestra estrategia de supervivencia acorde al plan maestro Iluminati y, de esa manera, tomar las decisiones adecuadas —reconviene el dueño de casa, no muy convencido de sus palabras.

—Pero no tenemos detalle alguno de esos planes que mencionas, Diego. Lo mejor que podemos hacer es relajarnos y esperar a que el ejército de Chile limpie las calles y restablezca el orden; después vemos cómo vuelve cada uno para su casa.

—¿Es que no entiendes nada, Ignacio? —insiste Millaray.

—No podemos planificar sobre conjeturas basadas en videos de conspiración que han visto en Youtube —replica el exrecluta—. Dejen de ser niños y veamos lo que tenemos en frente. No podemos salir por el primer piso, que debe de estar lleno de chiflados come hombres. No hay energía eléctrica, nuestros alimentos son limitados y estamos en un edificio donde viven otras mil quinientas personas, tal vez unas dos mil quinientas, y más de alguno de ellos ha llegado infectado a su casa. Por lo que ustedes vieron en La Moneda, las calles deben de estar infestadas de zombis; nuestra mejor opción es una evacuación vertical. Debemos subir al techo del edificio y hacer señales de fuego o humo para ver si los helicópteros de carabineros o el ejército nos rescatan. Deberíamos esperar uno o dos días. Si no sucede nada entonces deberíamos intentar salir por el subterráneo, tomar un auto y ver hacia dónde escapar.

—Suena como un plan —asiente Diego, moviendo la barbilla de arriba abajo.

—Es sensato —agrega Millaray con un bufido, se sienta al lado del dueño de casa y le rodea los hombros.

—Enciendan esa radio de una vez, pendejos, conversando entre ustedes no van a averiguar nada que les sirva para llevarme al aeropuerto.

—Nadie te va a llevar al aeropuerto —replica Ignacio.

—Ya sé, cabrón, a ver si se dejan de decir pendejadas.

Diego comprueba las pilas, estira la antena y enciende la radio. Al principio se escucha estática. El dedo pulgar mueve el dial en busca de alguna señal. Todos se agazapan en la penumbra para escuchar. Desde afuera entran aullidos de perros, bocinazos lejanos, sirenas y otros sonidos aterradores.

Es en este momento en que el grupo se da cuenta de la gravedad de la situación. Millaray se muerde los labios; Ignacio se toca la barbilla; Aarón deglute.

La estática cesa cuando Diego cambia a la banda Aero Modulada:

*Se invita a todas las radios con capacidad de transmitir a sumarse a esta cadena, 11 de Noviembre de 2020. Primero: una pandemia de origen desconocido ha afectado e infectado no solo a miembros de la sociedad civil, sino también al gobierno de la Presidente Vallejo. Segundo: la incapacidad del gobierno para adoptar las medidas que permitirían detener el proceso y el desarrollo de la pandemia. Tercero: el incremento exponencial de infectados dentro de la población civil. Las fuerzas armadas y Carabineros de Chile declaran: Primero: que el presidente del Senado, el señor Gaspar Rivas, debe proceder a la inmediata entrega de su alto cargo a las fuerzas armadas y a Carabineros de Chile. Segundo: que las fuerzas armadas y el cuerpo de Carabineros de Chile están unidos, para iniciar la histórica y responsable misión de luchar por la liberación de la patria de la pandemia que ha convertido a nuestros compatriotas en caníbales iracundos, así como de la restauración del orden y de la institucionalidad. Tercero: los ciudadanos de Chile pueden tener la seguridad de que sus derechos civiles serán respetados en lo fundamental, siempre y cuando puedan demostrar que no están infectados. Cuarto: los medios de comunicación y telecomunicaciones deben plegarse al esfuerzo por coordinar a la sociedad civil, con el objetivo de restablecer el orden y la institucionalidad, poniéndose, por lo tanto, bajo el mandato inmediato de las fuerzas armadas y carabineros, de lo contrario recibirán castigo aéreo y terrestre. Quinto: el pueblo de la Región*

*Metropolitana debe permanecer en sus casas, a fin de evitar víctimas inocentes. Firmado: Sebastián Augusto Ibáñez Echeñique, general de ejército, comandante en jefe del Ejército; Guillermo Toribio Larrañaga Larraín, almirante, comandante en jefe de la Armada; Ricardo Ignacio Longueíra Perrier, general del aire, comandante en jefe de la Fuerza Aérea de Chile, y César Iván Moreira Echeñique, director general de Carabineros de Chile. Desde este momento se declara estado de emergencia y estado de excepción en todo el territorio nacional. Insistimos en que todas las personas a lo largo del país deben permanecer en sus casas. Todo aquel que sea sorprendido deambulando en la calle, será tratado como un infectado.*

*9, 5, 9, 7, 30, 4, 7, 9, 3, 3, 45, 6, 9, 0, 3, 6, 23, 5, 6, 9, 2, 0, 9, 2, 4, 1, 4, 0, 9, 4, 6, 8, 2, 1, 3, 4, 5, 8, 9, 5.*

*Se invita a todas las radios con capacidad de transmitir a sumarse a esta cadena, 11 de Noviembre del 2020. Primero: una pandemia de origen desconocido…*

# Capítulo 22.
# Los caballeros de Nuevo Extremo

Weiping limpia la hoja embadurnada con sangre negra de la katana, frotándola en el pasto. Extrae la cantimplora de la alforja que cuelga junto a una nodachi en las ancas del caballo, bebe un trago y moja el acero para ablandar los coágulos mal olientes que se resisten a salir. Desenvainar el sable era la última opción, luego de romper la alabarda y perder la maza incrustada en un cráneo. Durante su entrenamiento, que había durado tres meses, antes de que se le permitiese salir, además de estudiar equitación, los maestros le habían enseñado el orden apropiado para utilizar el arsenal que llevaba encima y, gracias al aporte de provisiones y medicinas recuperados del búnker, le habían concedido la petición de forjar una armadura a la usanza japonesa.

—No sé de dónde salieron —dice Matías—, me vi rodeado de repente.

—Tenemos que volver a Casa Blanca, va a oscurecer en unas horas —replica el asiático.

—¿Te pone nervioso volver a Melosilla, tan cerca del búnker? —inquiere Matías.

Los demás miembros de la compañía rematan a los zombis que Weiping ha dejado regados por el lugar. Asiente y gruñe a la pregunta de su amigo. Recuerda la manera en que salió de ahí y lo terrible que había significado volver por las provisiones, medicinas, la radio y las baterías.

Nadie le preguntó por los cadáveres de su hermana y su mejor amigo pudriéndose en una de las habitaciones. La mayoría de los supervivientes habían tenido que cometer atrocidades para sobrevivir. La muerte no era lo peor que le podía pasar a una

persona en este nuevo mundo.

—Si no es por la cota de malla que llevas, te hubiesen destrozado. No sé por qué insistes en salir a cosechar muertos, Matías.

—Es mejor que trabajar la tierra o cuidar los chanchos —responde el corpulento, con las mejillas coloradas; una gota de sudor le baja desde las patillas—. Cuando salía con Ignacio estas cosas no me pasaban.

—Ignacio tiene que mejorar sus habilidades pilotando. Mejor ni le contamos que casi te comen.

—¿Un duelo de *Mortal Kombat* llegando?

—No cambies el tema, deberías pedirle a La Patrona que te mande a estudiar a los laboratorios; tienes cabeza para eso.

—Soy muy flojo, Wei.

—Podrías especializarte en mecánica y ayudar a tu primo con el mantenimiento del Cherrufe. —Weiping termina de limpiar sus armas y monta de un salto.

—Hoy llega La Patrona. Espero que el banquete sea digno —responde Matías, tirando de las riendas, con un pie en el estribo e intentando infructuosamente acomodarse en la silla.

Weiping bufa ante la torpeza de su amigo, mira hacia delante y cabalga en silencio. El piquete de cinco hombres avanza tras él, dejando atrás al *gamer*.

Cuando llegan a la cima de la colina, se abre ante ellos el valle de Casablanca. Una fina bruma recorre los campos antaño rebosantes de vides. La sombra de un gigante avanza por los lindes de los sembradíos en los que ahora crece cereal; tras el oscuro coloso va una tropa de diez caballeros, cuyas armaduras relucen doradas al atardecer. Más allá, en la colina, se yerguen las murallas albas de la ciudad. Un helicóptero surca los aires.

Los hombres entierran los talones en los costados de los animales y apuran el paso.

A la distancia, otro grupo de jinetes se acerca a ellos. El asiático levanta la mano y la mueve en el aire a modo de saludo. Un hombre con turbante azul levanta un talwar, cuyo acero brilla en el aire. Tras él cabalgan tres mujeres: escopetas al hombro, vestidos largos, cabello cano amarrado en trenzas que les llegan a la cintura.

—Puran —saluda Wei—, ¿qué noticias traes del sur?

—Venimos hambrientos —responde el indio en español, con fuerte acento.

—Saliste hace cuatro meses, pensé que no volverías —interviene Matías, que se une a ellos apurando el trote de su montura. Los grupos se unen en una sola caravana—. ¿Hay novedades?

—Nada nuevo. Apenas crucé Rancagua comenzaron a perseguirme varios grupos de bandoleros; es imposible contactarse con las ciudades más allá del
Bío-Bío.
Vamos a tener que plantar cara nosotros solos —suspira y mueve la cabeza de lado a lado—. ¿Han hablado con La Jefa? ¿Cómo le fue en el norte?

—La Patrona viene llegando —Weiping apunta la aeronave, que en esos momentos aterriza en la ciudad—. Las antenas ya están instaladas, pero quiere asegurarse de que todos entendamos la situación. Los temblores han ido en aumento; pronto tendremos que dejar de cosechar muertos.

—A menos que salgamos con un Pillán —acota Matías.

—¿Qué pasó con la misión a Santiago? —responde el Sij, ignorando el comentario del *gamer*.

—No hemos sabido nada —replica el asiático. Guardan silencio un momento.

—Salieron antes que yo —apunta Puran.

—Esperábamos que trajeran más gente, pero a estas alturas seguro son pasto de zombi.

—Yo traje refuerzos —dice el moreno, mirando a las tres mujeres que vienen tras él—. Me costó convencerlas, pero aquí están: María Jesús, María Gracia y María Begoña.

Los más jóvenes saludan con la mano, ellas asienten con la cabeza.

Las puertas de la ciudad se abren. El grupo se dirige a los establos, luego a los baños públicos y después al comedor.

El aroma de la carne asada y los guisos de legumbres impregna el lugar, iluminado por velas de cebo y el bracero rectangular en el centro, sobre el cual dan vueltas varios animales y hierven dos fondos tiznados desde los que emana un vapor aromático. Ignacio cucharea un plato hondo de madera, rodeado por otros jóvenes. Al ver a su primo, se levanta y lo abraza. El grupo se acomoda en una

mesa despejada.

—¿Cómo les fue en la cosecha? —inquiere con entusiasmo, hablando fuerte para hacerse escuchar entre las otras conversaciones que se suceden en el comedor.

—Bien, pero no encontramos nada nuevo en Curauma —responde Weiping con la boca llena—. ¿Y tu entrenamiento?

—Los pilotos nuevos van aprendiendo. —Ignacio indica a los hombres y mujeres que charlan en la mesa que acaba de dejar—. Seguimos ejercitando formas. Los manuales de esgrima medievales han sido de mucha ayuda, pero tenemos que practicar: para que la inteligencia artificial de los Pillanes pueda predecir y coordinar los movimientos con mayor fluidez, la mente del piloto debe sincronizarse con la del robot.

—¿Y la expedición a Santiago? —pregunta Puran.

—Debieron haber vuelto hace dos semanas —responde Ignacio.

—Nunca debieron intentarlo, es una pérdida de tiempo y de hombres entrar en las ruinas de las grandes ciudades —replica el asiático.

—Los que fueron tenían parientes ahí, no se lo podíamos prohibir —dice Matías, mordiendo una hogaza de pan.

—Falta poco tiempo para la obsolescencia —interviene Ignacio —. No sabemos si de verdad los muertos van a terminar de podrirse o si se van a convertir en otra cosa. Tampoco sabemos si los pescados van a atacar de inmediato, ni si las antenas van a funcionar. Ahora más que nunca tenemos que mantenernos unidos.

—La Patrona no autorizó la expedición, pero se fueron igual —dice Weiping, chasqueando la lengua—. Todos quieren saber qué les va a pasar si vuelven; veremos si es una líder o una tirana.

—¿No han probado las antenas? —pregunta el indio, desviando el tema.

—Sabemos el rango que tienen, pero no estamos seguros de la efectividad —responde Ignacio.

—Si nos volvemos locos está todo perdido —espeta el chino chileno.

—Se supone que hay una sonda en el Pacífico que tenía como misión analizar las ondas psiónicas del durmiente —dice Puran—. Me lo contaron en los laboratorios. Según ellos, habían sido capaces de anularlas, como un bloqueador de señales de celular.

—Si es verdad lo de la jibia gigante lovecraftiana, tengan claro que cuando despierte no va a ser suficiente —replica Weiping. Respira hondo, exhala largo y echa la cabeza hacia atrás—. He leído suficiente como para saberlo.

El salón queda en silencio por un momento. El crepitar del fuego y el chirrido de la grasa cayendo sobre el carbón ardiente son interrumpidos por tres pares de pasos, que retumban en la madera. Los comensales saludan. Algunos se quitan los sombreros, otros agachan la mirada en señal de respeto.

Una mujer alta, de cabello corto y ojos cafés avanza con la espalda recta hasta el sitial que domina el lugar. La siguen dos muchachas jóvenes, las que van enfundadas en sus neurotrajes. Montserrat y Millaray quedan de pie, una a cada lado del trono de madera, con las manos cruzadas en la espalda.

—Continúen —dice Claudia, recibiendo un plato con carne en tiras enfundadas en tortillas de harina de trigo.

—Me carga que la traten así —susurra Weiping—. No es una reina.

—Salvó Casablanca, nos salvó a nosotros, nos trajo los Pillanes y tiene un plan para lo que viene —responde Ignacio.

—La he visto apenas un par de veces y quieres que me atragante con ese cuento del cara de pulpo y los pescados que caminan… —insiste el asiático. Las tres Marías lo miran y luego observan a Puran.

—Yo estuve en el Área 12, vi a un par de Profundos encerrados en tubos de ensayo enormes. No tengo razones para dudar de Claudia o de sus intenciones; trabajé con ella y me salvó más de una vez.

—Deja de odiar, Wei. Estás envidioso porque te gustaría manejar un Pillán —suelta Matías con una sonrisa.

—No seas idiota —se defiende Wei—. Y tú, Puran: si son tan amigos, ¿por qué no piloteas un Pillán?

—No soy digno de… —El indio no alcanza a terminar la frase.

En ese momento suena la campana. Ignacio, Millaray, Montserrat y el resto de los pilotos se levantan y corren hacia la plaza. Claudia camina tras ellos.

—Vamos a los muros —invita Matías—, me encanta ver salir a los mechas.

Los pilotos se forman ordenados, cada uno frente a su exoesqueleto, todos calzados con sus respectivos neurotrajes. Claudia cruza un par de frases con el vigía.

—¡Vuelve la expedición de Santiago! —grita Claudia—, tras ellos viene la horda más grande que hemos visto; quiero que todos los hombres y mujeres capaces de luchar se preparen. ¡Ahora! —hace una pausa—. Pilotos, es hora de la prueba final, los quiero en tres grupos. Ignacio y tres de ustedes van a la vanguardia; quiero que la horda se estrelle contra un muro. Millaray, Montserrat: tomen dos de los pilotos nuevos cada una y ataquen por los flancos. Si llegan hasta las murallas, los estaremos esperando —dicho esto, el piso comienza a retumbar.

Tras las montañas, recortado contra la luz de la luna, se distingue la silueta de un coloso metálico de treinta metros que camina hacia la ciudad.

# Capítulo 23. Santiago Z

–8, 2, 1, 3, 4, 5, 8, 9, 5… —musita Ignacio, mirando al suelo. Sus pupilas viajan de derecha a izquierda con rapidez, como si estuviese leyendo algo—. ¡Matías! —grita, levantando la cabeza con los ojos abiertos como platos, pálido—, tomen lo que puedan, tenemos que salir de aquí ahora. ¡Matías, tenemos que irnos! Sal del baño, nos tenemos que ir ahora —insiste.

—No —responde el *gamer* con voz de ultratumba.

—Ya se chaló el milico este.

—¿Qué onda, carnal?

—¡Hay que salir de Santiago ahora! —vuelve a gritar.

—Explícate —reclama Diego, poniéndose de pie y tomando del brazo a Ignacio, quien en ese momento avanza hacia el baño.

—Matías, tenemos que irnos ahora.

—No quiero, no eres mi papá; deja de mandarme.

—¿Recuerdas cuando mi papá nos hacía jugar a descifrar mensajes escondidos en códigos numéricos militares?

—No cambies el tema, quiero una disculpa —dice el chiquillo, acercando el oído a la puerta.

—El mensaje de la radio tenía un código numérico. —Ignacio hace una pausa antes de continuar—. Van a bombardear Santiago; la situación se les salió de las manos.

—Ándate solo.

—No seas infantil, Matías. —La voz de Ignacio suena un poco más aguda que de costumbre.

—¿Qué dijiste? —pregunta Diego tras él.

—No —insiste el *gamer*.

—Matías —el exrecluta empuña las manos y respira profundo—,

discúlpame, eres mi sangre y te quiero, me preocupo por ti, quiero que vivas; perdón por ser tan mandón, pero vámonos, te lo ruego —articula con la voz temblorosa, conteniendo las ganas de echar abajo la puerta de una patada y llevarse a la rastra a su primo.

—¡Agarren sus cosas! ¡Tenemos que irnos! —exclama Diego, corre por la casa buscando bolsos, algo de ropa, comida, y los va tirando al *living*.

—¿Y tú le crees al milico? —espeta la de pelo verde, comiéndose las uñas.

Matías sale del baño y abraza a Ignacio.

—Te costó —dice con una sonrisa.

—Busca tus cosas, tenemos que irnos ahora.

Diez minutos después, Ignacio, Matías, Millaray, Diego y el Santo Plateado bajan con premura las escaleras; se iluminan con una linterna a cuerda y jadean por el peso de las mochilas y las armas, que llevan empuñadas. Cuando salen a la recepción tienen que abrirse paso. Aarón levanta a un hambriento alto, de raza negra, por la cintura y la parte interior del muslo, para luego incrustarlo en el suelo y quebrarle el cuello. El martillo de Ignacio se balancea y revienta otro par de cráneos.

Cuando salen, el aroma a tripas les golpea las fosas nasales. Un grupo de al menos diez no muertos se dan un festín con un perro. Los jóvenes trotan en dirección a la Alameda. Las calles penumbrosas están vacías, excepto por algunos autos chocados. El silencio es ominoso y oscuro. Al llegar a la arteria principal doblan a la izquierda; en ese momento escuchan los gritos guturales. Un grupo de zombis camina hacia ellos. Los chicos apuran el paso, pero tienen que avanzar entre el atochamiento. Los hambrientos van ganando terreno; el frenesí alimentario los hace moverse un poco más rápido, torpes, pero inexorables. Avanzan como una ola de dientes y garras, como un aluvión de muerte.

—¿Qué es eso? —pregunta Matías, que viene retrasado.

Ignacio vuelve atrás y logra distinguir la primera fila de mordedores. Son enanos, payasos, hombres vestidos con minifalda y tacones; algunos bien maquillados, otros vienen con mallas, leotardos o semidesnudos, con los rostros demacrados; pedazos de carne colgando se mezclan con las narices prostéticas y las pelucas.

—¡El circo Timoteo! —exclama el exrecluta.

—El circo Timoteo zombi —corrige el *gamer*.

Los jóvenes dan media vuelta y corren para alcanzar al grupo, que intenta mantener la distancia entre ellos y los cadáveres vivientes.

—¿Para dónde vamos? —inquiere Millaray.

—Por la ruta 68. Es la única forma de salir de Santiago; no estoy seguro del radio del bombardeo.

En ese momento escuchan los aviones pasar por sobre sus cabezas. No los ven, pero los escuchan. Aprietan el paso un poco más. Al minuto ven el brillo anaranjado en el cielo nocturno, luego las explosiones retumban en la bóveda oscura, nublada por el smog sempiterno de la capital.

—¡Hijos de puta! —llora la chica de pelo verde—. ¿Hasta cuándo pasan estas cosas? ¿Hasta cuándo los más fuertes aplastan a los más débiles? —solloza.

Nadie contesta. Dan un paso después de otro, sin dejar de mirar tras sus hombros. Jadean, sudan; los pies les arden, los lomos ya están tensos por el peso de las mochilas. Ven el paso bajo nivel que entra a avenida Pajaritos, taponeado de vehículos chocados y cadáveres a medio comer que, colgando de las ventanas de los buses, con las tripas desgarradas y los rostros desencajados, se balancean y se mueven atrapados entre el metal achurruscado y la sangre.

Desde el terminal, tras un bus interurbano naranja volcado, aparece un grupo que camina renqueante hacia ellos. Corren; Ignacio toma la delantera y se acerca a la barrera de hormigón que divide la carretera. Los dementes chocan con los automóviles, avanzando con torpeza; se empujan y taponean dando alaridos roncos, estirando las manos hacia ellos. Los jóvenes evitan mirarlos. Apuran la carrera ignorando la fatiga en sus músculos, el ardor en sus pulmones y las punzadas en las costillas, que gracias al miedo pasan a segundo plano.

Han avanzado un par de metros cuando desde la salida poniente del terminal Pajaritos brota otra manada.

Ignacio cruza la barrera New Jersey de un salto, estira la mano y ayuda a su primo, cuyo prominente estómago le impide alzar el resto de su cuerpo. Los zombis los tienen rodeados. Están a un metro de distancia; pueden sentir el hedor de la muerte. Ven los

estómagos hinchados de carne humana, algunos reventados, desde los cuales brotan trozos de carne descompuesta.

El mexicano ya está sobre la barrera, ayuda a Diego y luego a Millaray. Ambos saltan al otro lado y trotan sin mirar atrás.

Cuatro hambrientos logran abrirse paso. Están a punto de desgarrar al *gamer*, que chilla desesperado. Sus zapatos se resbalan en el liso cemento de la barrera; su primo tira con toda la fuerza que posee, pero el ángulo no es el correcto.

Uñas rotas, dedos destrozados, garras tensas y muertas es todo lo que ve cuando mira hacia atrás. El terror le recorre la espalda en la forma de un escalofrío que le advierte de la inminente muerte que viene por él, que quiere devorarlo.

En ese momento, Matías ve un cuerpo fornido volar por sobre su cabeza. La máscara del Santo Plateado brilla en la oscuridad. El mexicano cae con todo el peso de su macizo cuerpo y, en una plancha típica de la lucha libre, aplasta a los zombis. Matías aprovecha para rechazar con sus dos pies y saltar al otro lado, aterriza y rebota en el asfalto.

—¡Santo! —exclama Ignacio, estirando la mano por sobre la barrera.

—¡Corran, weyes! —responde el Santo, poniéndose de pie justo antes de ser embestido por la turba semidescompuesta. Golpea con puños y codos, con patadas y rodillas, pero las mandíbulas son demasiadas, hienden su carne y la desgarran.

Aarón Hernández lucha hasta que la muerte lo reclama. Su garganta exhala el aullido deforme y átono de los hambrientos que lo rodean.

Matías e Ignacio logran alcanzar a Diego y Millaray. Este lado de la carretera está despejado. Avanzan caminando ligeros; reparten una botella de agua, beben y continúan. Unos metros más adelante ven un Toyota Tercel detenido en la berma, con la puerta abierta y las luces de emergencia encendidas.

Ignacio se adelanta con el martillo en alto. Diego sostiene la cadena que tomó de la hojalatería en la mano derecha y se pega tras el costado izquierdo de su amigo. Al mirar dentro ven a un joven, de pelo corto, constreñido por el cinturón de seguridad, con los pantalones abiertos y una mancha sanguinolenta en la entrepierna. Los mira con ojos lechosos, gruñe y estira el brazo

hacia ellos. El exrecluta reacciona; su arma baja rauda, moliendo los huesos de la mano, el antebrazo y luego el hombro. La extremidad cae sin fuerza; el cuerpo forcejea para liberarse; el martillo le muele el rostro hasta que el movimiento cesa.

—Ve por el otro lado —comanda Ignacio; Diego obedece—, desabrocha el cinturón de seguridad para sacarlo.

El muchacho moreno da vuelta y abre la puerta del copiloto, apoya una rodilla en el asiento y pulsa el botón que libera al zombi. En ese momento, desde la oscuridad de los asientos traseros, escuchan un gruñido suave. Una mujer de pelo ondulado y grueso, grasoso y manchado con grumos de sangre, semidesnuda, abre las fauces y muerde a Diego en la mano. Ignacio jala al piloto y lo tira al piso con rapidez. Diego grita de pavor, jala con fuerza y sale del auto. Respirando agitado, observa que le faltan el meñique y el anular.

La mujer le salta encima. Ambos caen al piso, forcejeando. La boca de la fémina se abre; las encías recogidas dejan ver los largos dientes amarillentos, que mordisquean a milímetros de su mejilla. Millaray y Matías miran estupefactos. No son capaces de moverse. Ignacio salta por sobre el cubremotor y machaca el lóbulo occipital del zombi, que se desploma sobre el joven, cuyo pelo queda embadurnado con restos de sesos, sangre y huesos.

—Me mordió, me mordió —repite Diego, quitándosela de encima.

—Déjame ver —replica Ignacio, ayudándolo a ponerse de pie—. No es tan grave, déjame ver —dice, sacando la linterna de la mochila para alumbrar la herida que ya comienza a necrosarse—. Matías, pásame una botella de agua. —Ignacio limpia la herida y con su cinturón hace un torniquete en la muñeca.

—No tiene caso: me voy a convertir, me voy a morir —solloza Diego, con el pecho congelado.

—Levanta el brazo —ordena su amigo—. Hay que detener la hemorragia. Con suerte el torniquete evita que la infección se propague.

—No, Ignacio, no tiene caso —dice el muchacho, pálido—: me voy a morir, tienen que seguir ustedes y dejarme aquí.

—Imposible —interviene Millaray, acercándose y poniéndole una botella en la boca para que se hidrate y se calme.

—Ignacio, tengo algo que decirte: no me quiero morir sin decirlo.

—No te vas a morir, hombre. Vamos a subir al auto y nos vamos a escapar.

Nuevas explosiones retumban a lo lejos. El cielo se tiñe de naranjo: Santiago está en llamas.

—Ignacio, yo te quiero —dice Diego, mirando a su amigo con los ojos vidriosos.

—Yo también te quiero, Diego, no te me pongas sentimental ahora.

—No así, no así —repite el moreno, con los labios tiritando—. Yo estoy enamorado de ti. Yo te amo. No me quiero morir sin habértelo dicho. Perdóname…

Millaray, que ha estado sobándole la espalda, se detiene y lo mira con sorpresa. Ahora entiende por qué Diego rechazó sus avances. No sabe si enojarse, reír o llorar, o todo al mismo tiempo.

—No hay nada que perdonar, eres mi amigo y vas a seguir siéndolo. Ahora necesito que te calmes y subas al auto.

—Sabes que no puedo ir con ustedes, tienes que dejarme.

—Él tiene razón —secunda Matías—: se va a convertir; si lo llevamos nos ponemos en peligro.

—Sube al auto, Matías —replica el exrecluta. El *gamer* obedece.

Ignacio se acerca a Diego, deja caer el martillo, lo toma de ambas mejillas y le da un beso suave en los labios. Ambos lloran.

Diego se saca el cinturón y se lo devuelve a su amigo. Comienza a sentir la fiebre quemándole… Se arrodilla, tirita, grita, cierra los ojos y luego los abre con una tela lechosa cubriéndolos.

Ignacio toma el martillo y le revienta la cabeza.

Los jóvenes suben al Toyota Tercel en silencio y avanzan hacia la costa en contra del tránsito.

Las bombas siguen cayendo sobre las diferentes comunas de Santiago. Lágrimas saladas corren por la cara del joven que estaba destinado a convertirse en militar.

Cuando llegan a Casablanca, el sol despunta tras la cordillera. Los detiene una barricada. En el costado derecho, desde un muro de contenedores, un grupo de personas les hacen señas para que bajen.

Tras el muro hay un gigante de metal, oscuro como el carbón.

# Capítulo 24.
# Obsolescencia programada

La luna cuelga redonda y amarilla en el cielo.

La marcha macabra avanza hacia la fortificación. Miles de cadáveres, con las ropas rasgadas, hinchados algunos y cubiertos por nubes de moscas, dejan caer los parásitos que se alimentan de su carne trémula, reseca en algunas zonas por efecto de la licuefacción de la grasa. Vienen descalzos, con los tobillos torcidos, ensangrentados, hediondos, podridos. Caminan rugiendo a intervalos sin concierto, con la intención de devorar hasta el último humano refugiado en Casablanca.

Los Pillanes, exoesqueletos antropomorfos de tres metros de alto, avanzan a su encuentro. Los focos en sus pechos iluminan el tétrico campo de batalla. Desenvainan las espadas que, al contacto con las manos metálicas, que las nutren de energía eléctrica, van calentando la vara de tungsteno forrada de cerámica, cubierta por una capa de titanio que conforma la hoja, la cual al minuto se calienta al rojo vivo. Solo una fuente de energía poderosa como la antimateria, en conjunto con nanomateriales sintéticos y la tecnología de mapeo sináptico, con el apoyo además de una inteligencia artificial, podría haber hecho posible el milagro: los robots gigantes o mechas reúnen la cúspide de los avances científicos previos al colapso de la civilización durante el Evento Z.

Claudia, parapetada tras las almenas de la plaza fuerte, se acomoda los binoculares de visión nocturna y vigila la lid, dando órdenes por radio de onda corta. Dentro de la ciudad amurallada, hombres y mujeres corren en todas direcciones tanto preparando los caballos como calzándose los gambesones y, sobre estos, las cotas de malla, las grebas, las manoplas, los petos y los yelmos.

—¡Quiero un contingente de infantes con espadas grandes en la muralla oriente! —ordena La Patrona a voz en cuello—. Los Pillanes no van a poder detenerlos a todos, yo voy a iluminar con Caleuche la zona. Que la caballería se posicione en ambos costados, no podemos dejar que lleguen a los generadores ni hasta las antenas.

—¿Qué importan las antenas? —pregunta María Begoña, una de las mujeres que ha venido con Puran.

—Los zombis son el menor de los peligros: esperamos el ataque de los Profundos y el despertar de Cthulhu, un demonio que produce ondas psiónicas que llevan a la gente a la locura. Las antenas fueron desarrolladas para anular esas ondas y permitirnos conservar la cordura para luchar. Cada Pillán tiene su propio escudo psiónico; los pilotos pueden alejarse de las antenas y estar seguros, pero los guerreros, no. Es vital que funcionen para cuando lleguen los verdaderos enemigos —explica Matías.

—¿Por qué no ocupan cañones de rayos láser, como en los videojuegos? —inquiere Weiping.

—Son inefectivos; se requiere mucha energía para que adquieran el calor suficiente como para ser nocivos.

—Entonces ametralladoras —insiste.

—No hay fábricas, de dónde vas a sacar tantas balas, y qué pasa cuando se termine la munición; en cambio, las espadas o las alabardas, como la que tiene el Wekufe de Millaray, son mucho más confiables.

—Me hubiese gustado pilotar uno —dice el asiático—. Pero me conformo con estar en la primera línea con mi nodachi —agrega y se apresura a bajar de la muralla para sumarse al grupo de guerreros que se prepara para salir.

Claudia se mueve por el borde de la muralla. El robot de treinta metros, el Caleuche, estira la mano y ella se encarama entre los dedos. La extremidad gigante, repleta de motores eléctricos, que apenas necesitan partes móviles, se alza en un movimiento fluido al tiempo que dos compuertas se abren en el pecho de la mole de titanio, bobinas y nanotubos de carbono. La Patrona entra en la cabina y se acomoda en la cápsula de mando; las compuertas se cierran herméticamente. Se calza el cintillo que lee sus ondas cerebrales y el neurotraje se sincroniza con la inteligencia artificial que asiste los movimientos del gigante, propiciados por una miríada

de motores eléctricos independientes, que zumban como abejas cuando el robot se yergue cual coloso de Rodas tras la ciudad. Sus pasos hacen temblar la tierra; se acomoda a un costado e ilumina el terreno para que los guerreros, que ya salen por las puertas, puedan ver a sus enemigos.

Ignacio, a cientos de metros, se prepara para el primer embate. Su grupo adopta una formación en cuña. Avanza con los brazos abiertos y los sables ardiendo. Cuando la horda está a su alcance, los cierra y, como si fuera una enorme tijera, mutila a una docena de hambrientos, que se encienden como antorchas en la lejanía. La danza comienza. Los brazos mecánicos se mueven incansables, destrozando los cadáveres que se les abalanzan. La cantidad es inconmensurable; chocan como olas tempestuosas contra las rocas. Los Pillanes que cubren sus flancos, Kuyen, Pangui, Traro y Kutral, se van separando de a poco. Los zombis comienzan a atravesar la barrera. Desde los costados, atacan los grupos. Millaray, en su Wekufe, por la derecha y Montserrat, en Antu, por la izquierda, intentando cerrarles el paso a los no muertos y juntarlos en un cuello de botella, a fin de que deban enfrentarse a las hojas hirvientes de los Pillanes, que aguantan en el centro. Las extremidades y las cabezas vuelan por los aires. La negra sangre humea al contacto con las armas que blanden los mechas, invulnerables a las garras y los dientes que se afanan por penetrar el blindaje.

La refriega pronto se torna caótica. Cada Pillán lucha aislado en medio de una marea de dementes que avanzan sin miedo ni vacilación, presos del frenesí alimentario que les produce la cercanía de la carne fresca. Gran parte de la horda, a pesar de estar siendo diezmada, logra sobrepasar a los exoesqueletos, cuyas lanzas y espadas suben y bajan incansables. Son muchos y los exoesqueletos no logran detenerlos a todos.

Weiping se calza la máscara metálica lacada, cuyo rostro semeja el de un tigre, con colmillos y bigotes. Empuña la nodachi, un sable largo japonés anticaballería. Se siente seguro dentro la o-yoroi: sabe que es muy difícil que los zombis logren infectarlo.

A sus costados, formando una fila ordenada, hay una centena de hombres y mujeres armados con diferentes estilos. Algunos llevan armadura de placas completa, otros se cubren solo con cotas de

malla. Hay un par de lorigas segmentadas y otras tantas lamelares; llevan enormes espadas, de casi dos metros, que se blanden a dos manos, una falcata o similar en el cinto y una masa o un martillo, para cuando el filo de las espadas se vuelva inútil.

En lontananza, las luces y los sables de los Pillanes brillan; se mueven en un bello pero terrible espectáculo de agilidad y tecnología. Weiping y sus compañeros están al otro extremo; para sobrevivir a los no muertos han tenido que retroceder al medioevo.

Oyen los rugidos guturales, sienten el aroma de la carne podrida. Pronto aparecen los primeros zombis. De uno en uno al principio y luego en grupos que se hacen cada vez más nutridos.

Los soldados avanzan abanicando sus afiladas hojas. Los muertos no son rivales para ellos. Uno a uno caen desmembrados a sus costados, amontonándose, aislando a los guerreros que se baten incansables. Pronto los enemigos se hacen más numerosos; la línea humana comienza a retroceder con la intención de reordenarse. La horda presiona las filas, adelantando las contrahechas manos con la intención de destrozar la tibia carne.

El suelo retumba bajo los cascos de los caballos chilenos que inician la carga. Dirigidos por Puran, rompen sus lanzas contra los flancos de la mesnada antropófaga y desenvainan las cimitarras, los sables y las espadas, continuando con la carga. Los caballos irrumpen empujando y aplastando a los cadáveres. El acero brilla y se tiñe de negro, antes de que una corneta indique la retirada.

La infantería vuelve a la carga. A medida que avanzan las horas, la operación se repite varias veces. El cansancio va haciendo mella en los defensores, cuyos movimientos se vuelven cada vez más torpes. Sienten que la victoria está a un palmo de distancia, sin embargo, los números de la horda no decrecen; no dejan de llegar, miles, millones de cadáveres animados se les vienen encima; monstruos que no se cansan ni duermen, que solo sienten hambre.

La infantería retrocede, aplastada contra la muralla. Algunos han sido arrastrados hacia el mar de zombis. Los trémulos dedos han escarbado hasta destrozar las armaduras y penetrar el blindaje. Un contingente fresco de hombres, premunidos de largas picas, corre en su ayuda. Los lanceros atacan con las sarisas en ristre, pero son absorbidos por el descomunal número de hambrientos. La caballería, liderada por Puran, arremete para ayudar y se abre paso,

pero es atacada en masa por los flancos. Los caballos caen y relinchan de forma horrorosa al sentir las garras eviscerando sus barrigas desprotegidas; los jinetes chillan, aplastados por sus monturas. El Sij yace en el suelo, con la pierna y las costillas rotas. Escupe sangre, tose, mueve el talwar de lado a lado para que no lo muerdan. Le fallan las fuerzas; los pulmones se le llenan de líquido y respira con dificultad. Cuando pierde la conciencia, los cadáveres se dan un festín con él y su corcel.

Claudia quiere avanzar. De un pisotón aplastaría a una decena de enemigos, pero su máquina es tan grande que teme hacerle daño a sus propios hombres o dejarlos luchando en la oscuridad. Piensa en preparar el cañón de microondas, pero sabe que debe reservarlo para más adelante, que los cadáveres no tienen la humedad suficiente para que sea efectivo en ellos. Los gritos de los guerreros siendo devorados resultan aterradores. La Patrona aprieta los dientes y grita órdenes por la radio. Llama a los Pillanes, que aún se afanan en medio del río de cuerpos podridos que se les viene encima. Los robots corren para socorrer la retaguardia de los cansados soldados. Logran limpiar la zona y darles un respiro.

La caballería se reagrupa y algunos de los hombres vuelven a la seguridad de la ciudad. Tropas de refresco los reemplazan.

Weiping suda y jadea, pero se mantiene en la lucha; no piensa dejar que se le escape ninguno. Recuerda la muerte de su madre ante sus ojos. Recuerda a su hermana y a su mejor amigo, y aprieta los dientes. Llora, ignora las punzadas de dolor que le produce la fatiga y vuelve a la carga. Justo antes de que lleguen los refuerzos, pierde la nodachi. Desenvaina la catana y la maza, y se lanza a la reyerta en medio de una furia ciega. Desafía así a la muerte a llevárselo, y esta responde con un mar de brazos y mandíbulas que lo sumergen y terminan por destrozarlo, quitándole las placas una a una antes de morderlo. Está manchado de sangre, sudado; no deja de dar golpes y patadas. Se vuelve a levantar y ríe a carcajadas antes de ser embestido por un par de zombis, que le muerden el rostro desprotegido. Siente la cara destrozada y sabe lo que tiene que hacer. Mete la mano dentro del peto y empuña la pistola, que ha traído desde Valparaíso, y en la cual guarda una sola bala. Sin dejar de luchar, se abre espacio entre los cadáveres, acomoda el cañón en su boca, retira el seguro y dispara. Sus sesos revientan

dentro del kabuto y su rostro se cubre de sangre. Irreconocible, salvo por el peculiar diseño de la armadura, yace en medio de una montaña de cadáveres.

La defensa se centra en las murallas de la ciudad. Claudia ordena a los Pillanes proteger los flancos para evitar verse rodeados, pero solicita a Millaray y a Montserrat que se mantengan en el centro a fin de descomprimir la presión sobre la infantería. Los mechas deben mantenerse a varios metros de los soldados para no hacerles daño por accidente.

La táctica resulta efectiva. Los hambrientos que llegan lo hacen en menor número y eso les permite a los caballeros de Nueva Extremadura rematarlos con facilidad. La esperanza infunde nuevos bríos a los defensores, y a pesar de que los zombis siguen viniendo, ya pueden ver el final de la horda.

Han pasado horas y están agotados, pero continúan luchando. Combatir es la única esperanza de sobrevivir; no tienen otra opción si quieren proteger a sus familias y amigos.

Los exoesqueletos, liderados por Ignacio, comienzan a avanzar desde los flancos, permitiendo que algunos soldados salgan de la ciudad para llevar agua y alimentos a los que se mantienen en el campo de batalla, antes del embate final.

Han ganado, lo saben, es solo cuestión de tiempo. Solo falta darle el golpe de gracia a la manada santiaguina; la caballería se prepara para la última carga.

En ese momento, la tierra comienza a estremecerse. El Caleuche debe abrir las piernas y acomodarse para no desplomarse. El temblor se hace más fuerte, la cal blanca que cubre las murallas de Casa Blanca se agrieta; un sonido sordo y subterráneo retumba en el paisaje nocturno. Los hombres en las murallas se afirman para no caer.

El temblor se convierte en un terremoto.

Los zombis dejan de moverse. Se desploman inanimados, obsoletos. Una nube de polvo comienza a levantarse. Una de las murallas de la ciudad colapsa, aplastando la herrería y las caballerizas junto a los brutos de refresco que estaban siendo ensillados. Las casas se bambolean como si estuviesen hechas de papel.

El movimiento termina.

Claudia sabe lo que viene.

# Capítulo 25.
# Los Profundos

Al despuntar el alba, una neblina espesa que trae el aroma del mar profundo reemplaza la nube de polvo que se había levantado después del terremoto. Los rayos de sol iluminan dorados tras la cordillera y forman bellos arreboles en la humedad que avanza lenta entre los cerros que rodean el valle. Los hombres y mujeres de Casablanca, aún calados en sus armaduras, descansan en medio de las ruinas de su ciudad. Sucios y cansados, dormitan empuñando las armas. Las tres Marías se pasean brindando atención médica; otros buscan a sus familiares entre los escombros. Las réplicas se suceden cada pocos minutos.

—Necesitamos levantar la antena —indica Claudia preocupada, reunida con quienes todavía se sostienen en pie—. Nos queda poco tiempo.

—La tendremos lista en media hora, los daños no fueron significativos —responde uno de los ingenieros.

—Debemos levantar esa muralla. —La Patrona indica el muro caído—. Ignacio, Millaray: usen los exoesqueletos para levantar una barrera; un obstáculo improvisado es mejor que nada.

Los hombres se ponen a trabajar: unos en el generador, otros en la estructura metálica. No han dormido y están fatigados, pero saben la importancia de sus tareas.

A lo lejos se escuchan chillidos, traqueteos y rugidos. Entre la neblina, los vigías logran ver sombras que avanzan desde la costa. Distinguen lanzas y aletas dorsales con muchas puntas que sobresalen de las ovoides cabezas. El olor a pescado se hace más intenso.

—Nos quedamos sin tiempo —musita Claudia—. ¡Quiénes

puedan luchar, al muro! ¡Pilotos, a sus Pillanes! ¡Me quedaré atrás para brindar cobertura psiónica; el Caleuche tiene un radio de protección de diez metros: los quiero a todos cerca mientras reparan la antena! —Claudia ladra las órdenes y se monta en el robot de treinta metros. Desde la altura logra ver los innumerables monstruos, que se acercan cubiertos por la bruma.

El mecha gigante de Claudia está parado justo en frente de la muralla poniente, que sigue en pie. Hombres y mujeres se parapetan en el muro con armas arrojadizas. Quienes no pueden luchar se protegen tras él. Los diez Pillanes de tres metros, comandados por Ignacio, Montserrat y Millaray, se posicionan en frente: cuatro en medio y tres en cada flanco.

Los chillidos se hacen más potentes y acrecientan el temor de los guerreros, que sienten pavor en sus corazones y pierden sus fuerzas.

—Carlos —dice Claudia, dentro de la cabina—. Voy a usar el cañón de microondas.

—Ten en cuenta que, una vez que lo utilices, demorará al menos una hora en recargarse —responde una voz artificial en los auriculares de la mujer.

—Me caías mejor cuando eras humano. Es una lástima que el proceso de transflexión haya fallado y hayas tenido que descargarte en un servidor y no en el clon que tenías preparado.

—No he perdido mi propósito —responde la inteligencia artificial cuántica, que posee todos los recuerdos del millonario.

—Solo quería decirte que te aprecio, Cardoen; no sé si vamos a salir vivos de esta. La posibilidad de morir luchando, y no presa de la locura, es el mejor regalo que me han hecho.

—Cañón de microondas preparado —indica la voz artificial.

Claudia levanta la extremidad izquierda, cuyo antebrazo brilla y suena como una turbina. Abre la palma y el aire humea a su alrededor.

—Pillanes, mantengan su posición —indica por radio.

La niebla comienza a disiparse y logran ver al ejército de Profundos frente a ellos. Levantan las lanzas oxidadas y abren las fauces llenas de colmillos como agujas. Tienen el aspecto de peces abisales hibridados con humanos. De dos metros de altura, poseen amplios y redondos ojos ahuevados de mirada siniestra, la piel de aspecto pegajoso y verde, con tonalidades plomas, azules, marrones

y rojizas, y en la cabeza ancha tienen una cresta, una aleta dorsal compuesta por púas que salen de sus vertebras, unidas entre ellas por membranas; en los brazos también tienen aletas, y tras las mandíbulas poseen enormes branquias sanguinolentas llenas de probóscides; las fosas nasales de las criaturas se abren y se cierran, y las manos —cuales garras terribles— se alzan, y en medio de aullidos agudos y ensordecedores, se lanzan en una caótica carga.

Claudia dispara. Hace un barrido con el brazo, y los hombres pez de la primera y la segunda línea revientan en una masa sanguinolenta y fétida. Los de más atrás resultan con horrendas quemaduras, y ampollas se forman en sus repugnantes cuerpos. Los monstruos, en vez de amilanarse, avanzan con mayor ímpetu.

Los cerca de cien soldados en las murallas luchan con el terror paralizante para no soltar sus armas. Los zombis eran terribles, pero esto es peor que una pesadilla.

Claudia da una señal y los Pillanes, los robots de tres metros, desenvainan sus espadas, sables y lanzas, las que no tardan en arder y humear; se precipitan entonces a la refriega desde tres ángulos.

—¿Está lista la antena? —pregunta Claudia.

—Tenemos problemas con el generador —responde una voz al minuto—. Se rompió el estanque de bencina; estamos reparándolo y buscando más combustible. Necesitamos más tiempo.

—No tenemos tiempo, hagan lo que sea necesario —grita La Patrona—. Conecten la manguera de alimentación directo a los barriles de reserva.

En ese momento, Millaray choca contra el flanco de la primera línea y con la lanza se abre paso empujando, atravesando y cortando. Los otros dos exoesqueletos cubren sus flancos y la retaguardia.

Ignacio arremete en el centro con el hombro y luego desliza los sables, cortando brazos y cabezas. Se mueve con gracia y agilidad.

Montserrat entra dando un salto, desde la falda de un cerro y aplasta a un par de monstruos para luego girar y decapitar a otros más.

Los hombres en las murallas levantan los brazos y gritan una arenga de ánimo y alivio al ver el éxito de los Pillanes.

Pero los Profundos no son como los hambrientos: son fuertes, inteligentes e inmisericordes. A pesar de que las armas de los

mechas son superiores, y cortan metal y carne como si de mantequilla se tratase, los Pillanes pronto se ven rodeados, aislados en refriegas individuales.

Ignacio flecta las rodillas y ataca desde abajo, yendo de un lado a otro. Parte por la mitad a un par de peces, sin embargo, uno se le encarama en la espalda y otro lo taclea por detrás, tirándolo al piso. Sus compañeros lo asisten y logra girar, pero reciben al menos a tres Profundos cada uno, los cuales los abrazan, los inmovilizan y comienzan a golpearlos y a tironear de las extremidades. Con las garras abren el pecho de uno de ellos, sacan al piloto y lo destrozan a mordiscos. Ignacio lucha desde el suelo y trata de ayudar a sus compañeros; parte a la mitad a otro par, pero se le tiran encima otros tres y vuelve a tierra.

El grueso del cardumen avanza desordenado hacia la plaza fuerte. Claudia toma un par de varas adosadas a los muslos de su gigante metálico, los sables se encienden y repele el primer embate de las criaturas marinas, aunque esto no es suficiente: algunos intentan escalar los guerreros lanzan peñascos y escombros, flechas y jabalinas, pero apenas logran resistir.

En lontananza, tras los cerros avanza otro contingente de Profundos. Los lidera un hombrepez de al menos tres metros, fornido y terrible, que canta con voz de trueno: « *mglw nafth Cthulhu fhtagn. Cthulhu cylth kraayn*
*Ph'nglui*
*R'lyeh*
*wgah'nagl*
*I'a*
*k'nark*
*kyr'w*
*gu'ra*
*drehm'n*
*El-aL*
*U'gnya*
».

Un par de garras se afanan en el pecho del exoesqueleto de Ignacio, cuyos compañeros yacen muertos a su alrededor. Millaray llega justo a tiempo y con su alabarda al rojo vivo, atraviesa al par

de abominaciones que están a punto de matar al exrecluta.

—Gracias —exclama Ignacio por el intercomunicador.

—Cuando quieras, cabeza de muela —replica la chica de pelo verde y *piercings* que maneja el Wekufe.

Cuando se levantan, ven la nueva amenaza. Los Pillanes que quedan se reagrupan.

—La antena está lista y funcionando a toda potencia —escucha Claudia en los auriculares y comienza a pasearse por los alrededores de la ciudad amurallada, segando a los hombrespez como si de briznas de pasto se tratasen. Los húmedos cuerpos sisean, chisporrotean y emiten un hedor vomitivo al hacer contacto con las varas de titanio al rojo que blande La Patrona.

Montserrat, Ignacio y Millaray, junto a otros dos pilotos, son lo único que queda de la fuerza de choque mecha. No necesitan decir palabra: están cansados, no han dormido y han luchado toda la noche, pero el horror los mantiene alerta. Se preparan para la nueva embestida.

Ignacio y los pilotos del Kutral y el Traro se abren paso para cargar directo contra el rey de los Profundos. Dagón los rechaza con un golpe de la pesada maza que arrastra y los lanza tres metros hacia atrás. El exrecluta se adelanta y se bate a duelo con el gigante, esquivando los poderosos golpes, rechazando y desviando con los sables. Los motores apenas soportan la presión y debe retroceder. Los dos Pillanes que habían sido restallados por el monstruo vuelven a la carga y se precipitan sobre Dagón, que deja caer su arma sobre la cabeza del Kutral, hundiéndola en el pecho de la máquina reventando al piloto, al tiempo que sostiene un brazo del Traro, lo tironea haciéndolo perder el equilibrio y con un barrido lo desploma para rematarlo en el piso. Ignacio va en ayuda de sus compañeros, pero es rechazado con un revés de la maza, que lo arroja un par de metros hacia atrás. El Cherrufe queda inmóvil, despaturrado y con el pecho abollado.

Millaray y Montserrat aprovechan la apertura y atacan por los flancos. Sus armas entran bajo las axilas del gran pez, que aúlla de dolor, abanica la maza de arriba abajo y golpea en el hombro el exoesqueleto de Millaray, cuyo brazo se desprende de cuajo y cae al piso. Una horda de Profundos se abalanza sobre ella.

Montserrat da un paso al lado, retira la espada del costado del

monstruo y de un mandoble arranca el brazo izquierdo de Dagón, que da media vuelta y la empuja antes de caer arrodillado. El rey de los Profundos ve una sombra obre él. Ignacio salta, se precipita sobre la aberración marina y sus sables se convierten en una guillotina ardiente.

La cabeza de Dagón cae y rueda.

El Cherrufe de Ignacio, el Antu de Montserrat y el Wekufe de Millaray se ven rodeados por la turba.

Claudia levanta la mirada, observa la lucha desesperada de los Pillanes contra el colosal rey de las profundidades y la segunda ola de enemigos que marcha tras él.

Vienen bajando la loma y tras ellos avanza algo más.

Los ojos de Claudia se abren, sus pupilas se dilatan, su corazón se congela. A pesar del escudo psiónico puede sentir el terror avanzando por su espina dorsal.

La sombra semeja una montaña que se mueve. El piso retumba, tiembla, la tierra parece quejarse; una trompeta atronadora se escucha resonar en el valle y es respondida a coro por los chillidos terribles de los Profundos, que recitan: «*Ph'nglui mglw nafth Cthulhu R'lyeh wgah'nagl fhtagn. I'a k'nark Cthulhu kyr'w gu'ra cylth drehm'n El-aL U'gnya kraayn*», mientras se lanzan a la batalla enfurecidos por la muerte de su rey.

Los zombis que habían caído muertos responden al llamado de Cthulhu y comienzan a ponerse en pie.

Los Pillanes son devorados por la marabunta abisal. Claudia corre al encuentro del dios de la locura, que abre sus escamosas alas y balancea los tentáculos del rostro. Cuando el Primigenio pone un pie sobre la montaña esta se desmorona, como si fuese un insignificante montículo de arena. Ambos colosos se encuentran en el valle. Claudia abanica los sables, pero el monstruo es rápido: agarra una de las muñecas del Caleuche con un brazo y con el otro lo levanta del cuello antes de tirarlo al piso.

En la plaza fuerte, hombres y mujeres, afectados por el miedo, luchan a duras penas en todos los flancos. Los no muertos atraviesan la muralla desplomada y caen sobre la retaguardia de los humanos, que ya son incapaces de rechazar a los seres de las profundidades.

Encaramadas en la estructura metálica de la antena, tres mujeres

disparan sus escopetas hasta que se les acaban las municiones. Los Profundos escalan tras ellas. Se defienden a patadas, pero una a una van siendo abatidas. La antena cae tras ellas; la locura subyuga a los sobrevivientes, que gritan de espanto presos de un horror febril, inefable y oscuro. Dejan las armas y se desgarran la piel en medio de aullidos cacofónicos, son devorados o destrozados por la locura y las hordas del caos.

El Caleuche cae pesado de espaldas al suelo. El dios otrora dormido, con uno de los sables de Claudia enterrado hasta el mango en el costado, levanta su gargantuélica pierna para aplastar el pecho del mecha de treinta metros.

—El cañón de microondas está listo —dice la voz artificial de Cardoen. Claudia lo escucha fuerte y claro en la cabina del robot.

El Caleuche levanta el brazo y dispara.

La pierna del monstruo se detiene. Las moléculas de agua en su cuerpo se excitan, se calientan y se expanden en una fracción de segundo… Se lleva ambos brazos a la prominente barriga y de entre los tentáculos de la cara suena un estruendo antes de que estalle en una lluvia pegajosa, verde y mal oliente.

# Epílogo

Claudia respira agitada en la carlinga. Se queda ahí varios minutos, incapaz de levantarse. La tierra retumba, tiembla; el Caleuche se pone de pie.

La ciudad amurallada de Casablanca humea; los muros están en el suelo, los supervivientes, masacrados.

Cuando voltea, una segunda sombra enorme se yergue en frente a ella. Apenas logra ver las piernas del coloso que se acerca con las alas extendidas y los tentáculos del rostro moviéndose frenéticos entre las nubes.

El titán es al menos diez veces más grande que el primero. Recuerda las leyendas que hablan del dios dormido y de los hijos que produce por partenogénesis: abominaciones más pequeñas, clones de su padre. La ingeniera asume que este es el verdadero Cthulhu. El cañón de microondas tardará al menos cincuenta minutos en estar listo. No queda nadie vivo. No hay nada por lo que luchar. Por primera vez en su vida, Clauida se rinde.

—Adiós, Carlos —dice y cierra los ojos.

—Adiós, Claudia —replica la voz sintética de Cardoen.

Silencio en la cabina.

Un ruido sordo se esparce por la atmósfera.

La locura se apodera del cosmos.

MARTÍN MUÑOZ KAISER, (Melipilla, 1980).

Escritor chileno, vive en Valparaíso. Es diseñador gráfico de la Universidad de Valparaíso, donde fue profesor ayudante de Historia y Teoría del Diseño. Hasta 2006 participa en la escritura de guiones y producción de cortometrajes con el cineasta Alejandro Valdovinos, entre otros en La noche de Cora Pelletier, El baile de los gordos, El niño que no conocía el mar, y La eterna ausente. Junto con ejercer su profesión y desarrollar diversas actividades, al descubrir que su pasión por nuestra historia y por el trabajo literario le podían servir para incursionar más allá de los guiones, luego de años de investigación, nos entrega, a través de un relato de carácter fantástico, la posibilidad de conocer más de la historia del pueblo mapuche. *El Martillo de Pillán*, publicado en 2012, es su primera novela, una épica precolombina que rescata la mitología, las costumbres, la flora y la fauna autóctona de nuestro país. Este libro ha llegado a librerías de Nueva York y Washington D.C.

Participa con cuentos en la revista impresa «Ominous Tales», números 1 y 2. Colabora en el blog del Calabozo del Androide, Chilenia, Anticipación y Dos Disparos entre otros. El 2013, junto a Sergio Amira escribe y publica su segundo libro: *WBK Warm*

*Blooded Killers Asesinos*, una novela negra, ultraviolenta y erótica, matizada con ocultismo y ciencia ficción. Sus textos han sido publicados en España e Italia y traducido al italiano y al alemán.

OBRAS:

*El Martillo de Pillan*, 2012.

*WBK*, 2013.

*Evento Z*, 2014.

*El Sátiro*, 2015.

*Kimer*, 2016.

Epunamün en 2017.

*Los Jinetes de Milodón*, 2017.

*Valparaíso Zombi*, 2018.

*Chile Zombi*, 2018.

*Cuentos con Bigotes*, 2019.

*La Mujer Escarlata*, 2020.

*Belerofonte*, 2021.

*Lai Antü*, 2022.

*El gallo con botas*, 2023.